

7 B-1406 353.1 Tejuelo 2259

La Luz del Vaticano.

ESTUDIO SINTETICO

DE LAS

ENCÍCLICAS DE LEON XIII

EN RELACION

*con los principales errores de la época;
premiado en el certámen de Barcelona con
motivo de las Bodas de Oro
de su Santidad,*

POR

Don Ramiro Hernandez Valbuena,
Canónigo Lectoral de Badajoz

y
Rector del Seminario de San Aton.

CON UN PRÓLOGO

de

Don Antonio Valbuena.

*In lumine tuo
videbimus lumen.
Psal. XXXV. v. 10.*



LA INDUSTRIA.

Imprenta y encuadernacion de Uceda Hermanos.

ADUANA, 8.—BADAJOZ.

1888.

N-H 3513
R. 2377 (AL)

CON LICENCIA Y APROBACION
DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

ES PROPIEDAD
DE LOS EDITORES.

CERTIFICACION DEL JURADO DEL CERTÁMEN.

“... Atendiendo además al especial mérito de esta memoria, en el propio informe propuso á S. E. I. la adjudicacion al que resultase ser autor del expresado trabajo de la joya ofrecida como premio.

Habiéndose conformado S. E. I. con la propuesta del Jurado, como así se hizo público en el acto del certámen, que tuvo lugar el primero del corriente, y resultando ser V. S. el autor de la composicion distinguida, tengo el mayor gusto en comunicarle ambas resoluciones, trasmitiéndole al propio tiempo los plácemes de esta comision.

Dios guarde á V. S. muchos años.—Barcelona
12 de Enero de 1888.

El Secretario de la Comision,
Juan de Dios Erías.

V.º B.º

Francisco de Pol.

Vicario General Delegado.

Hay un sello que dice:

Vicariato General
de la

Diócesis de Barcelona.

M. I. Sr. Dr. D. Ramiro Fernandez Valbuena, Ca-
nónigo Lectoral de Badajoz.,

AL EXCMO. É ILTMO.

SR. D. FERNANDO RAMIREZ Y VAZQUEZ,

OBISPO DE BADAJOZ.

Decidido á publicar este modesto Estudio, que compuse para el certámen celebrado en Barcelona con motivo del jubileo sacerdotal de Nuestro Santísimo P. Leon XIII, Estudio al cual el Jurado calificador concedió el honor del primer premio, á nadie más que V. E. I. debo dedicarlo, para que viendo la luz



bajo los auspicios de tan venerable Pastor sea bien recibido por sus ovejas.

A parte de las consideraciones de respeto y amor que por tantos títulos debo á V. E. I. y á los que deseo corresponder en cuanto lo permite mi pequeñez, hay una razon poderosísima fundada en la naturaleza misma del contenido de este libro, que me impele y fuerza á estampar al principio de sus páginas

*el nombre respetable de
V. E. I.*

Trátase en él de las enseñanzas de la Santa Sede en relacion con los errores modernos; y V. E. I. sois el anillo de comunicacion entre los fieles pacences y el Pastor Supremo que ri-ge y gobierna, allá desde los muros del Vaticano, la Grey de Cristo.

Vos sois, Ilmo. Señor, defensor incansable y propagador tenáz de los dere-

chos y prerogativas del Primado, cuya infalibilidad habeis sostenido con bríos, hasta verla convertida en verdad dogmática en el último Concilio Ecu- ménico.

Vos, entusiasta admira- dor de Leon XIII, como antes lo habíais sido de Pío IX, acogeis benévolo todo cuanto sirve á propa- gar las doctrinas conte- nidas en sus Encíclicas admirables, que son las

doctrinas salvadoras. Y siendo este pequeño volumen un como resúmen de aquellas divinas enseñanzas, teneis derecho indisputable á que salgan al público protegidas con vuestro báculo Pastoral; cumpliendo yo un gratísimo deber al poner este trabajo bajo la égida de tan amado y venerable Prelado.

Aceptád, pues, Excelentísimo é Ilustrísimo Señor, este libro que os dedi-

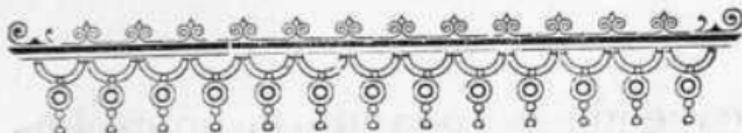
ca el último de vuestros sacerdotes, quien, teniendo presentes las palabras de San Ignacio mártir á los fieles de Esmirna, crée firmemente que se debe seguir y obedecer al Obispo como Jesucristo obedeció á su Padre. Si es pequeño dón, es en cambio lo mejor que puede ofrecer, el que no tiene otra cosa. Yo quedo entretanto dirigiendo al cielo mis votos para que su Divina Majestad conceda

á V. E. I. el premio prometido á los Justos, de quienes se dice que «Florearán eternamente delante del Señor.»

Seminario de San Aton
7 de Julio de 1888.

Fiesta del Smo. Corpus
Christi.





PRÓLOGO.



*In lumine tuo
videbimus lumen.*

PSAL. XXXV. v. 10.



OSCURECIDA por el primer pecado la humana inteligencia, medio apagado en el hombre aquel rayo de luz que Dios habia puesto sobre él como firma de su obra y que era reflejo de su hermosísimo semblante, en rebeldía contra la razon la voluntad y contra la voluntad las pasiones, tropezando y

cayendo y rodando la pobre humanidad de error en error, de superstición en superstición, de abismo en abismo, hubo de llegar á estado tan triste y á época tan desventurada en que todos los dioses de las gentes eran demonios, y solo un puñado de convencidos á fuerza de milagros adoraba al Señor que hizo los cielos.

Por eso el Profeta David, hondamente dolido de ver á los pueblos andar en tinieblas y haciéndose eco del anhelo constante y de los suspiros de la raza humana que recordaba de una manera vaga y confusa la promesa de redención hecha en el paraíso á los primeros pecadores, se dirigía á Dios y exclamaba: "Envía, Se-

ñor, á la tierra tu luz y tu verdad; *Emite lucem tuam et veritatem tuam.*„

Y aun añadia, para obligar más al amoroso corazón de aquel Dios que no hizo la muerte ni se alegra de la perdición humana: “Mira, Señor, que sin esa verdad y esa luz no es posible á los hombres caídos en la superstición conocerte y amarte; mira que si yo te conozco y te amo á ellas lo debo exclusivamente, porque tu luz y tu verdad fueron las que me sacaron de la general y abominable confusión del mundo y me guiaron á tu santo monte y á tus resplandecientes moradas; *ipsa me deduxerunt, et aduxerunt in montem sanctum tuum, et in tabernacula tua.*

Compadecido el Señor de la triste condicion de los hombres, oyó el ruego de su profeta santo y determinó ejecutar la obra sublime, que es el colmo de todas sus infinitas misericordias. Se inclinaron los cielos y bajó el Verbo de Dios, luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, como dijo su evangelista; Verdad, Vida y Camino, como él dijo de sí, tomó carne en las purísimas entrañas de la Virgen, y se ofreció y se dió por nosotros en sacrificio, á fin de lavar y purificar para sí un pueblo aceptable que hiciera buenas obras.

Este pueblo es la Iglesia. Al fundarla Jesucrito, Sabiduría eterna, al hacerla una, universal y santa, sin mancha ni arru-

ga, la dotó y enriqueció de todo lo necesario para perpetuarse en el mundo; la dió sacerdotes que administraran los sacramentos, y Obispos que guiaran y confirmaran á los fieles en el camino de la virtud, y un Obispo universal con primado de honor y de jurisdiccion sobre los demás y con la infalibilidad, que es necesaria para definir la doctrina y la moral católicas, poniéndole en lugar eminente como antorcha de la fé, para evitar los escollos de los errores.

Desde los primeros tiempos de la Iglesia hubo herejes, hombres discolos y malos que, por ofuscacion del entendimiento y por perversidad del corazon negaron los dogmas ó los desfigura-

ron á su antojo. Los santos Padres, los sucesores de los apóstoles defendieron victoriosamente la pureza de la doctrina cristiana, no fundados en su propio saber, por grande que fuese, sino en la autoridad de la Iglesia. “Yo no creeria el evangelio, decia uno, (1) si no me moviera la autoridad de la Iglesia Católica,, “Yo me adhiero, decia otro (2) escribiendo al Papa, yo me uno en comunión á tu Beatitud, es decir á la Cátedra de Pedro, porque sobre ella sé que está edificada la Iglesia.,”

En circunstancias extraordinarias, cuando una herejía se extendia mucho, poniendo en grave pe-

(1) San Agustin.

(2) San Jerónimo.

ligro á los fieles, la Iglesia se reunia en Concilio, para anatematizarla, bajo la presidencia personal ó delegada del Sumo Pontífice y con su aprobacion suprema. Y siempre pereció la herejia y triunfó la fé; siempre la luz de la Iglesia Católica disipó las tinieblas de los errores.

Pero en los tiempos actuales los errores, sin dejar de ser sustancialmente los mismos, han cambiado de forma ó de manera de presentarse. Ya no se exhiben francamente con carácter religioso, negando un dogma definido ó afirmando una doctrina condenada. El demonio, que en su calidad de Jefe de la masonería, ó dígase de lo Contra-Iglesia, es el director de la actual terrible y activa pro-

paganda anticatólica, como antes fué el maestro de los herejes, aparentando ahora la mayor indiferencia por los asuntos religiosos, disfraza las herejias viejas de teorías políticas y sociales. Debajo de estas teorías está la herejia, pero está oculta ó por lo menos enmascarada; y como no tiene apariencias de otra cosa que de teoría política ó social, jurídica ó económica, artística ó literaria, pretende sustraerse á la condenacion de la Iglesia, para pasar luego de teoría á práctica é injerirse en las leyes, en las costumbres, en la gobernacion de los pueblos. La razon humana, orgullosa y soberbia con la soberbia y el orgullo que la inspira el demonio en las lógias, no se entretiene ya en especula-

ciones ideales, ni se contenta con negar dogmas ó afirmar errores en las regiones intelectuales, metafísicas ó religiosas: no queda satisfecha sino desciende á las esferas sociales y políticas, conturbándolo todo, y haciendo salir de cada error un motin, de cada negacion una catástrofe.

— La transformacion de los viejos errores y las nuevas formas con que se presentan, bajo las cuales pueden seducir y engañar, hacen necesario que se les hiera y condene de nuevo y hacen necesaria otra manera de condenarlos y de herirlos. Si un error diez veces condenado se presenta de nuevo al siguiente dia con otro ropaje y otras tendencias y otras aplicaciones prácticas, es menes-

ter condenarle todavía una vez más en esa otra envoltura, en esas otras aplicaciones y en esas otras tendencias. Pero sucede que como los modernos errores, ó los errores viejos modernamente vestidos, menudean tanto, para condenarlos en Concilio, como solia hacerse ántes siquiera con los de mayor importancia, tendria la Iglesia que vivir en concilio permanente. Para vencer esta dificultad, para no consentir la libre circulacion de los errores, ni dejar nunca al pueblo cristiano abandonado á la influencia de los sofistas, para quebrantar y destruir estas modernizadas herejías, conforme van apareciendo, ningun medio mejor, ningún arma más apropiado que las Encíclicas de los Papas.

Por eso la Iglesia Católica, solícita y cariñosa madre de los fieles, al par que sabia maestra de la verdad, asistida, inspirada y dirigida por el Espíritu Santo, con el fin de que las Encíclicas de los Sumos Pontífices tuvieran mayor autoridad y más virtud para deshacer los errores y alumbrar á los pueblos en el camino de la salud, declaró en el último Concilio dogma de fé la universal piadosa creencia de la infalibilidad del Sumo Pontífice. De este modo las enseñanzas del Vicario de Jesucristo tienen toda la eficacia necesaria para herir de muerte los viejos errores que aparecen cada dia bajo nuevas formas, como han herido en efecto las Encíclicas del Pontífice anterior, Pio

IX, y las del que actualmente gobierna la Iglesia, Leon XIII, las modernas doctrinas del racionalismo, el positivismo y el liberalismo.

Sintiendo ya en sus dias esta necesidad nuestro gran Donoso Cortés, decia que antiguamente los errores estaban en los libros de tal manera, que no buscándolos allí no era posible hallarlos en parte alguna; mientras que ahora los errores y las herejías están, no tanto en los libros como en las instituciones, en las leyes, en los periódicos, en las aulas, en los teatros, en los clubs, en el foro, en el hogar, en todas partes.

La negacion del pecado original por ejemplo, es una herejía muy vieja y condenada mucho

tiempo hace. Hoy apenas nadie se entretiene en negar el pecado original; pero se parte de esa negacion implícita, como de cosa ya resuelta y puesta fuera de duda, para negar que esta vida sea de expiacion, que el mundo sea valle de lágrimas, que la luz de la razon sea flaca y vacilante, que el placer sea una tentacion, que se nos ha puesto para que nos sirva de mérito el librarnos de su atractivo, que el dolor sea un bien, aceptado, por motivo sobrenatural, voluntariamente, y que el tiempo le tengamos para santificarnos; y á la vez afirmar que la vida presente se nos ha dado para gozar de ella y para alcanzar la perfeccion posible con nuestras fuerzas propias, que la razon

del hombre lo alcanza todo, que no es malo ni pecaminoso sino aquello que la razon comprueba, que debemos huir del dolor y buscar el placer á todo trance, que el hombre no cayó, ni fué redimido...

¿Que dónde están ó dónde se enseñan estos errores? ¡Ah! Es verdad que no los predica desde el púlpito ningun heresiarca, ni apenas los enseña expresamente ningun catedrático, en cátedra que se llame *in terminis* de racionalismo; pero estos errores están en las gacetillas de los periódicos y en las discusiones de las academias y en un simple trabajo de economía política y en las descripciones que hace *Asmodeo* de los bailes y reuniones del *gran mundo*, y en los reglamentos, así

de los serenos ó del cuerpo de vigilancia, como de los altos cuerpos colegisladores; y en la ley de matrimonio civil como en la ley de presupuestos.

Y si en todas partes y á todas horas, aun en las cosas más triviales de la vida, siembra confusion y tinieblas el enemigo, menester es que todos los dias y á todas horas, brille tambien la luz de la verdad, que Jesucristo dejó en su Iglesia. Esto explica la frecuencia con que el Pontífice reinante dirige á sus hijos Encíclicas, que son verdaderos portentos de claridad y de sana doctrina.

Dar á conocer en síntesis estas Encíclicas admirables es el objeto de esta obra, cuya utilidad, cuya necesidad mejor dicho, salta á la

mente, con solo fijarse en que sin conocer la luz no es posible seguirla; y como los que por falta de costumbre ó por otra causa ú otro accidente cualquiera no leen las Encíclicas, cuando se publican en los periódicos, ó las leen de prisa y corriendo, no suelen tener oportunidad, ni apenas posibilidad, de leerlas más tarde, viene este libro á hacer posible y fácil esta segunda lectura, que puede ser tanto más detenida y meditada, y por ende tanto más provechosa, cuanto que la síntesis, disminuyendo considerablemente las páginas, presenta á la inteligencia del lector en forma clara y precisa lo más importante de los preciosos documentos pontificios, la sustancia, la quinta esencia.

Hablar aquí, para concluir, de lo magistralmente que está escrita la obra, de como en ella se unen lo castizo del lenguaje, la sencillez de la exposición y la profundidad del pensamiento, fuera impertinencia por un lado, pues á parte de que el lector vá á juzgar por sí, ya dijo más que pudiera yo decir del mérito del libro el tribunal que le adjudicó el premio; y por otra parte, á cuantos saben los estrechos lazos que me unen con el autor, pudieran parecerles interesados los elogios.

Concluiré, pues, rogando por las entrañas de Nuestro Señor Jesucristo á todos aquellos que acierten á pasar la vista por estos renglones, que lean todo el libro con detenimiento y formalidad, y li-

bres de toda preocupacion contraria, que es como hay que leer para sacar fruto, y procuren luego conformar sus obras con tan santa doctrina; más especialmente aquellos que tienen á su cuidado el gobierno ó la direccion de otros, á fin de prevenir el juicio venidero; *quoniam durissimum judicium vis, qui præsumt, fiet.*

Antonio de Valbuena.

Madrid, dia del Sagrado Corazon de Jesus,
año de 1888.





CAPITULO PRIMERO.

¿EN DONDE ESTÁ LA LUZ?



¿QUIÉN és ese que oscurece el consejo con palabras de ignorante?

Dime ¿dónde estabas cuando yo echaba los cimientos de la tierra? Dímelo ya que tanto sabes.

¿Sábes quién tiró sus medidas, quién extendió sobre ella la primera cuerda? ¿qué apoyo tienen sus basas, quién asentó su piedra angular, cuando me alaba-

ban los nacientes astros y prorumpian en voces de júbilo todos los hijos de Dios?

¿Quién puso diques al mar, cuando se derramaba por fuera como quien sale del seno de su madre? ¿cuándo le cubría yo de nubes como de un vestido y le envolvía entre tinieblas, como un niño entre pañales? ¿Acaso después que estás en el mundo diste leyes á la luz de la mañana y señalaste á la aurora el punto por donde debe salir? ¿Has cogido con tus manos los polos de la tierra á fin de arrojar de ella á los impios? ¿Has entrado en las honduras del mar y te has paseado por lo más profundo del abismo? ¿Se te han abierto acaso las puertas de la muerte y has visto aquellas entradas tenebrosas?

Dime, si todo lo sabes, en qué parte reside la luz y cuál es el lugar de las tinieblas; á fin de que puedas tú conducir ambas cosas á sus propios lugares, como quien está enterado del camino que lleva á sus habitaciones.

Explicame ¿por qué camino se propaga la luz y cómo se reparte el calor sobre la tierra? Podrás tú, por ventura, detener las brillantes estrellas de las Pléyadas, ó desconcertar el giro del Orion? ¿Eres tú acaso el que haces aparecer á su tiempo el Lucero de la mañana ó resplandecer el de la tarde sobre los habitantes de la tierra? ¿Entiendes tú el movimiento de los cielos y podrás dar razon de su influjo sobre la tierra? ¿Alzarás por ventura tu voz á las nubes para mandarlas que se deshagan en lluvias abundantes? ¿Despacharás rayos y estos marcharán y te dirán á la vuelta: Aquí estamos.

¿Quién puso en el corazón del hombre la sabiduría ó quién dió al gallo el instinto? ¿Quién podrá explicar las disposiciones de los cielos ó hacer cesar sus armoniosos movimientos?»

Estas palabras, dirigidas por Dios al Santo Job (a), pudiéramos usar nosotros, interpelando al siglo XIX, tan ufano

(a) Cap. 38

con sus adelantos, tan orgulloso de sus descubrimientos, que le parece lo sabe todo y lo explica todo; no habiendo para él dificultad alguna en el orden científico ni en el orden filosófico; porque cuando alguna se presenta que no puede desatar, la rompe cual otro Alejandro, gloriándose en sus triunfos y cantando siempre la vitoria.

Parécele al siglo presente estar en posesión plena de la luz, y comprender tanto las verdades todas del orden físico, como las del orden intelectual y moral. Y sin embargo, con ser tantos y tan admirables los descubrimientos hechos en las ciencias naturales y exactas, podemos decir con razón que aun estamos al principio, que apenas sabemos nada de los misterios de la naturaleza.

Pero ¡ay! que si atendemos á órdenes superiores, al orden racional y moral, al orden social y religioso; entónces no caminamos entre sombras y penumbras, como el físico-matemático, sino en medio de espesísimas tinieblas que, como

las antiguas de Egipto, pueden palpase y que tambien como aquellas son fatales para la vida, que se desarrolla en esas esferas superiores del conocimiento; así como la vida fisica se desarrolla en un medio proporcionado á la naturaleza del viviente.

Por eso nos proponemos aquí demostrar dónde está la luz, porque á la verdad luz no faltó; como tampoco faltó á los hijos de Abraham, moradores de la tierra de Gesen, al mismo tiempo que los siervos de Faraon no podian moverse, á causa de la espantosa oscuridad que les rodeaba.

Y si podemos contribuir con nuestro modesto trabajo á que algun iluso aprenda á conocer el foco luminoso; ó á que alguno que ya lo conoce siga en adelante sirviéndose de él como de medio de vision y manifestándolo á otros menos afortunados, para quienes pudiera todavía ser un enigma la existencia de la luz, de la propia suerte que lo es para los ciegos; ó tambien que tomaran como luz

clara y brillante la que solo es oscura é imperfecta, se veria abundantemente compensado nuestro trabajo, y nosotros altamente satisfechos.

Como si el hombre fuera enteramente carnal, no quieren ver en él algunos, *soidisant*, sábios modernos otra cosa más que un pedazo de materia bruta, animada de cualquier modo por una cantidad mayor ó ménos de fósforo, que brilla en su cabeza; á la manera que las espinas y escamas de ciertos pescados despiden una luz fosforescente, capaz de engañar á personas sencillas y sin instrucción. Estos ya se conoce que están ciegos y que ignoran donde reside la luz.

Otros hay que, admitiendo una luz interior muy distinta de todo lo que se parece á materia, y dando por sentado que el foco luminoso lo tienen ellos encerrado entre los huesos del cráneo, niegan la existencia de luces distintas de la suya, toda vez que consideran á ésta cual particulita, ó mejor, cual luminar único de donde se deriva cuanta claridad pue-

de alumbrar al hombre, mientras no llegue éste á confundirse y mezclarse con el gran astro luminoso, separada ya toda diferencia é identificada toda sustancia.

Los hay tambien que, sin confundir la luz que ellos reciben con la luz sustancial é increada, son tan egoistas, que creen poseer una luz tan intensa, cual se requiere para penetrar en todas partes, aun las más oscuras, y escudriñar allí todos los secretos, y darse razon acabada de todos los fenómenos, y comprender lo incomprendible. Estos, que forman varias familias, junto con los anteriormente numerados, pueden ser comparados con los tuertos en el órden físico, porque solo ven á medias; siendo la consecuencia de esta semi-visión extravíos sin número y extravagancias sin cuento, á semejanza de los maniáticos, que acertando y discurriendo con cierta regularidad en la mayor parte de las cuestiones, pierden la brújula en cuanto se toca al objeto de su manía.

Es, pues, necesario buscar la luz en

otra parte, sinó queremos quedarnos medio á oscuras, ya que las indicadas son luces demasiado opacas y tristes y no pueden satisfacer á nadie que tenga sano el órgano de la visión.

Nosotros queremos mucha, mucha, mucha luz y nada de sombras y de tinieblas.

Hay una cúpula, edificada por el mejor de los arquitectos modernos, que toca con su aguja en el cielo y que dentro contiene un verdadero cielo, indicando con lo primero su comunicación con el astro de la luz, y con lo segundo la acumulación de ese maravilloso fluido recogido dentro de sus dobles bóvedas, para repartirlo desde allí por todos los ámbitos del mundo. Debajo de esta cúpula gigantesca, que parece una mole inmensa arrojada en el espacio, se encuentra el sepulcro de un hombre, cuyos restos mortales están cubiertos por un baldaquino de bronce, formado de las planchas que sirvieran en la antigüedad para cubrir las bóvedas del Panteón, ó sea del templo de todos los dioses; indicando con es-

to que él, el que allí se encuentra, es el representante del único verdadero Dios, cuyo cielo tiene sobre su sepulcro, cuyas luces descienden por la cruz de la cúpula en contacto con el cielo, á la manera que el fluido eléctrico desciende también del cielo á la tierra por la punta de platino que corona nuestros edificios.

Tal es el foco de luz que queremos dar á conocer. Llámase el lugar donde reside, Vaticano; el sepulcro es el del príncipe de los Apóstoles y el autor de la famosa cúpula, cuyos símbolos examinamos, Miguel Angel,





CAPITULO SEGUNDO.

IDEA GENERAL DE LOS FOCOS LUMINOSOS.



AS influencias que recibe del cielo la cúpula admirable de San Pedro del Vaticano y que ponen en comunicacion al mundo superior con el inferior, por medio del Apóstol, que vive y preside en su Silla, conforme á la gráfica expresión de un santo, se traducen en enseñanzas sublimes para los pueblos y los príncipes, con las cuales aque-

llos pueden ser felices y estos evitar el continuo vaiven en que han colocado á las autoridades de la tierra las disolventes ideas modernas.

Basta echar una rápida mirada sobre las encíclicas del actual Pontífice, sin remontarnos á sus predecesores hasta Cefas, para comprender esta verdad, notando con cuanta sabiduría y acierto vá oponiendo las afirmaciones católicas, que son la vida, á las negaciones racionalistas, que dan la muerte.

Quieren los racionalistas, ó liberales, ó naturalistas, ó masones, que todo viene á ser una misma cosa en el fondo, que de ninguna manera sea necesaria en los tiempos actuales la existencia de la Iglesia católica. Porque, como ellos dicen, si hubo un periodo histórico en que esta sociedad fué buena, porque al fin y al cabo era un progreso de la humanidad, hoy ya no lo es; ántes al contrario, resulta perjudicial al desarrollo de las ideas y progreso de los tiempos, de la propia suerte que las mantillas y pañales son muy bue-

nos para los niños, pero muy malos para los adultos.

A esta aberración opone el Pontífice la afirmación católica de la necesidad que tiene el hombre de la existencia de la Iglesia, para llenar debidamente sus fines; como el hombre, niño ó adulto, tiene necesidad imperiosa de alimento, sin el cual se hace imposible la vida. Y demuestra esta necesidad en la Encíclica *Inscrutabili Dei consilio*, publicada en 31 de Abril de 1878, no mucho despues de haberse encargado del gobernalle de la nave cristiana.

Negada la necesidad de la existencia de la Iglesia católica, y aun afirmada la conveniencia de su desaparición, procedia afirmar igualmente la conveniencia de un órden social distinto del que defiende el catolicismo, y aun si se quiere contrario. Así es que la lógica del error, porque tambien el error tiene su lógica, quiere sustituir al órden cristiano el desórden socialista, por cuyo advenimiento han trabajado y trabajan de comun todas las

sectas y familias liberales y librepensadoras con más ó ménos claridad y desenvoltura.¶

El desórden socialista, con toda su horrible deformidad y con sus desastrosas consecuencias para el bien de la humanidad, fué puesto al descubierto en la Encíclica *Apostolici muneris*, de 28 de Diciembre de 1878.

Buscando el Doctor universal é infalible el origen de los males sin cuento que afligen al mundo actual y remontándose, como el águila, á los principios generadores de los desastres presentes, que sufrimos, y de los mayores que nos amenazan, declara en la Encíclica *Eterni Patris* que la raiz de mal tan universal está en las ideas filosóficas; porque á efectos universales corresponden causas tambien universales, y ninguna tanto como la ciencia que enseña al hombre las nociones de la universalidad. Por lo cual aplica el remedio seguro y eficaz, cuál médico experimentado, proponiendo la restauración de los estudios filosófi-

cos en grande escala, y como modelo acabado de buena filosofía la del Doctor Angélico, en mal hora postergada á las modernas teorías de Alemania. Tiene la fecha dicha Encíclica de 4 de Agosto de 1879.

La manifestación más perjudicial del socialismo, y sin la cual nunca podrá llegar á plantearse semejante utopía, es la referente á la constitución de la sociedad doméstica, mediante la supresión del matrimonio cristiano y establecimiento del llamado matrimonio civil con su consecuencia inmediata é ineludible, que es el divorcio. A desorganizar el matrimonio, y por tanto, la sociedad doméstica, aspiran los liberales de todas partes, preparando así el camino á la abominable teoría comunista del amor libre, defendida en tiempos antiguos por aquel filósofo con honores divinos al que apellida Platón la historia; y á esta horrible corrupción, más que pagana, que nos quieren meter en casa los señores masones, opone el centinela de Israel la teoría cristiana del

matrimonio, con su unidad é indisolubilidad, donde se atiende al decoro de la mujer, vilmente rebajada por los nuevos sofistas, que la quieren prostituir, para acabar así con la Iglesia, si les fuera posible. Contiéñense estas enseñanzas en la Encíclica *Arcanum divinitus Sapientæ consilium*, su fecha 10 de Febrero de 1880.

Otro error fundamental y de muchísima trascendencia para el orden social, error acariciado por los liberales de todos matices, es el relativo al origen del poder público. Todos los modernos sectarios, desde Juan Jacobo Rouseau, están conformes en afirmar que el poder de gobernar al hombre no procede más que del hombre mismo; siendo esta la causa de la anarquía constante y del despotismo permanente en que vive la actual sociedad; pues, aunque parecen contrarios, son no obstante hermanos carísimos el despotismo y la anarquía, los cuales se juntan por modo ordinario allí donde el hombre quiere extender demasiado sus

derechos, atribuyéndose poder sobre otros hombres, cuando es gobierno; ó rebelándose por principio y por sistema contra el que gobierna, cuando es pueblo. A este cáncer social opone el Pontífice Romano la doctrina católica y verdadera, que establece como principio y fuente de todo poder al mismo que es principio y fuente de todo ser, esto es, al ser infinito é increado que llamamos Dios. Para eso publicó el Papa la Encíclica *Diuturnum illud* de 20 de Junio de 1881, demostrando en ella que el seguir en esta parte las enseñanzas católicas proporciona á los súbditos gobierno suave y paternal por parte del que manda, y á éste obediencia racional y pronta por parte de quien obedece.

Y como el enemigo más tenáz y solapado del reposo público y del bien de los ciudadanos y de los pueblos es la masonería, descubre el Pontífice sus perversísimas doctrinas y tendencias y sus hechos abominables en la Encíclica *Humanum genus* de 20 de Abril de 1885, des-

enmascarando las arteras é hipócritas afirmaciones de los señores del triángulo en uno y otro hemisferio.

Puestas de manifiesto las doctrinas de la masonería, el fin que se propone y los medios de que se sirve para la destrucción de la sociedad civil y más aun de la cristiana, en cuya obra satánica cuenta con el apoyo de multitud de príncipes y gobernantes, que incautos se han dejado prender en sus inextricables redes, era de urgente necesidad una antorcha de vivísima luz, mediante la cual supieran á qué atenerse los gobernantes, para dirigir el timonel del Estado, conduciendo á sus súbditos por el camino de la paz y del bien á la consecución del fin social, como medio para alcanzar el último.

No se hizo esperar, por lo mismo, otra Encíclica que mostrase á los gobiernos el camino recto, é indicara á la vez las sendas tortuosas que conducen al precipicio. Es la *Inmortale Dei*, promulgada en 1.^o de Noviembre de 1885.

Hasta aquí lo que pudiéramos llamar enseñanza especulativa de la cátedra de San Pedro. Pero su sucesor no se ha contentado con enseñar las verdades, sino que, conocedor por la asistencia del Espíritu Santo, de la dificultad, ó mejor, de la imposibilidad, en que se halla el hombre caído para hacer el bien, de la propia suerte que para conocer la verdad, enseña también los medios adecuados á fin de conseguir aquella asistencia superior, sin la que nada bueno podemos empezar, ni continuar, ni concluir en orden á la vida sobrenatural que debe informar al hombre redimido.

Para eso publicó las Letras Apostólicas de 30 de Setiembre de 1880, *Grande munus*; *Sancta Dei civitas*, de 3 de Diciembre del mismo año; *Militans Jesuchristi Ecclesia*, de 12 de Marzo de 1881; *Et si nos*, de 15 de Febrero de 1882; *Ausplicatu concessum*, de 17 de Setiembre del mismo año; *Cum multa* de 8 de Diciembre; *Supremi Apostolatus* de 26 de Mayo de 1883; *Nobilissima gallorum gens*,

de 8 de Febrero de 1884 y *Quod Auctoritate Apostólica*, de 22 de Diciembre de 1885. En las cuales, ó glorifica algún santo, para que interceda por la Iglesia y la sociedad; ó establece el Jubileo, para purificar los conciencias; ó consagra el mes de Octubre á la Virgen madre, para obtener su valiosa protección; ó recomienda la órden tercera franciscana; ó amonesta á los españoles y franceses, señalando el camino que han de seguir; ó bien dá á todos reglas prácticas, con las cuales cada uno pueda labrarse la felicidad.

Así sale la luz de la tumba de San Pedro para disipar las tinieblas que oscurecen el mundo.





CAPITULO TERCERO.

CARACTÉRES DE LAS MODERNAS TINIEBLAS.



LEYENDO con atención las encíclicas del Papa reinante, se advierte desde luego un sello característico, que las distingue de los documentos análogos de sus predecesores, un tono especial muy marcado, que no permite confundirlas con ningún otro escrito contemporáneo.

Sin dejar de ser eminentemente teoló-

gicas, cual conviene á documentos emanados de la cátedra de verdad, son á la vez eminentemente prácticas y de un tinte social que las hace muy á propósito para curar los males de la época.

Los errores de todos tiempos han tenido su carácter distintivo y los antidotos debieron estar en armonía con el veneno para poder evitar sus estragos.

Las tradiciones del Oriente, junto con la filosofía neoplatónica y mezclado todo con prácticas judías, dieron vida al gnosticismo de los primeros siglos, cuyo yerro capital versaba acerca de la naturaleza y personas divinas; así es que los padres apostólicos y defensores de la verdad cristiana debieron oponer y opusieron las enseñanzas de la Iglesia, de acuerdo en un todo con la filosofía, en ese punto capital, al cual convergían, cual á su centro, todos los demás.

Más tarde la idea de generación, según la doctrina de Aristóteles, dió origen á las acaloradas disputas de los arrianos sobre la naturaleza del Verbo; siendo su

consecuencia lógica las que inmediatamente sobrevinieron acerca de la naturaleza y persona de Jesucristo, que ocuparon los ánimos en los siglos cuarto y quinto.

Como consecuencia de la negación de la divinidad del Hijo de María hecha por Nestorio, resultó la controversia del pecado original y las de la gracia, tan relacionadas con aquellas; así como la otra suscitada por los donatistas acerca de la validéz de los sacramentos administrados por sacerdotes en pecado.

Vemos aquí un encadenamiento lógico de errores, que van saliendo unos de otros, empezando por Dios, siguiendo por su Cristo y concluyendo por el hombre en sus relaciones con el Creador y Redentor.

La lucha es terrible, el combate sangriento; pero al fin la verdad se abre paso, las herejías son disipadas y la luz que sale de la Cátedra de Pedro, confortando á los Dionisios, los Irenéos, los Atanasios, Jerónimos, Ambrosios, Cirilos, Agustinos y tantos otros gigan-

tes de saber y de virtud, luce esplendorosa sobre la tierra y huyen avergonzadas las tinieblas al abismo.

Osio y Atanasio en Nicea, Cirilo en Efeso, Sofronio en Calcedonia, Jerónimo en Belén y Agustín en Cartago é Hipona no eran más que el eco de las enseñanzas de Pedro el pescador, que hablaba por boca de Silvestre, Celestino, León, Dámaso é Inocencio.

El error, que se había presentado pujante y decidido en el campo filosófico-teológico, fué desbaratado y deshecho, sin que quedára de él otra cosa que la memoria y algunas reliquias esparcidas acá y allá que, sin influencia ninguna en la marcha del mundo, llegaron hasta nosotros; cual restos fósiles de una fauna literaria sepultada en las páginas de la historia.

Entonces mudó de táctica, y en vez de provocar combates teológicos y científicos, en los que saliera completamente derrotado, apeló al fanatismo de un árabe, que inundó la tierra de sangre y rui-

nas; y, ¡cosa admirable! el sucesor de Pedro acudió al campo de Marte, como antes acudiera al de Minerva; siendo el resultado de sus esfuerzos aquella gigantesca lucha de la Europa contra el Asia y el Africa, de la Providencia contra el Fatalismo, gracias á la cual no llevamos hoy turbante los hijos de Jafet; motivo porque debemos estar grandemente agradecidos á los Urbanos, Inocencios y Pios. Pero viendo el espíritu de las tinieblas que no conseguía volcar la barca de Pedro con el furor de los combates, sin renunciar á ellos, hizo renacer en el seno de Europa los antiguos errores asiáticos, ya bajo la forma dualística en Francia é Italia, ya también bajo la forma panteística de Averroes en nuestra España.

Contra los primeros, generalmente indoctos pero revoltosos, se empleó por los Papas la predicación y la cruzada; contra los segundos la ciencia incomparable de la Escolástica, cuyo genuino representante el Angel de Aquino aniquiló por

completo aquellos errores, cortando todas las retiradas.

Quedó por entonces el error como avergonzado de su derrota, sin sacar ostensiblemente la cara, pero trabajando en la oscuridad y dejando ver aquí y allá algunos conatos de insurrección, como en Inglaterra y Bohemia; conatos que fueron sofocados por los Papas, acudiendo siempre al mismo terreno y luchando con las mismas armas que usaba el enemigo.

Este, que no dejará el campo hasta que se verifique la imponente lucha predicha por el Aguila de Patmos, cuando el gran Dragón sea arrojado al abismo por el angel Miguel, se presentó de nuevo con mayores bríos en Alemania, llevando como armas ofensivas y defensivas toda clase de conocimientos; pues puso en juego la historia, la crítica, la lingüística, la exegetica, la literatura; y más tarde la filosofía, la arqueología, la astronomía, la física, las matemáticas, las ciencias naturales, la filología; en una

palabra, se valió, como de ariete para demoler el alcázar de la fé, de cuantos ramos del saber están al alcance del humano entendimiento.

Pero todo en vano; porque el Guardian de Israel, atento siempre á la defensa del depósito que se le ha encomendado, opuso constantemente las afirmaciones católicas á las negaciones protestantes y jansenistas, llegando por último en el campo enemigo el desórden y desmoralización de los combatientes á tal punto, que en vez de un ejército aguerrido y disciplinado, solo presenta soldados indóciles y desobedientes que, como en los dias de Gedeon, luchan unos contra otros y en favor de la causa católico-romana.

Esta brevísima reseña de la teología cristiana en sus combates con la herejía, nos demuestra de una manera bien palpable por cierto, que la resistencia es igual y se ejerce en la misma dirección que la potencia, y que los Papas han acudido siempre á la lucha en el terreno que la han presentado sus enemigos.

No de otra manera sucede en las guerras materiales; pues vemos que los antiguos dardos y piedras arrojadizas fueron sustituidos por las balas, despedidas primero por arcabuces, luego por fusiles de chispa, más tarde por fusiles de piston y hoy por los varios sistemas que se usan en Europa; lo mismo que los arietes y catapultas cedieron la plaza á los morteros, Astrong y Krup.

Y es que el error, idéntico siempre en el fondo, es el Protéo de la fábula, que muda de forma en cuanto advierte que ha sido descubierto y no puede ya engañar á la humanidad.

Por eso, como el carácter peculiar de los errores modernos consiste en ser errores sociales, errores que no se contentan con abstracciones, sino que descendiendo al terreno práctico invaden todo el organismo social, corrompiéndolo y desorganizándolo; los remedios, sino han de ser anodinos, deben revestir igualmente el carácter práctico y social que

distingue á las enfermedades intelectuales y morales de nuestros días.

Tan cierto es esto que aquí asentamos, que hasta la misma filosofía, con ser de suyo más elevada y vivir en regiones ideales muy distantes de la impura realidad — como hoy se dice — como que ha querido descender de las alturas de la contemplación, para cernerse sobre el mundo de los hechos y la vida práctica de los hombres, á quienes educar debiera en más altas y sublimes ideas.

Damos por fiador de esta nuestra afirmación á un hombre nada sospechoso, á un filósofo contemporáneo y de no escasa, aunque funesta nombradía, á Schelling, que en el discurso de apertura pronunciado en Berlin en 1841 se expresa en los siguientes términos:

«Jamás se verificó contra la filosofía reacción más poderosa de parte de la vida activa y real, que en la época presente; esto prueba que la filosofía ha penetrado hasta en las cuestiones más vi-

tales é íntimas de la sociedad, en las que á nadie es permitido ser indiferente.»

Si esto sucedía en el año 41 con la filosofía herética de los trascendentales, ¿qué diremos hoy, cuando tan largo camino se ha recorrido en poco tiempo y tanto se han pegado á la tierra los hombres cuyo destino es el cielo?

De qué modo y con cuánto acierto vá proveyendo el Papa á las necesidades sociales, lo iremos viendo en el exámen algo más detallado, aunque siempre breve, de cada una de las Encíclicas publicadas hasta la fecha, cuyo conjunto forma un admirable cuerpo de doctrina, suficiente, si el mundo no quiere voluntariamente permanecer sordo á los clamores de su Pastor, para curar los males actuales y prevenir los futuros,





CAPITULO CUARTO.

PRIMER FOCO LUMINOSO, LA IGLESIA DE CRISTO.



LA síntesis de los modernos extravíos, humanos se halla admirablemente compendiada en esta sola palabra, *Naturalismo*; así como la antítesis opuesta y la verdad católica, en lo que tiene de actualidad, viene expresada por otra palabra, *Iglesia*.

Naturalista es la filosofía, naturalista la ciencia, naturalista la política, natura-

lista la economía, naturalista la legislación y naturalista la misma religión, que dicen profesar los que todavía no han dado á Dios el pasaporte. Naturalista por consiguiente ha de ser y es la educación, la enseñanza primaria, secundaria y superior, y naturalista el obrar humano en todos los órdenes de su actividad.

El naturalismo en filosofía se llama racionalismo, en la ciencia positivismo, en política y legislación liberalismo, en economía libre cambio, en enseñanza escuela neutra y en religión deísmo. Todo ello no es sino un solo error aplicado diversamente, conforme á las exigencias y naturaleza del objeto sobre el cual versa; un solo mónstruo con varias cabezas, como el que vieron Daniel (a) y Juan, (b) el discípulo amado.

A todos ellos, ó mejor al único error modificado y acomodado á las diversas circunstancias de la vida humana, res-

(a) Capítulo VII.

(b) *Apocalipsis*. Capítulo VIII.

ponde admirablemente la verdad católica con la sola afirmación de la *Iglesia*; cuya idea destruye radicalmente el naturalismo contemporáneo con solo enunciarse.

Es la mujer vestida del sol que disipa las tinieblas de la herejía y hace lucir esplendente la luz de la verdad por el ministerio del Pontífice.

Por eso en la actualidad no se ataca uno ú otro dogma, una ú otra verdad moral; ni tampoco los dogmas en conjunto, ni la moral misma en su sér y naturaleza, no; los tiros principales van hoy dirigidos al origen mismo y base de los dogmas y verdades morales, á la Iglesia católica que los enseña, y que es de ellos depositaria en todos y cada uno de los órdenes.

El instinto propio del error contemporáneo, en sus dos formas una interna y otra externa, ó sea en cuanto naturalista y en cuanto social, le hace ver con suma claridad, que su mayor enemigo, su único enemigo es la Iglesia, y que destruida

la Iglesia le sería facilísima la victoria contra cualquier otro poder, que quisiera oponérsele en su marcha triunfal y devastadora sobre la humanidad.

Comprende sin mucho trabajo, que la Iglesia deteniendo á Atila á orillas del Pó con la sola palabra de un Pontífice, (c) es la misma que hoy le dice «detente y no pases más adelante en tus ruinas, porque al caer sobre mí, que soy piedra, saltarás en mil pedazos, cual débil vaso de barro arrojado contra una masa de granito.»

No se equivoca el error en sus cálculos y si lograra la victoria contra la Iglesia, podría darse aires de triunfador en toda la línea.

Porque, en efecto, la Iglesia con sus dos cualidades de *sociedad* y de *sobrenatural*, es la radical antítesis del error moderno, en cuanto social y en cuanto naturalista.

Al proclamarse á sí propia sociedad

(c) San León el Grande.

sobrenatural, destruye en sus bases la Iglesia católica todas las manifestaciones del error contemporáneo. Pues, dadas esas dos cualidades, ni la filosofía puede prescindir de lo sobrenatural de la fé divina (proposiciones 2.^a, 3.^a, 8.^a, 9.^a, 10.^a, 11.^a, 14.^a del Syllabus; cánones 2.^o, 3.^o y 4.^o del capítulo 2.^o de la Constitución de *Fide* del Concilio Vaticano; 1.^o y 2.^o del capítulo 3.^o) (d); ni la cien-

(d) Copiaremos algunas de estas proposiciones, para inteligencia de aquellos que no no tengan á mano *El Syllabus*, ni las actas del Concilio Vaticano.

Proposición 3.^a del *Syllabus*.—“La razón humana, con absoluta independencia de Dios, es el único árbitro de lo verdadero y de lo falso, de lo bueno y de lo malo; es la ley de sí misma y por sus fuerzas naturales es suficiente para el bien de los hombres y de los pueblos.,”

Proposición 4.^a.—“Todas las verdades de la religión se derivan de la fuerza nativa de la razón humana; de aquí se sigue, que la razón es la regla soberana por la cual el hombre puede y debe alcanzar el conocimiento de todas las verdades, de cualquier clase que estas sean.,”

cia puede ménos de admitir el milagro, contra la frase consagrada por los positivistas, que aseguran ser inútil la ciencia presupuestos los hechos milagrosos (cánon 4.º del capítulo 3.º, 1.º y 2.º del

Proposición 11.ª—“La Iglesia no solamente no debe reprimir jamás los excesos de la filosofía, sino ántes bien, tolerar sus errores y dejar que ella se corrija á sí misma.,”

Proposición 14.ª—“La filosofía debe tratarse sin tener en cuenta para nada la revelación sobre natural.,”

La misma doctrina enseña como perteneciente á la fé el Concilio Vaticano. Véanse algunos de los cánones citados en el texto:

Cánon 3.º del capítulo II.—“Si alguno dijere que el hombre no puede ser levantado por Dios á un conocimiento y perfección sobrenatural, sino que por sí mismo, mediante un progreso continuado, puede al fin y debe llegar á la posesión de toda verdad y de todo bien, sea anatema.,”

Cánon 2.º del capítulo III.—“Si alguno dijere que la fé divina no se distingue de la ciencia natural que trata de Dios y de la moral, y por tanto que para la fé divina no es necesario que la verdad revelada sea creída por la autoridad de Dios que revele; sea anatema.,”

capítulo 4.^o de la citada Constitución; proposición 4.^a, 7.^a y 9.^a del Syllabus) (e); ni la política (proposiciones 77.^a, 78.^a,

(e) “Si alguno dijere que son imposibles los milagros, y por tanto que todas las relaciones que de ellos se hacen, aun las contenidas en la Sagrada Escritura, deben contarse entre las fábulas y mitos; ó que los milagros nunca pueden ser con certeza conocidos, ni por ellos puede probarse con certeza el origen divino de la religión cristiana, sea anatema.,, Cánón 4.^o del capítulo III.

“Si alguno dijere que las ciencias humanas deben ser tratadas con tal libertad, que sus aserciones, aunque se opongán á la doctrina revelada, pueden sostenerse como verdaderas y la Iglesia no puede proscribirlas, sea anatema.,, Cánón 2.^o del capítulo IV.

“Las profecias y los milagros, expuestos y referidos en las Escrituras Santas, son ficciones de los poetas; los misterios de la fé cristiana son el resultado de las investigaciones filosóficas y los libros de uno y otro Testamento están llenos de mitos, y el mismo Jesucristo es una ficción mítica.,, Prop. 7.^a del Syllabus.

79.^a, 80.^a del Syllabus) (*f*); ni la economía (proposiciones 39.^a y 58.^a) (*g*); ni la enseñanza (proposiciones 45.^a, 46.^a, 47.^a y 48.^a) (*h*); ni mucho ménos la religión na-

(*f*) “En la época presente no conviene ya que la religión católica sea considerada como la única religión del Estado, con exclusión de todos los demás cultos.,” Prop. 77.

“El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso el liberalismo y la civilización moderna.,” Prop. 80.

“La ciencia de las cosas pertenecientes á la filosofía y la moral, así como las leyes civiles, pueden y deben separarse de la autoridad divina y eclesiástica.,” Prop. 57.

(*g*) “Es preciso no reconocer otras fuerzas que las que residen en la materia, y todo sistema de moral, toda probidad ha de consistir en acumular y aumentar riquezas, sin cuidarse porque medios, y en satisfacer las pasiones.,” Prop. 58.

(*h*) “La perfecta constitución de la sociedad civil exige, que las escuelas abiertas para los niños de todas las clases del pueblo, y en general los establecimientos públicos, destinados á la enseñanza de las letras y ciencias y á la educación de la juventud, queden exentos de toda autoridad de la Iglesia, así como

tural, que dicen, pueden dejar de admitir en su seno ideas sobrenaturales, regulándose por ellas y conformándose á ellas; toda vez que esa sociedad, que extiende su influjo á todas las esferas de la vida y actividad humana, así lo reclama con la sola proclamación de su existencia sobre la tierra.

Una sociedad, cuyo origen es debido al milagro mayor que parece pueda ser ejecutado por la divina omnipotencia, á la humanización del mismo Dios y sus consecuencias naturales, vida mortal, dolores, sufrimientos y muerte del que es eter-

de todo poder regulador é intervención de la misma, y que estén sujetos al pleno arbitrio de la autoridad civil y política, segun el dictámen de los gobernantes y el torrente de las ideas comunes de la época. Prop. 47.

Todos esos errores y otros muchos están siendo el pasto cotidiano de las inteligencias en los pueblos modernos, donde impera el naturalismo político, esparcidos y llevados hasta la choza del pastor por una nube de periódicos, hojas y folletos, que infestan la atmósfera intelectual y moral de las sociedades de hoy.

no, impasible, inmortal; que debe su conservación á la constante é invisible acción del Divino Espíritu; que hace consistir su vida misma en la unión íntima de las facultades superiores del hombre con el Sér supremo, mediante la fé en sus palabras y la caridad ó unión de las voluntades divina y humana; que dice tener medios sobrehumanos para la generación y conservación de esa misma vida; que domina el órden físico hasta el punto de que pueda disponer de los elementos y derogar las más constantes leyes de la naturaleza, siempre que así convenga á los fines cuya consecución le encomendara su fundador; que asegura estar su destino más allá del tiempo y que promete á sus afiliados una dicha tal, que no sean ellos capaces ni de entenderla ni aun de desearla; esa sociedad es de todo punto incompatible con el naturalismo, es la negación, la destrucción del naturalismo, es el sobrenaturalismo viviente, el órden sobrenatural dominando y perfeccionando al órden puramente natural.

Tal es la Iglesia Católica. Por consiguiente la Iglesia Católica es la antítesis del naturalismo, la oposición radical del error contemporáneo en lo que de naturalista tiene.

Pero es todavía más; porque esa Iglesia, como tal sociedad, destruye igualmente y aniquila la herejía de nuestros días en lo que se refiere al orden social.

El naturalismo quiere una sociedad, que no se eleve poco ni mucho sobre la esfera de la vida presente; y al efecto toma al hombre desde que nace hasta que muere y lo separa, en cuanto puede, de todo lo que tenga carácter sobrenatural. Para los recién nacidos tiene su registro civil, donde impone nombre á la criatura, valiéndose á la vez de medios directos ó indirectos, segun los casos, con el fin de conseguir que los padres se contenten con aquella externa formalidad, sin acudir á ningun rito religioso, con el cual quede afiliado el nuevo vástago á una determinada religión positiva, puesto que todas son para él invenciones huma-

nas; y si en la imposición de nombre, al menos entre nosotros, conserva todavía la tradición del calendario cristiano, es porque en la mayoría de los casos no consentirían los padres del infante que á su hijo se le privara del patrocinio de un santo. Por lo demás, nosotros somos testigos de como algunos desgraciados padres, no contentos con privar á sus hijos del beneficio inestimable del bautismo, consienten en que se les impongan nombres tan sonoros como el de *Progreso Patriótico*, ó *Libertad*, segun que sea varon ó hembra, el recién nacido.

Llegado el niño á la edad oportuna para aprender los primeros rudimentos de la enseñanza, le prepara el naturalismo la escuela láica, donde no se miente para nada el nombre de Dios; sucediendo lo mismo en la segunda enseñanza, de la cual ha desaparecido hace años la asignatura del catecismo é historia sagrada, y continuando con la superior, reñida igualmente con toda noción religiosa y sobrenatural.

Cuando el individuo quiere entrar á formar una nueva familia, uniéndose á otro individuo de diferente sexo, el naturalismo le sale al paso ofreciéndole el matrimonio civil, para apartarle del religioso; si es que ya no le autoriza, como veremos despues, á prescindir de toda intervención extraña á los contrayentes, entre los cuales y por su sola voluntad se ha de pactar la unión temporal ó perpetua, pero siempre sujeta á una nueva revisión.

Y por último, prescindiendo ahora de otros actos menos trascendentales en la vida humana, los cuales ajusta el naturalismo á su fórmula exclusiva de todo orden religioso, cuando llega el momento de pagar el tributo á la naturaleza, tiene preparado tambien su entierro civil; de modo que el naturalismo toma al hombre, al abrir los ojos á la luz del sol y no le deja hasta colocarle en la sepultura, excluyendo siempre por sistema lo sobrenatural y divino.

Y como en todo esto que hace el na-

turalismo está apoyado por la ley civil, aun en aquellos pueblos que se llaman católicos, excusado parece detenernos más en demostrar que la sociedad actual, como tal sociedad, es enteramente naturalista.

Ahora bien, la Iglesia no solo protesta de palabra contra ese proceder, sino que todas sus obras, y hasta su misma existencia, son una protesta viva contra tamaño desvarío.

Por eso apenas nace un hombre, le toma cariñosa en sus brazos y le comunica la vida sobrenatural de la gracia, mediante las aguas saludables del Bautismo; le amamanta luego con la leche de la fé, enseñándole los misterios sobrenaturales, de que es depositaria; le fortalece con la Confirmación para las luchas de la vida; le robustece con el alimento de los fuertes en la Eucaristía; le proporciona medicina eficaz para las enfermedades del alma con la Penitencia; le une con vínculo santo en el Matrimonio, ó le consagra su ministro en la Orden; le asis-

te en su agonía hasta que deposita el alma en manos del Criador y entierra su cadáver en santa sepultura, á la vez que pide misericordia por sus flaquezas é interpone sus ruegos con el Juez de vivos y muertos, para que se digne aceptar, como pago de las deudas contraídas durante su peregrinación, el tesoro depositado en sus arcas por el mismo juez, para remedio de los insolventes.

Siendo pues la Iglesia la antítesis del error moderno en sus dos principales manifestaciones, y esto con solo existir, nada tiene de extraño que todos cuantos están inficionados con el veneno de la herejía, cualquiera que sea su forma, ataquen despiadadamente á esa misma Iglesia en sus dogmas, en su moral, en su liturgia, en sus hombres, en su misma existencia; negándola el aire y el fuego, arrojando contra ella el lodo de la calumnia y de la difamación, poniendo trabas á todas sus manifestaciones é impidiendo el libre ejercicio de sus derechos.

Nada tiene de extraño, antes bien es

la cosa más natural del mundo, que el error contemporáneo aceptara como fórmula de combate las palabras de León Gambeta, cuando decía: «El clericalismo, ese es el enemigo,» pues sabemos bien que en boca de la moderna impiedad, clericalismo, jesuitismo, superstición, fanatismo é Iglesia católica son sinónimos.

Por lo dicho se comprende bien que, para combatir con éxito el naturalismo sectario, nada más á propósito que la afirmación de la existencia de la Iglesia y su necesidad en los presentes tiempos; pues con esta afirmación del supernaturalismo viviente y social queda destruido el baluarte donde descansa el error.

Así debió comprenderlo en su admirable sabiduría Leon XIII, cuando á poco de ser elevado al Pontificado, lanzó en medio del ejército enemigo la Encíclica *Inscrutabili Dei consilio*, introduciendo el desórden en sus filas y dando aliento y fuerza á los defensores de la verdad, de paso que les enseñaba el modo de combatir para triunfar.

Era la voz del Pescador de Galilea que enseñaba otra vez á los Césares y poderosos de la tierra haber algo más estimable que la corona, las riquezas temporales, el poderío y la ciencia; y que ese algo desconocido por ellos, á pesar de sus escuelas y liceos, es el sobre-naturalismo cristiano; único capaz de hacer al hombre feliz en la eternidad, despues de hacerle menos infeliz en el tiempo.

Y eso es lo que demuestra y enseña el Papa en la citada Encíclica, la necesidad de la Iglesia para la verdadera felicidad del hombre en la otra vida y también en esta, considerado como individuo ó como sociedad.

Entre los varios enemigos de la Iglesia unos admiten la inmortalidad del alma humana y otros la niegan, pero unos y otros están contestes en la negación de un fin sobrenatural y por consecuencia en la negación de la Iglesia, que es el medio universal para adquirir aquel fin. Pero siendo la elevación á semejante orden un hecho, que no puede ser destruido

con negarlo, queda evidenciada la necesidad del medio, presupuesto el fin.

Mas como el nataralismo, sea espiritualista ó materialista, no quiere ver en el hombre otra cosa que la pura naturaleza, demuestra además el Pontífice que hasta en este órden es necesaria la Iglesia ya se considere al individuo, ya se mire á la sociedad.

Recuerda al efecto los inmensos bienes que uno y otra recibieron y reciben de la Iglesia cristiana; que sacó al hombre de la esclavitud; que elevó la mujer á tan alto grado de consideración como hoy la vemos, mientras que antes de la cruz la mujer y el hombre gemian en la mas espantosa miseria moral é intelectual; que trajo al mundo la nocion verdadera de justicia y equidad, desconocida de los antiguos, segun la frase del poeta: *«Jam fugit Astrea in cœlum, tellure relicta;»* que propagó el saber en todos los ramos, haciéndolo llegar hasta las últimas capas sociales, cuando antes era patrimonio exclusivo de los filósofos; que

atendió á los pobres despreciados en las antiguas instituciones, fundando en todas partes con profusion establecimientos benéficos de todos géneros. En una palabra, que curó todos los males individuales y sociales, siendo por lo mismo redentora del individuo y de la sociedad.

Vindica de paso á la Santa Iglesia de las calumnias sin cuento, con que la atacan sus enemigos, que son por cierto el arma favorita y de mayor alcance usada contra ella; ya que con verdad de nada se la puede acusar, ni tampoco dejar de conocer los beneficios sin número que esta Institución hizo á los mortales.

Tan esplendente es el primer rayo de luz que sale de la cúpula del Vaticano en el Pontificado de Leon XIII.

Iremos examinando los otros, y veremos como aquella inimitable cúpula es el faro puesto por Dios en el proceloso mar de la vida, para llevar á los navegantes al puerto de refugio y de seguridad, que es el cielo; despues de ense-

ñarles á evitar la multitud de bajos de
que está sembrada la tierra.





CAPITULO QUINTO.

Segundo foco.

Doctrinas sociales cristianas.



una enfermedad general, que vicia la sangre del individuo humano, hay que aplicar tambien una terapéutica general que, con remedios á propósito, contenga la corrupción, evite la gangrena y con ella la muerte; sin que por eso dejen de aplicarse medicinas particulares en aquellos órganos donde se manifiesta principalmente la dolencia.

Esto, que hacen los médicos en la cu-

ración de las enfermedades del cuerpo físico, ha hecho también León XIII con las enfermedades, ó mejor con la única enfermedad, del cuerpo social.

Al naturalismo opone la Iglesia, que es lo sobrenatural; al error social de nuestros días opone la verdad social contenida en las doctrinas y prácticas de la sociedad religioso-católica, como antídoto al veneno, como verdad al error, como luz á las tinieblas.

Pero eso no era bastante; urgía aplicar apósitos que contuvieran las manifestaciones particulares de la gravísima dolencia que padece el mundo. Hizo lo primero el médico de las almas con la Encíclica *Inscrutabili Dei consilio*, de que hablamos antes; lo segundo veremoslo practicado en las otras Encíclicas, que siguieron á la primera. Y como lo mas urgente en esos casos cuando, peligra la vida del enfermo, es acudir al punto donde se manifiesta el padecimiento con mayor pujanza, el Papa puso el debido correctivo á las doctrinas socia-

listas, tan en boga y tan extendidas en Europa estos últimos años.

De aquí la publicación de la Encíclica *Apostólicæ mænæris*.

Otra poderosísima razon hizo que el actual Pontífice publicase, siguiendo un orden rigurosamente lógico, la citada Encíclica ántes que otras de las que hemos de hablar, y es la mayor oposición que se encuentra entre las doctrinas socialistas, teóricas ó prácticas, y la doctrina católica, contenida como en gérmen en la significación de la palabra *Iglesia*; porque en efecto, el socialismo es la negacion radical del catolicismo en lo que tiene de sobrenatural y en lo que tiene de social. El socialismo es la última consecuencia de las doctrinas racionalistas, contenidas en las protestantes y desarrolladas sucesivamente por sus secuaces, como hace notar acertadamente el Papa, hasta nuestros dias.

Lutero quiso que el individuo se desentendiera de la divina autoridad de la Iglesia en materias religiosas; el libe-

ralismo dedujo que tampoco habia por qué tener en cuenta aquella autoridad en asuntos políticos; y el socialismo, mas radical, concluyó prescindiendo de la misma en todo, lo religioso, lo político, lo social, lo familiar y lo económico.

El socialismo es la encarnacion del naturalismo llevado hasta las consecuencias mas extremas; pues no se contenta con predicar éstas ó las otras teorías, sino que quiere plantearlas en el terreno práctico; es la iglesia del naturalismo, opuesta á la católica, que lo es del supernaturalismo. Por lo cual, para conocer cuáles son las doctrinas socialistas, basta saber cuáles son las católicas, en orden á la sociedad, cualquiera que ella sea; por más que estas doctrinas sociales tengan su fórmula científico-filosófica, de la cual no podemos tratar ahora.

El socialismo en el orden científico es un absurdo, en el social una utopía; y sin embargo ha sido ya ensayado en varias ocasiones y con distintos nombres, según el pais donde se verificaba el ensayo, ó el

nombre del jefe de la secta. En España se conoce con el apellido de *Mano Negra*, en Inglaterra los socialitas se apellidan *Fenianos*, en Francia *Comuneros* y en Rusia *Nihilistas*. Este último nombre explica mejor que otro alguno la naturaleza de ese cáncer.

Hasta la fecha el ensayo más notable del socialismo ha sido el de los discípulos de Sansimon, que no pudiendo entenderse entre sí, se disolvieron al poco tiempo.

Más no por eso desmayan sus secua- ces, antes bien trabajan cada día con mayores bríos para hacer viables sus doctrinas, ayudados poderosamente por las sociedades secretas y, más que todo, por los gobiernos liberales, que tienen con los socialistas principios filosóficos comunes, según demostró hace algún tiempo, cuando en España era todavía poco conocido el socialismo, nuestro ilustre marqués de Valdegamas. (a)

(a) Ensayo sobre el catolicismo lib. 2. capítulo VIII y IX.

Partiendo en efecto unos y otros de la negacion del dogma católico, relativo al órden sobrenatural á que el hombre graciosamente fué elevado por Dios, y negando que la naturaleza humana se halle caída, buscan el origen del mal, de que todos los hombres son testigos, en el gobierno los liberales, en la sociedad los socialistas. El hombre es bueno dicen los primeros, pero hay males en el mundo; quitemos pues el gobierno cristiano que reconoce en Cristo la soberanía, demos á las naciones un gobierno humano y el mal desaparecerá. Se hizo y aun se está haciendo el ensayo de los gobiernos puramente humanos, y el mal lejos de desaparecer aumenta cada dia en proporciones espantosas. Luego no está el mal en el gobierno, reponen los socialistas, sino en la sociedad, que oprime con su enorme peso al individuo; destruyamos pues la actual sociedad, y concluirán los males de una vez. Aquí aparece justificada la denominación de nihilistas. A la vez que se ponen otra vez de

manifiesto los dos carcatéres del error moderno, el naturalista y el social.

No hemos de pasar adelante sin hacer notar la admirable economía con que usa de las palabras el actual Pontífice; pues nunca, que recordemos, ni en sus Encíclicas, ni en sus alocuciones al Sacro Colegio ú otras corporaciones ó individuos respetables, ni en sus cartas y breves ha pronunciado una sola vez el nombre *liberal* ó *liberalismo*; á pesar de que Pio IX constantemente le estuvo anatematizando; de donde han querido deducir los liberales, que tenian al sucesor de Pedro de su parte.

Nada más falso; Leon XIII ha condenado el liberalismo como su antecesor, condenando los principios liberales, en todas sus Encíclicas; pero se ha guardado de usar la palabra por respeto á los débiles, á los que, creyendo de buena fé —si los hay— que puede cualquiera ser liberal, sin dejar por eso de ser buen católico, están tan aferrados en sus ideas y modo de pensar, que pudieran, parte por

falta de inteligencia y parte por un exceso de amor propio, sufrir algún escándalo y perderse; mientras que de otro modo, aunque hayan de purgar todo lo que tienen de liberal, podrán sin embargo salvarse.

Procede el P. Santo con los católicos de hoy como procedía el Apóstol con los de su tiempo, cuando decía: (b) «*Si scandalizat fratrem meum non manducabo carnes y æternum.*» Lo cual generalizaba y extendía como precepto moral á todos los cristianos, gritando: (c) «*Noli cibo tuo illum perdere pro quo Christus mortuus est;*» al mismo tiempo que sostenía y enseñaba que la comida no mancha al hombre, (d) como lo había ya dicho el divino Maestro. (e)

Hecha esta indicación continuaremos en el exámen del socialismo y de la Encíclica *Apostólicí múnneris*.

Son tan opuestas las doctrinas socia-

(b) I ad Corint. cap. VIII. v. 15.

(c) Rom. cap. XIV. v. 15.

(d) Ibidem. v. 14.

(e) Mathe. cap. XV. v. 17

listas y las católicas que, hasta en el modo de proceder en su desarrollo se distinguen radicalmente. Dice el socialismo: «Hagamos buena la sociedad y será bueno el hombre.» Mientras que la Iglesia católica procede, diciendo:» Hagamos bueno al individuo y resultará una buena sociedad.» Cual de estos procedimientos sea el legítimo, pues que ambos no pueden serlo, por oponerse mutuamente, lo dicta el buen sentido, aun sin tener nociones filosóficas. Mas no por eso deja de ser mucha verdad que todo el error socialista procede, como de su fuente, del error naturalista ya señalado; y que haciendo desaparecer ese error primitivo, que pudiéramos llamar pecado original del socialismo, este no podría subsistir un solo instante.

Si los socialistas supusieran por un momento, lo que por otra parte es una verdad de hecho reconocida por los pensadores de todas las edades, que el hombre está herido y enfermo en el cuerpo y en el alma, según enseña el Concilio de

Trento, (f) comprenderian desde luego sin grandes esfuerzos, que es imposible de toda imposibilidad formar una buena sociedad con esos elementos, antes de curarlos y mejorarlos; como es imposible hacer de pedazos de cobre un dije de oro.

Cuando las partes que han de componer un todo, tienen una propiedad innata y connatural inseparable de ellas, preciso es que el todo participe igualmente de esa propiedad, que en nuestro caso es un defecto y un vicio; siendo vano y estéril empeño reformar el todo, si antes no se han reformado y arreglado cada una de las partes.

Otro tanto sucede con cualquier género de sociedad. Compuesta de hombres pecadores, será pecadora; como algunas sociedades de recreo que se formaron en estos últimos años, unas de calvos, otras de ciegos y otras de cojos; ya se ve que el conjunto no puede ser sino de calvos,

(f) Sesi. V. cán. 1.

cojos y ciegos y así las denominan; siendo imposible que pudieran persuadir á nadie de que la sociedad, cuyos miembros todos fuesen ciegos, tenía una portentosa potencia visiva.

Ese mismo es nuestro caso. El hombre nace semi-ciego en el entendimiento, que es la vista del alma, y cojo en la voluntad, que es la potencia motriz de los actos humanos.

Presupuestas estas verdades católicas y los opuestos errores socialistas, no se podía esperar de estos señores otra cosa que espesísimas tinieblas en el orden intelectual y tremendas caídas en el orden moral. Lo cual aplicado al orden social, debe convertirlo en un caos verdadero, en un infierno, «donde no hay orden alguno sino horror sempiterno,» según la bellísima expresión de Job. (g)

Y así sucede.

El socialismo destruye la sociedad conyugal, estableciendo en su lugar, no ya

(g) Cap. X. v. 22.

el matrimonio civil, sino simplemente la concupiscencia de la carne con el nombre de *amor libre*. Por esa razón destruye igualmente la sociedad paterna; puesto que los padres, al serlo, son meros agentes naturales que satisfacen solamente una tendencia de su naturaleza física y orgánica, sin que de ahí puedan resultar relaciones morales anteriores y superiores á la libre voluntad de quien puso el acto generador. De modo que si hacen algo en favor de sus hijos, este algo es puramente convencional y sin obligación de conciencia.

De la propia suerte los hijos nada tienen que ver con los padres, puesto que, al darles estos el sér, obraban movidos únicamente de la ley de la carne y no de la ley moral que se les imponga; por consiguiente pueden los hijos, cuando bien les plazca, sustraerse á la tutela y vigilancia paterna, sin que los padres puedan sujetarlos ni imponerles obligación alguna, toda vez que esta no se dá

en el sistema socialista, sino cuando es libremente aceptada.

Desaparece tambien ante el socialismo la sociedad familiar; porque ni el criado tiene que ver con el amo ni el amo con el criado, sino en cuanto se convinieren, y del único modo que convinieron, no siendo el amo superior cuando manda, pues no hay mandato; ni el criado inferior cuando obedece, porque tampoco en el socialismo cabe obediencia, que destruiria la igualdad humana.

Excusado parece decir que si en el socialismo no cabe la sociedad doméstica, cuyas partes son las sociedades parciales enumeradas, á pesar de ser puramente natural; mucho menos cabe la sociedad civil, que es parte natural y parte convencional. Ni tampoco la sociedad religiosa; toda vez que para el socialismo Dios, objeto de la religion, es el mal, segun la expresion brutalmente blasfema de uno de sus coriféos. (h)

(h) Proudhon.

Es pues el socialismo la última expresión del naturalismo en sus relaciones con la sociedad; es el liberalismo fiero con sus últimas consecuencias sociales, como se advierte bien considerando la fórmula socialista, tal cual ha sido expuesta por uno de los principales jefes de la secta, á saber: *Ni Dios ni amo*. O lo que es lo mismo, prescindir de Dios en el cielo y de la autoridad en la tierra.

El liberalismo manso no llega tan lejos, se contenta con disminuir la autoridad de Dios, relegándole al fondo de la conciencia; y de la potestad civil, haciéndola versátil y dependiente de los pueblos.

Llama la atención que ninguna secta antigua ni moderna, ningún sistema filosófico entre los gentiles, ninguna herejía entre los cristianos haya avanzado tanto y proclamado tan en absoluto la autonomía humana individual, como el socialismo; pues si bien es cierto que entre gentiles y cristianos hubo quien proclamara el amor libre, como base de la

sociedad conyugal, no hubo uno solo que, juntamente con ese inmoral principio, afirmara la independenciam absoluta del individuo de toda autoridad divina y humana.

Pero si se considera bien este hecho histórico, se hallará muy lógico que los socialistas sean tan radicales, teniendo presente su naturalismo llevado hasta el extremo á que puede llevarse, que es la negación de Dios.

Los filósofos antiguos, por tradicion de la humanidad, y los herejes del cristianismo, por la enseñanza recibida en el seno de la Iglesia Católica, admitían algun género de sobrenaturalismo; siquiera este se hallara corrompido y medio borrado con las fábulas mitológicas, ó con las invenciones humanas, sustituidas á las doctrinas reveladas. Por eso al hacer aplicaciones de sus principios al órden social, ni podían ser tan avanzados, ni lo fueron de hecho, según testimonio de la historia. Lo cual confirma más y más lo que hemos dicho del carácter de los modernos herejes.

Ante semejante abominación de la desolación que amenaza á la sociedad europea, tanto religiosa como civil, no podía ménos de levantar su autorizada voz el Pastor de los pastores, amonestando á los príncipes y á los pueblos á tomar con tiempo las oportunas medidas, para librarse de los estragos de ese huracan, cuyas primeras ráfagas hemos sentido todos con horror.

No faltó, como no falta nunca el Vaticano, á lo que de él esperaba la humanidad puesta bajo su cuidado, siendo de esto la prueba su segunda Encíclica *Apostólicæ Múnieris*, en la cual, como experimentado médico, hace primero el diagnóstico de la dolencia y luego señala el remedio infalible para su curacion.

Hemos de hacer caso omiso de cuanto dice el Papa respecto á la sociedad doméstica en sus dos elementos, el conyugal y el filial, toda vez que de esta materia trataremos al hablar del matrimonio cristiano; tambien prescindiremos de la parte que toman en el desarrollo del so-

cialismo las sociedades secretas, puesto que de ellas trata la Encíclica *Humanum Genus*; y ya que hay otras dos dedicadas á dilucidar la verdad en orden al origen del poder y á la constitucion de las sociedades político-civiles, dejaremos para entónces estos puntos de tanto interés en el conocimiento de la doctrina socialista y su opuesta la católica; lo mismo sucede con el orden religioso, suficientemente dilucidado, para el fin del presente trabajo, en los anteriores capítulos.

Réstanos por consiguiente el tercer elemento de la sociedad doméstica, amos y criados, operarios y patronos, ricos y pobres.

La falta de armonía entre estos organismos y el demasiado deseo de bienes y riquezas temporales, necesaria consecuencia del naturalismo, que no cuenta para nada con la vida futura, son los orígenes inmediatos de la secta feroz que nos ocupa.

Seguramente, cuando con ánimo tran-

quilo y reposado se consideran las condiciones de millares de hombres, que trabajan dia y noche en las grandes fábricas, sin dejar de trabajar siquiera los dias festivos; cuando se ha dado un paseo por las interminables galerias subterráneas de las minas de hulla ó de otros productos y se han contemplado allí, sobre el mismo terreno, la multitud de séres humanos, que viven privados de la luz del sol y de las más caras afecciones, gobernados por un capataz que los trata poco menos que como á esclavos; cuando se penetra en el hogar doméstico á estudiar las relaciones íntimas entre amos y criados; cuando todo esto se ha visto y luego se considera el ningún cuidado que se tiene de la educación religiosa y moral de todas esas clases de trabajadores; mas aun, cuando piensa uno que sus mismos patronos ó amos inculcan teórica y prácamente el desprecio de la religión y la moral, como cosas impropias del presente siglo de las luces, empujándolos, á veces contra su voluntad, al quebranta-

miento de los deberes religiosos, é impidiendo otros con frívolos pretextos el cumplimiento de aquellos deberes; no puede ménos de causar admiracion el ver que aun subsiste la sociedad, que haya tan pocos socialistas, aunque verdaderamente son muchos; que conserven siquiera un resto de respeto hácia sus amos y no se levanten indignados contra ellos y los desbaraten, como ha sucedido ya en más de una ocasión.

¿Qué ha de hacer el infeliz obrero, de cuya alma se arrancó la idea de la vida futura y con ella la esperanza del premio debido á su paciencia, sustituyéndola con la idea de felicidad temporal y puramente terrena, sino procurársela á toda costa, siendo el deseo de la felicidad irresistible?

Por lo cual no hay otro remedio para curar la plaga del socialismo, sino el que propone el Maestro de verdad en la Encíclica *Apostólici múnneris*, á saber, el cumplimiento por parte de los señores, llámense patronos, amos ó propietarios

de cualquier especie, de los deberes que tienen para con los criados, trabajadores ó jornaleros; el primero de los cuales consiste en enseñarles sus obligaciones religioso-morales y hacérselas cumplir; según las palabras de S. Pablo: (i) "*Siquis autem suorum et maxime domesticorum curam non habet, fidem negavit et est infideli deterior.*" ¡Cuánta filosofía contienen estas palabras!

Ya se comprende la necesidad que tienen los señores de comenzar la reforma por ellos y sus hijos, para que pueda llegar á sus criados. Porque ¿cómo un criado ó jornalero, que ve á su amo y señor hacer alarde de irreligion, podrá ser religioso? ¿Cómo ha de ser moral, cuando la casa de su señor es un foco de inmoralidad? ¿Cómo ha de tener respeto á su amo si éste no lo tiene á Dios.? ¿Ni á los bienes de su amo, cuando sabe que él no lo tuvo al adquirirlos por medios injustos?

(i) I ad Timot. Cap. V. v. 8.

Enseñense, pues, á los sirvientes y trabajadores de obra y de palabra sus deberes, y los trabajadores sabrán cumplirlos; ejercítense con ellos las obras de caridad; téngase presente que hay en los cielos un señor que lo es de ambos, amos y criados; un padre de quien son hijos tan legítimos los pobres como los ricos; un juez que no es aceptador de personas, sino que dá á cada cual segun el mérito de sus actos individuales; prevalezca, en una palabra, el supernaturalismo cristiano en la sociedad y desaparecerá por si solo el socialismo, quedando aquella por consiguiente en la paz que vino á traer á la tierra al príncipe de la Paz, como le llama Isaias. (j)

Mas esta paz no se consigue sin prévia guerra que hemos de hacer unánimes á la temida secta, cada uno en su esfera; los príncipes dando á la Iglesia la libertad é influencia de que carece hoy, para extender á todas partes su acción bienhecho-

(j) Cap. IX. v. 6.

ra; y el pueblo prestándose dócil á escuchar sus divinas enseñanzas, practicándolas y separándose de esos hombres que lo quieren pervertir, arrastrándole al abismo socialista; todos, protegiendo el desarrollo y fomento de las asociaciones católicas de caridad, principalmente de obreros y trabajadores.

Entonces resplandecerá de nuevo sobre el horizonte social el sol divino de la verdad católica, que emana del sepulcro de Pedro.





CAPITULO SEXTO.

TERCER FOCO. FILOSOFÍA CRISTIANA.



o sin motivo fué colocado el cuerpo de San Pedro en un monte; pues, habiendo recibido del Divino Maestro el encargo de confirmar á sus hermanos (a), convenía que estuviera elevado sobre ellos en un lugar desde donde pudiera dominar la vasta extensión de la tierra, cuyos habitantes fueron dados en herencia al Hijo por el eterno Padre (b), y encomenda-

(a) Lucæ cap. 22 v. 32.

(b) Psalm. II v. 8.

dos á la vigilancia y custodia de su Vicario.

Como el templo de Salomon fué edificado en la cima del *Monte de vision* (c), donde se conservara el Arca de la alianza, que contenia las tablas de la Ley; así tambien era conveniente que el encargado de dar y publicar en el mundo la ley evangélica y esplicarla á todas las generaciones, reposára en un monte, para que literalmente se cumpliera la profecia de Isaias, cuando introduce hablando á los pueblos y diciéndose mutuamente: (d) «Venid y subamos al monte del Señor y á la casa del Dios de Jacob y nos enseñará sus caminos y caminaremos por sus sendas.»

Convenia que allí, sobre el monte, estuviera el intérprete de la ley de gracia, para que, como centinela avanzado, pudiera ver á larga distancia el enemigo y disponer lo conveniente á la defensa del santo alcázar de la fé. Para que conocie-

(c) 2.º Paralip. cap. III v. 1.

(d) Cap. II v. 3.

ra con precision las posiciones del ejército contrario; y viendo que estaban mal acampados, dijera como el rey de Polonia Sobieski delante de Viena: «Caerá en nuestras manos porque está mal formado su campamento.»

Desde aquella altura ha visto Leon XIII todos los males que en la actualidad afligen al mundo; ha visto las consecuencias fatales del error contemporáneo y sus principios generadores; y como guerrero denodado se lanzó á la lucha dirigiendo y animando al ejército católico, á la vez que le manifiesta cuáles son las armas más apropósito y de mejor temple para obtener la victoria contra los varios y múltiples enemigos que se la disputan.

Entre estos hay uno que, por su universalidad se encuentra en todas partes, por su superioridad es como el jefe de los demás, por su habilidad el mas difícil de vencer, y por su dirección suprema en los movimientos de los otros el que más importa derrotar.

Nos referimos á la filosofía moderna, caracterizada con las notas que señalamos atrás á los errores contemporáneos; la de práctica y social y la de naturalista. De lo primero dejamos copiado un testimonio que nos excusa dar otras pruebas, y de lo segundo se convence cualquiera con sólo abrir un libro que trate de esas materias, perteneciente á un autor de los que hoy se llaman filósofos racionalistas, por oposición á los escolásticos.

Desde los primeros siglos de la Iglesia ha venido siendo la filosofía el ariete con que se pretendía derribar el alcázar de la fé en manos de los enemigos de Cristo; y á la vez el baluarte de la misma fé manejada por los apologistas cristianos.

Por eso la Encíclica *Æterni Patris*, en la cual el Pontífice-Rey señala á los católicos el camino, que hemos de seguir en las investigaciones filosóficas, es acaso la más importante de cuantas han salido de su pluma, con serlo tanto las restantes; puesto que de la buena ó mala filosofía

depende en gran parte, casi en todo, la acertada defensa del órden sobrenatural cristiano y el aniquilamiento de la herejía moderna naturalista.

A la filosofia se debe la generalizacion del error contemporáneo, así como á ella se debe tambien el carácter radicalmente anticristiano, que le distingue de los errores de siglos precedentes.

La filosofia es, pues, el mayor elemento de desorganizacion cristiano-social, y debiera por el contrario ser el mejor y mas sólido apoyo de la revelacion sobrenatural; dependiendo todo de la direccion que se la dé, de los sistemas que se sigan y de la relacion que guarde con la fé.

Como en el órden religioso no hay mas que una religion verdadera, desde el principio del mundo hasta el fin, y en el órden histórico una verdadera historia, y en el órden moral una sola verdad, y en el órden fisico una sola ley, que rige y gobierna los cuerpos; así tambien en el órden ontológico no puede haber mas que una sola verdad metafisica, y en el

antropológico una sola verdadera antropología, y en el numérico y geométrico una sola verdadera aritmética y una sola verdadera geometría.

La dificultad está en averiguar cuál de los muchos sistemas, que se disputan la palma, es el solo aceptable, cuál es la moneda legítima entre tantas falsas.

Apenas alboreaba el cristianismo, cuando ya se estableció la pugna entre filosofía y filosofía, entre sistemas y sistemas, escuelas y escuelas. Desde entonces se vió á los defensores de la verdad revelada luchar á brazo partido con los séides del error en el terreno filosófico; hasta que al fin vencida la filosofía pagana, enemiga de la fé, con los esfuerzos de la cristiana apoyada en la fé, se perfeccionó ésta última en Agustino, adquiriendo la robustez y fuerza de un atleta en los escolásticos, á cuya cabeza marchaba como abanderado el hijo de los condes de Aquino.

Por aquella época la filosofía se sometió humildemente al famulato honroso de

la fé, á quien servía de escudo y protector contra las falacias y extravíos del humano entendimiento, qué, débil con la primera caída, está siempre propenso á separarse del camino de la verdad y seguir las huellas del error. Pero vino el trastorno religioso del siglo 16, y como en una casa que ha sido entrada á saco no sólo padecen los señores sino también los sirvientes; así con aquella revolución, en que se trastornaron los fundamentos de la fé, quedaron igualmente confundidos y desordenados los principios filosóficos.

Lutero y sus secuaces declararon guerra á muerte á la filosofía escolástica, tratándola de bárbara é incivil, de ignorante y monstruosa y de impedimento para la libertad religiosa, que ellos pregonaban. (e)

(e) No solamente á la filosofía escolástica; sino á toda filosofía declararon guerra sin cuartel los protestantes, proclamando el nihilismo de la razón, fundados en la idea que tenían del

Ni faltaron entre los católicos quienes, con mejor intencion acaso que acierto, hicieron coro á los reformadores con-

pecado original; el cual, según ellos, había destruido por completo las facultades racionales del hombre.

Con aquella intemperancia de lenguaje, que le era peculiar, llamaba Lutero *lupanares del Antecristo* á las Universidades. Hoffman apellida la filosofía *obra de la carne*; Kemniz asegura que no hay que tener en cuenta para nada el incurrir en absurdos filosóficos, cuando se trata de defender la fé.

El mismo Leibniz (*de conformitate fidei cum ratione*) no dudó dar este testimonio: "Los reformados, principalmente Lutero, hablaron algunas veces como si rechazaran toda filosofía.,,

Conviene tener muy presente este proceder de los protestantes en orden á las fuerzas racionales del hombre, tanto para comprender la reaccion verificada en el seno mismo de la reforma, esto es, el más radical racionalismo de hoy, como para saber quien fué siempre y en todas épocas el defensor nato de la razon humana, que no es otro sino la Iglesia Católica, que anatematizó aquellas doctrinas en el Concilio de Trento y recientemente en el Vaticano.

tra la escolástica; hasta que Descartes puso la base de la nueva filosofía, tan fatal y desastrosa en sus consecuencias, como falta de método y de verdad en sus principios; siendo muy cierto lo que ha dicho un ilustre prelado de nuestros días, á saber: «Lutero quiso que todos fuéramos filosofos en religion, Descartes pretendió que fuéramos pontífices en filosofía.»

El resultado de este pontificado filosófico ha sido el caos; primero el divorcio entre ambas ciencias, fatalísimo para las dos; y despues la desorganizacion de la filosofía hasta un punto increíble. Ella quiso hacerse independiente de la fé y cayó en la esclavitud; quiso andar por sí sola, juzgando que le bastaban sus propias fuerzas, y tropezó y dió de bruces contra el error, fraccionándose hasta lo inconcebible y perdiendo aquella admirable unidad, que le habia dado la escolástica, signo clarísimo de su verdad.

Hoy el campo filosófico es un verdadero campo de Agramante, es una ver-

dadera lástima, pues faltándole una base sólida, sobre la cual pueda edificar, cada filósofo pone la suya, frágil y deleznable, incapaz de resistir el análisis y la crítica.

En una cosa sin embargo convienen todos, en que la filosofía debe prescindir enteramente de la fé, procediendo en sus investigaciones como si no existiera esta, sin reparar en que los principios sobre los cuales se apoya, ó las consecuencias que deduce, sean conformes ó adversas á la revelacion; admitiendo por tanto aquellas verdades reveladas, que estén al alcance de su discurso, y rechazando las demás, como opuestas á la luz que emana de la filosofía. Todo lo cual, por no entretenernos en citar autoridades, consta de las proposiciones de *Syllabus* y cánones del Vaticano, que dejamos copiados.

Urgía, pues, que se pusiera remedio á un mal de trascendencia tanta por la voz autorizada de S. Pedro; pues si bien hace ya algun tiempo, comenzó la reaccion filosófica en Europa, siendo nuestro Bal-

mes el primero que emprendió ese camino, seguido despues por Sanseverino, Liberatore, Gonzalez y Zigliara, todavía, dadas las raíces profundas que tenía en la moderna Europa la filosofía racionalista, predominaba ésta y predomina en la mayoría de las inteligencias.

El actual Pontífice puso con su autorizada palabra remedio á este mal, encareciendo los estudios filosóficos, cual se merecen y, lo que es más, dando una norma segura con la cual puedan los estudiosos, sin menoscabo de su fé, lanzarse á las regiones elevadas de la especulación filosófica; siempre que lleven como guía al incomparable Tomás de Aquino.

Porque entre todos los escolásticos ninguno como él supo reunir en un solo cuerpo toda la doctrina filosófica; ninguno con más orden presenta las cuestiones; ninguno sabe unir la fé y los conocimientos racionales con aquella admirable trabazon, que tienen en los productos inagotables de su talento; ninguno, en una palabra, podia elegirse con más acierto

para guía de la juventud estudiosa, que el Angel dominico; dos veces ángel, por su claridad de entendimiento y de expresión y por su admirable castidad.

Su doctrina tiene la sancion de los siglos, la aprobacion de las academias, la autorizacion repetida de los Papas y la confirmacion del mismo Jesucristo.

Pero hay todavía en la actualidad una consideracion, acaso más poderosa que las enumeradas, para que Santo Tomás de Aquino fuera proclamado jefe de las escuelas católicas y protector de los estudios, consideración que vamos á exponer en breves palabras.

Sabido es que desde Kant la moda filosófica nos ha venido de Alemania; allí se han ido elaborando sucesivamente los sistemas, que dieron y dan el tono en las universidades y en todas las escuelas públicas. Esto, que tiene un gran fondo de verdad aplicado á Europa en general respecto á nuestra España es—por desgracia— un hecho tan universal, tan patente y manifiesto que, quien lo preten-

diera negar, daría señales inequívocas de vivir en el limbo, en lo que á materias filosóficas se refiere. ¿Quién ignora que despues de haber enviado á Alemania á Sanz del Rio, para estudiar aquella filosofía, un mal aconsejado gobierno, no se ha enseñado en nuestraas universidades é institutos más que la filosofía alemana, la filosofía de Krause, que Sanz del Rio nos trajo de allende el Rhin? ¿Quién no conoce á catedráticos como Salmeron, Chamorro, Azcárate, Castro y otros mil, que infestan nuestras escuelas? ¿Quién, que no sea enteramente ajeno al movimiento intelectual de nuestra pátria, desconoce la plaga de libros de texto denunciada primero por el *El Pensamiento Español* y más tarde por la *Ciencia Cristiana*? ¿Y qué son todos esos textos y sus autores sino ecos del germanismo, que se nos ha metido en casa sin prévio aviso?

Ahora bien, la filosofía germánica desde Kant es una filosofía enteramente panteísta; la filosofía de Krause es panteísta, como ha demostrado el Sr. Ortí y La-

ra y nosotros mismos, combatiendo á un profesor krausista de este Instituto. (f).

¿Y quién como Tomás de Aquino y su doctrina para oponer un dique á la ola invasora del panteísmo, que amenaza concluir no solo con la fé católica sino con toda clase de religión? ¿Qué armas de mejor temple podrán emplearse contra ese funestísimo error, que las ya probadas de Tomás, pues con ellas deshizo el panteísmo del Comentador, que llegó á ser en su tiempo el dueño de los espíritus filosóficos, y cortó los vuelos al de David de Dinant y Amauri, de modo que no pudieran levantarse jamás?

Todas las obras del Angélico, pero en especial la *Summa con tragentes*, que parece exprofeso escrita para rebatir el panteísmo y preservar de su letal influjo, contienen abundantísimos y esquisitos razonamientos, ante cuya presencia se vé forzado el error panteísta á retirarse

(f) ¿De Santo Tomás ó de Krause? Segunda edición. Badajoz 1882. Tipografía *La Industria*, Aduana, 4.

vencido, dejando al adversario la palma de la victoria.

Esta sola razon, aunque no hubiera otras, sería suficiente para elegir, como remedio al presente mal de la filosofía, la del humilde dominico entre lo mucho y bueno que produjo la escolástica.

Nótese bien, que el Papa en la Encíclica *Æterni Patris*, al recomendar la filosofía de Santo Tomás, no lo hace en aquellas materias que son de fé, porque en esto están conformes todos los católicos; sino en aquellas otras puramente opinables, en las cuales se dividen entre sí los defensores del dogma, sin que por eso falten á lo definido por la Iglesia; en las cuestiones que son puramente filosóficas, que no se rozan con el dogma, al menos directamente. En esas es en las que quiere ver al mundo católico unido bajo la bandera del tomismo, como la más apropiada y eficaz, para la defensa del sagrado depósito de la fé y de los intereses sociales.

Creemos por tanto que no están muy

acertados aquellos escritores, que prefieren hoy mismo y en obras recientemente dadas á la estampa, opiniones contrarias á las del Angélico, siquiera sean de doctores tan acreditados y beneméritos como el Eximio Suarez.

Sirva de ejemplo la tan debatida cuestion acerca de la distincion ó identidad entre la esencia y la existencia por lo que á los seres creados se refiere. Santo Tomás defiende la distincion real, Suarez la niega. Un sábio escritor moderno, perteneciente á la esclarecida Compañía de Jesús, (g) cree más acertado seguir al doctor granatense, que al aquinatense.

(g) Mendiye. Ontolog. Cap. I art. 2 paragr. 3.

No somos capaces de entender cómo el P. Mendiye se atreve á decir que, á su juicio, Santo Tomás no enseñó la distincion real entre la esencia y la existencia; cuando el santo está tan explícito y terminante en esta materia, que solo puede dudar de ello quien no le haya leído jamás.

Mucho menos entendemos estas palabras copiadas literalmente: "*Sus argumentos* (los de

¿Hace bien en las actuales circunstancias? Opinamos que no. Y nos fundamos para creerlo así en que la opinión de Suarez es generalmente seguida por los panteístas alemanes, contra quienes preciso es luchar, oponiéndoles lo que más contradiga sus teorías. Para que se vea mejor todavía y se comprenda la trascendencia de lo que decimos, hemos de copiar aquí dos pasajes, uno de Santo Tomás y otro del krausista Ahrens relativos á esta cuestión, y de ellos se desprenderá con mayor claridad, que cuan-

Santo Tomás) *entendidos en este sentido* (el de la distincion) *no tienen fuerza ninguna y parecen indignos de varon tan esclarecido.*„

Repetimos, que no lo entendemos; porque en esas frases no solo se lanza contra el Santo Doctor una acusacion injuriosa á su buen nombre, sino que se anatematiza á los innumerables expositores y discípulos del aquinatense que, precisamente apoyados en sus argumentos y su autoridad filosófica, sostuvieron y sostienen la citada distincion.

Ni este *Estudio* ni esta nota permiten extendernos más sobre el particular.

to nosotros pudiéramos decir, lo importante que es no separarse un ápice de la profunda doctrina de Tomás de Aquino.

Dice éste en el cap. 52 de la *Summa contra gentes*: “No se debe pensar que porque las sustancias espirituales no son corpóreas, ni compuestas de materia y forma, y porque no existen en la materia como naturalezas materiales, tengan ya por eso una simplicidad de naturaleza igual á la que se halla en Dios; pues se encuentra en ellas alguna composición, en cuanto no es lo mismo la existencia y la cosa que existe ó la esencia... Se ha demostrado antes que Dios es su existencia subsistente; luego ninguna cosa fuera de Él puede ser su existencia; luego es necesario que en toda sustancia, fuera de Dios, una cosa sea su esencia y otra su existencia ó el acto de existir, así como á Él solo conviene ser primer agente.”

Veamos ahora lo que dice Ahrens acerca del particular, y con él todos los panteistas modernos.

En el tomo 2.^o de su *Curso de filosofía* pág. 268 se expresa así: “El mundo entero bajo todos sus aspectos está en Dios; porque su esencia es de la esencia divina y porque *la existencia de todas las cosas no es más, como hemos visto, que la esencia desenvuelta.*” Casi lo mismo escribe Sanz del Rio en su *Sistema de filosofía*.

Comparando estos dos pasajes de Ahrens y Santo Tomás tenemos; que mientras Ahrens deduce la identidad de esencia entre Dios y las cosas que están fuera de Él de la identidad de la esencia y existencia en esas mismas cosas, Santo Tomás deduce la distincion esencial entre el Criador y sus criaturas, porque en estas hay distincion real entre su esencia y su existencia, mientras en Aquél hay identidad real.

Basten estas ligeras indicaciones al objeto de persuadirnos con cuanta razon Leon XIII encarga que se siga la doctrina del ilustre hijo de Guzman, aun en aquellas cosas que parecen ménos nece-

sarias; pues son sin duda sus teorías más opuestas al moderno panteísmo, la herejía filosófica de nuestros días, que otras teorías de otros doctores respetables, aunque ninguno tanto como nuestro santo.

En una palabra, es preciso dar unidad y fuerza á los estudios filosóficos, y no hay otra filosofía que pueda y deba producir tan fecundos resultados como la del Angel de las escuelas.

Esto no quiere decir que se abandonen los estudios de otros insignes maestros de la escolástica, no; lo que quiere el Papa, á nuestro entender, es que las obras de Santo Tomás sean como el libro de texto de los estudiosos; sin que se les prohíba enriquecerse y aumentar su caudal científico con los manantiales de otras fuentes, pero siempre, eso sí, con la debida unidad tan necesaria en nuestros días.

De la bien cortada pluma de una ilustre dama española salieron no ha muchos años estas sentidas frases que con gusto trasladamos: «Señaladamente el mo-

vimiento intelectual católico tiende á la resurreccion de la filosofia de la Edad Media. La voz de mayor autoridad en el mundo cristiano, la de Leon XIII, en la Encíclica *Æterni Patris*, dió impulso á la reaccion escolástica, que tan fecunda puede ser, si no se concreta exclusivamente á estudiar á un solo Maestro de las áulas, grande, insigne sin duda, mas no el único: Santo Tomás. No se llega por el camino del exclusivismo á la unidad, antes á la pobreza; si al resplandeciente arco íris de la escolástica despojamos de algún color, menoscabaremos su hermosura. Guardémonos de proscribir á ninguno de los grandes pensadores, que erigieron la pirámide gloriosa de la filosofia cristiana: no mutilemos la Catedral de la Edad Media quitándole sus pilares—San Buenaventura, Lulio, Escoto, Ockam, (h) Bacon, misticismo, armonismo, metafísica de la voluntad,

(h) Sin duda la apologista de los filósofos franciscanos no leyó las obras Ockam, pues de

nominalismo, método experimental;—que todo ello encerrado en los límites que señala la fé. es fruto de un árbol santo, esmalte de la ciencia ortodoxa, patrimonio de Cristo, usufructo de la Iglesia. Si uno de los más distinguidos promovedores de la reacción neotomista en nuestro país, al establecer con lucidez la distincion entre la filosofía esencialmente cristiana y la que lo es accidentalmente,

otra suerte casi no comprendemos que le coloque entre los grandes genios del escolasticismo.

Su filosofía, lo mismo que su política, deja mucho que desear al filósofo cristiano. Sus ideas sobre la potestad política en relacion con la religiosa, son un ataque continuo á la autoridad divina é independiente de la Iglesia. Por eso se han tributado á Ockam elogios desmedidos en la edad presente. Y él mismo, poniéndose al lado de Luis de Baviera, acreditaba sus doctrinas, confirmándolas con su conducta.

Esta nota se hacía necesaria, para que todos vivamos precavidos al leer toda clase de obras, aun las más acreditadas, porque suelen hallarse en ellas no pocas ni poco peligrosas incorrecciones.

reconoce que, desde la venida del Redentor, aún las obras de panteistas, materialistas y positivistas están saturadas de la influencia del cristianismo. ¡Cuánto más ancho horizonte podrá hallar el pensamiento cristiano en las de esclarecidos génios, que escribieron con aplauso de la Iglesia, y cuyas doctrinas profesaron millares de católicos, en las épocas de mayor esplendor y prosperidad del Catolicismo!

No vayamos más allá que los escolásticos, quienes, con Santo Tomás á la cabeza, beneficiaron la herencia del pasado, acogieron presurosos la filosofía pagana; no vayamos más allá que el siglo XIII, que siguió á maestros muy diversos en opiniones; no vayamos más allá que la Iglesia, que reunió en los altares á esos maestros. Ni reneguemos del ayer, ni del mañana: el tronco que produjo Agustines y Tomases no habrá perdido para siempre su sabia generadora; la filosofía y la teología, senos que nutrieron la inteligencia, no se habrán ago

tado y secado sin esperanza de que vuelvan á manar jamás gota de leche. Triste fuera decirlo, mil veces más triste creerlo. Disculpa el génio del Angel de las escuelas la predileccion que hoy se le otorga; no fuera bastante á disculpar la mano atrevida que en su nombre quisiese extinguir la luz de algun otro astro del firmamento católico. Sí, sustancialmente los grandes escolásticos quieren lo mismo; sí, una es la verdad, diversos los modos de buscarla, concebirla y expresarla: diversos, no adversos; unidad en lo necesario, libertad en lo dudoso. La imparcialidad de un entendimiento escaso, más no cautivo de ningun maestro ni sistema, nos valga al decir: puesto al sol, lugar en el campo católico para toda filosofía ortodoxa.» (i)

Ha de permitirnos la renombrada escritora, honra de las letras pátrias, que no pensemos como ella en la presente

(i) Pardo Bazan. San Francisco de Asis tomo 2.º Cap. VIII.

cuestión, por ser muy distintas las circunstancias de la Edad Media y del siglo XIX.

Entonces habia un como centro comun de todas las doctrinas, una autoridad, reconocida por ortodoxos y heterodoxos, que dirimía las cuestiones, aun filosóficas, cuando era menester. Todos respetaban á la Iglesia; hasta el punto de llevar á los concilios cualquier division, que trabajara los ánimos, para oír en ellos la última palabra, fuera esta favorable ó adversa; hoy carecemos de ese centro de apelacion, por lo mismo que no es reconocida su autoridad por ambas partes contendientes. Los católicos aceptamos de buen grado las decisiones eclesiásticas en materias dogmáticas; los racionalistas las desprecian. Entre los mismos católicos no hay uniformidad de pareceres en lo que atañe á la resolucion de cuestiones puramente filosóficas por la autoridad de la Iglesia. ¿Cómo pues comparar la libertad que lícitamente podian usar los

escolásticos, con la dura necesidad en que nos encontramos nosotros?

La variedad en la escolástica arrancaba de la unidad y por eso no la rompía, la hermooseaba; entre nosotros faltando la unidad, dadas las corrientes racionalistas, no puede haber variedad; hay contradicción, oposición, desorden, caos.

Quítese el centro de unidad señalado por León XIII y jamás podremos ser vencedores en la desesperada lucha contra el racionalismo panteísta.

Y si ha de haber un centro común, que una las huestes católicas, no creemos que, á pesar del legítimo entusiasmo que manifiesta por los filósofos franciscanos su apologista, se atreva á anteponer ninguno al genio de Tomás. Por lo cual estamos persuadidos, como indicamos ántes, que la Encíclica *Aeterni Patris*, recomendando la alta dirección de Tomás de Aquino en los estudios filosóficos, es la más importante y la de mayor trascendencia de cuantas ha publi-

cado el sucesor de Pedro despues de su exaltacion. (j)

(j) Recientemente han sido proscritas por la S. C. de la Inquisicion 40 proposiciones del abate Rosmini, muchas de las cuales contienen gérmenes de panteismo.

El origen de no pocos de estos errores de Rosmini es debido en principio al sistema ideológico seguido por aquel filósofo, y el esclarecimiento de ellos pertenece en gran parte al Emmo. Cardenal Zigliara, fundándose en las teorías del Angélico.

Esto es una nueva prueba de lo mucho que importa á los aficionados á estudios serios seguir las huellas del Angel de las escuelas, si quieren preservarse del error panteista, que tan profundas raices tiene en los modernos sistemas.

Y cuenta que Rosmini era un sacerdote ejemplar y virtuoso, fundador de una congregacion que cuenta no pocos miembros en la alta Italia; de manera que sus deslices filosóficos no pueden achacarse á defectos del corazon, sino solamente á los malos principios y perversas influencias de la moderna filosofía.

Varias de las proposiciones condenadas son idénticas á proposiciones krausistas, á pesar de distar tanto las ideas religiosas y sociales de ambos filósofos.

El dia en que las escuelas de Europa vuelvan á recibir las lecciones de Tomás, Europa se salvó; porque encauzada la filosofia, se encauzará el derecho, la legislacion, la educacion y todos los ramos del saber humano. Verificado esto, el pueblo, que siempre es lo que de él hacen los sábios, volverá á ser un pueblo profundamente católico, pero embellecido con todos los adelantos modernos, que á su vez recibirán nuevo esplendor de la savia de la fé.

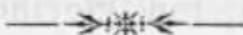




CAPITULO SEPTIMO.



CUARTO FOCO, EL MATRIMONIO CRISTIANO.



Lo que San Pablo escribió, en su carta, á los Romanos, (a de los antiguos filósofos gentiles que por no haber glorificado y dado gracias á Dios despues de haberle conocido, fueron entregados y dejados por el mismo Dios, como castigo de su soberbia, en poder de las pasiones de ignominia para hacer cosas vergonzosas y degradantes de la humana naturaleza, eso mismo está sucediendo en nuestros dias con otra clase de sábios no ménos hin-

(a) Cap. I.

chados con su ciencia y engreídos con sus conocimientos.

Ellos niegan á Dios el dominio supremo que tiene sobre sus criaturas, ridiculizando y escarneciendo la revelacion que, el mismo Dios en persona trajo al mundo, y cuyos testimonios son, en frase del salmista, (b) creibles con demasía y con exceso; no quieren glorificarle y darle gracias por haber redimido á la humanidad de la esclavitud del pecado, y con ella de todos los males que gravitaban sobre el mundo antiguo; se han proclamado sabios á boca llena, no queriendo reconocer otra sabiduría, que la por ellos inventada; y el resultado de este su irracional proceder es la necedad, á que han sido condenados, y la servidumbre de la carne á que voluntariamente se sujetan, para que tambien en ellos se cumplan las divinas amenazas "*perdam sapientiam sapientum, et prudentiam prudentum reprobabo.*" (c)

(b) Salmo XCII v. 5.

(c) I Corint. cap. I v. 19.

Asmodeo es en efecto el Dios del presente siglo; porque, si bien es cierto que ese demonio ha tenido en todas épocas muchos adoradores, hasta entre los cristianos, también lo es que jamás se estableció como principio de moral la libertad de la carne, según se ha establecido en nuestra época; principio sostenido, no por algún otro escritor oscuro y sin nombre, sino por toda una escuela en la que abundan los publicistas y literatos y á la que se concede demasiada importancia, por desgracia, en nuestra sociedad.

El génesis de esta moral inmunda, que parece hacer consistir la felicidad del hombre en los actos carnales, no es difícil de averiguar; pues, como toda moral, tiene su fundamento en una metafísica; así como de toda metafísica se desprende un sistema de moral determinado.

Este es, á nuestro modo de ver, la razón lógica porque León XIII, después de anatematizar la filosofía racionalista de nuestra época y señalar el rumbo que ha de seguir la filosofía cristiana, para

establecer, ó mejor restablecer, la sociedad sobre bases sólidas é indestructibles, trata del vicio dominante de los tiempos, del vicio por sistema, no del vicio y el pecado por flaqueza, que este es patrimonio de la vida mortal.

Como que la filosofía especulativa es el fundamento de la práctica, y la metafísica de la moral. Así lo entienden hasta los mismos racionalistas; por lo cual el jefe de ellos en los tiempos presentes, Manuel Kant, antes de ocuparse en el análisis de la razón práctica, trata de la crítica de la razón pura. Y siendo esto lógico no podía faltar á ello nuestro Maestro de verdad, que hasta en el procedimiento y orden de sus enseñanzas quiere que aprendamos de él, y en su luz veamos la luz.

Por lo cual, presupuesta la filosofía racionalista, dominante en las escuelas modernas; presupuesto el panteísmo, como última expresión de los delirios humanos, era fácil, era necesario deducir un estado moral, que tuviera por ba-

se la deificación de la carne con sus bestiales apetitos.

El panteísmo, cualquiera que sea su forma, no solo destruye por completo el orden moral, que para él no es otra cosa que una palabra sin sentido; sino que viene á parar siempre á la glorificación del *Yo*; pronombre que tan gran papel desempeña en las teorías panteístas modernas.

Sin descender á muchos pormenores, nos bastará recordar la explicación panteísta más extendida en las escuelas españolas, la de Kráuse.

Para los filósofos de esta secta la naturaleza, el espíritu y la humanidad son los componentes de la divina esencia, son el mismo Dios; pero con una diferencia, que la naturaleza y el espíritu no son sino partes de Dios, mientras que la humanidad, en quien se armonizan la naturaleza y el espíritu, es en realidad el Dios que buscaban. Ahora bien, en la humanidad no es menos interesante la naturaleza que el espíritu; tienen ambos

iguales derechos, iguales prerogativas; siendo en consecuencia tan legítimas las aspiraciones de la naturaleza como las del espíritu, y no debiendo éste contrariar en nada las manifestaciones y tendencias de aquélla.

Las aplicaciones al orden moral no es menester deducirlas, porque salen ellas por sí solas, como el arroyo nace de la fuente, como la fruta del árbol, como la muerte de la enfermedad.

Y como la corrupción producida por el pecado original en el hombre caído, se manifiesta de una manera especialísima en todo lo tocante á la castidad; como la pasión por excelencia, la más universal en el tiempo y en el espacio, la más seductora y difícil de vencer, porque se alienta cuando es combatida de frente; como esa pasión, que lo mismo ataca á los jóvenes que á los viejos, al sexo fuerte que al débil, es la principal y más universal manifestación de la naturaleza, según dicen los panteístas, ó de la carne, según decimos los cristianos; de aquí que

no pueda oponérsela resistencia alguna, sino mas bien dejarse llevar de sus apetitos, que en último término no son más que las manifestaciones de la actividad divina en esa absurda filosofía.

Sin embargo, exceptuando los más avanzados y por lo mismo mas lógicos y consecuentes con las premisas sentadas, pocos de entre esos filósofos se atreven á proclamar como principio moral la libertad de la carne, tan en crudo como se desprende de su metafísica.

Tiene esto su explicacion satisfactoria en el estado de los espíritus de Europa, saturada desde hace muchos siglos de la savia vivificadora de la moral cristiana; contra cuyo estado se estrellarian forzosamente esas degradantes doctrinas, si se presentaran en su horrible desnudez.

Así es que las van dando diluidas en pequeñas dosis, para que acostumbrándose el hombre poco á poco á prescindir de la enseñanza religioso-católica en un punto, pueda luego con facilidad admitir

otros puntos de vista, sin que le choquen y los rechace. Obran en esto como el que desea aprender un arte ó una ciencia, que empieza por lo fácil, para llegar despues sin mucho trabajo á lo difícil.

La guerra directa y encarnizada de estos nuevos agentes de Satanás es contra el matrimonio católico, con sus dos propiedades de unidad é indisolubilidad. Para eso lo pintan como una institucion semi-bárbara, incompatible con las luces y progreso de estos tiempos; como diametralmente opuesto á la libertad que debe regular todos los actos humanos; como semillero fecundo de disgustos entre las familias, una vez que se apague el fuego del primer amor; y por fin como un peligro para la sociedad y una usurpacion de atribuciones civiles por parte de la Iglesia.

Combatido así el matrimonio católico, quieren sustituirlo con el llamado matrimonio civil, dando á las potestades de la tierra la autoridad sobre el matrimonio que la Iglesia recibió del cielo. He-

cho lo cual y negada á la autoridad eclesiástica toda intervencion en el matrimonio de los fieles, afirman que es de necesidad el establecimiento del divorcio, para obviar los gravísimos males é insuperables dificultades, que resultarían de la indisolubilidad.

Mas, como siempre es verdadera aquella sentencia que dice "*Abyssus abyssum invocat*," (d) no podia tampoco faltar aquí. Por lo cual negada la influencia religiosa y la sancion divina al matrimonio; reducido éste á contrato puramente humano y disoluble por la mera voluntad de los contrayentes, viene á resultar en último término y como rigurosa consecuencia el amor libre de los socialistas, la rehabilitacion de la carne de los sansimonianos, el culto de la naturaleza de los panteistas, que son los padres de todos estos errores, porque todos tienen su raiz en la metafísica.

Nótese de paso en esto mismo del

(d) Salmo XLI v. 8.

matrimonio lo que repetidas veces hemos afirmado de los dos caracteres principales del error moderno y de la oportunidad del remedio aplicado por la Santidad de León XIII. A la raíz, al antecedente opone la filosofía escolástica de Santo Tomás, á la consecuencia la doctrina católica relativa á las relaciones sexuales del hombre. Una y otra fundadas en el supernaturalismo cristiano, ambas de un caracter social trascendente.

De la primera, es decir de la filosofía, tratamos lo suficiente, á nuestro juicio, en el capítulo anterior; y fué preciso dedicar una buena parte de éste á descubrir el encadenamiento de los errores y la lógica fatal, que lleva á los naturalistas al abismo y á la destruccion de la sociedad; que ya hubiera perecido, si la faltara el antídoto de la verdad católica, tan admirablemente desenvuelta por el Vaticano.

Establézcase —sino— como base de la sociedad, la comunidad de mujeres, según

quiso plantearla Platon en su República, (e) y los nicolaitas en el primer siglo de la era cristiana, ó el amor libre, que es la última consecuencia de las doctrinas panteistas y socialistas modernas, y que ponen en práctica las sociedades secretas, como veremos despues; hágase esto, y luego se verá que la tiranía de la carne no tiene límites, que la feroz pasión de la concupiscencia lo atropella todo, lo invade todo y el mundo no vendrá á ser otra cosa, que una inmensa casa de prostitucion, donde no se busca la prole, ni la paternidad, sino la satisfaccion del apetito brutal; como sucedia en los dias que precedieron al diluvio, y sucederá en los últimos tiempos en la ciudad del mal, segun la profecía de nuestro adorable Salvador. (f)

La multiplicacion asombrosa de estas casas de ruina fisica y moral en los tiempos que atravesamos y que nos recuerda el estado del mundo pagano á la venida

(e) Cap. 5.

(f) Mathe. cap. XXIV v. 39-39.

del Mesias, según atestiguan hoy mismo las ruinas de Pompeya, no obedece á otro principio que al espuesto, principio defendido y sostenido por los gobiernos naturalistas y liberales de Europa.

Y así como de esos centros de corrupcion y de placer apenas sale un individuo humano, y los que resultan, contra la voluntad de los padres, llevan en sí mismos un como segundo pecado original, que los degrada en el órden físico y los envilece en el órden moral, siendo por lo comun deformes en el cuerpo y mal inclinados en el espíritu; así tambien el dia en que la sociedad civil se constituyera bajo la base del amor libre en la sociedad conyugal, aquel día habria sonado la hora de dicha sociedad, que disminuiría rápidamente hasta aniquilarse.

Y como el camino para llegar á ese término es el matrimonio civil, todo aquel que trabaje por apartar de la sociedad actual esa terrible enfermedad que la amenaza, merecerá bien de ella

haciendo un trabajo eminentemente social.

Que es precisamente lo que ha hecho el Vigilante supremo de la grey de Cristo con la publicacion de la Encíclica *Arcanum divinæ Sapientiæ consilium*.

En ella desenvuelve magistralmente la doctrina de la Iglesia relativa al matrimonio; vindica la potestad exclusiva que de su Fundador recibiera, para ordenar cuanto juzgue necesario á la recta administracion de los sacramentos, uno de los cuales es el matrimonio; su jurisdiccion única sobre el vínculo matrimonial y cuanto con él se relaciona, con exclusion de las potestades seculares; la conveniencia social de éste por las dos propiedades que forman como su naturaleza y le distinguen de toda otra clase de ayuntamientos; y por fin pondera, como se debe, la suavidad de la carga matrimonial, que se hace ligera por la gracia sobrenatural, derramada con mano pródiga sobre los cónyuges, que lo reciben con las debidas disposiciones, por el

mismo autor de la gracia y del sacramento.

A la vez pone de manifiesto los males sin cuento, que se siguen á la sociedad doméstica y civil, de las modernas teorías racionalistas acerca de este punto, la conformidad con la ley natural de cuanto la Iglesia tiene hecho y establecido sobre el matrimonio, y las grandes luchas que hubo de sostener contra las pasiones humanas, por no faltar á su divina mision de promulgadora y custodia de la moral evangélica; deshaciendo de paso las argucias con que los enemigos del órden cristiano pretenden debilitar y anular, si les fuera posible, el derecho y prerogativas eclesiásticas en asuntos matrimoniales.

Tal es, á grandes rasgos, el contenido de la Encíclica citada, vasto y digno sin duda de la pluma del sábio Pontífice que gobierna la Iglesia.

No concluiremos nuestras observaciones acerca de esta Encíclica, sin observar, ya que hemos llamado *sábio* á Leon

XIII, que esta denominacion se usa por amigos y enemigos del Pontificado; pero creemos que necesita una explicacion para no desvirtuar en nada su sabiduría.

El ponderar demasiado la sabiduría *personal* del Papa, cualquiera que él sea, es de mal agüero en la presente época de racionalismo. A Jesucristo, Hijo de Dios, le llaman sábio á boca llena todos aquellos que no le reconocen la divinidad; con la circunstancia especial de que suelen comenzar por ahí sus trabajos literarios, encaminados á demostrar que el Hijo de María fué un puro hombre. Testigos Straus y Renan. (g)

De manera que la decantada sabiduría del filósofo judío, como tambien le apellidan, está reducida á una sabiduría puramente humana, que por mucho que se la sublime, no pasará los límites de imperfecta y perfectible. Por donde, aparentando elevarle sobre el comun de los mortales, le deprimen hasta un grado

(g) Cada cual en su *Vida de Jesús*.

increible, negándole la cualidad de Hijo natural de Dios y, como tal, Sabiduría increada.

Otro tanto sucede con su Vicario en la tierra, el Pontífice Romano. Cuanto más se ponderen las dotes personales de ciencia y prudencia, con que Dios le haya enriquecido; cuanto mayor influjo se atribuya á éstas en la enseñanza de la verdad y el régimen de la Iglesia, otro tanto se detrae á la asistencia del Divino Espíritu, que le gobierna en sus actos públicos y que le comunica el don de la infalibilidad personal, cuando dirige su voz á la multitud cristiana, para enseñarla las verdades pertenecientes á la fé ó á la moral.

No neguemos, pues, la sabiduría de Leon, pero reconozcamos que esa sabiduría no tanto es suya como de la Iglesia, de quien es jefe y cabeza; no tanto es suya, como del Espíritu Santo que le asiste. Reconozcamos su sabiduría y su prudencia, pero sin desconocer que el mismo Divino Espíritu es el que suscita,

atendidas las necesidades del mundo cristiano, pontífices según su corazón; para que en circunstancias difíciles no hallen dificultad; para que en las recias tormentas no naufrague la navicilla de Pedro; para que en tiempos de tinieblas iluminen desde la cúpula del Vaticano al mundo entero y vean los hijos de la luz el camino claro que les conduzca al término deseado.

Creemos que éste sea el verdadero punto de vista en lo de la sabiduría pontificia; todo lo demás nos huele á puro racionalismo, del que, sin advertirlo, por estar inficionada la atmósfera intelectual de nuestros días, nos hacemos reos los mismos que de corazón lo detestamos, trabajando por su aniquilamiento completo.



1870
The following is a list of the names of the persons who were members of the
Board of Directors of the Bank of the City of New York, from the year 1860 to
1870, inclusive. The names are arranged in alphabetical order, and the years in
which they were members are given in parentheses. The names of the persons who
were members of the Board of Directors of the Bank of the City of New York,
from the year 1860 to 1870, inclusive, are as follows: (1860) J. B. Mc
Donald, J. B. Mc Donald, J. B. Mc Donald, J. B. Mc Donald, J. B. Mc Donald,
(1861) J. B. Mc Donald, J. B. Mc Donald, J. B. Mc Donald, J. B. Mc Donald,
(1862) J. B. Mc Donald, J. B. Mc Donald, J. B. Mc Donald, J. B. Mc Donald,
(1863) J. B. Mc Donald, J. B. Mc Donald, J. B. Mc Donald, J. B. Mc Donald,
(1864) J. B. Mc Donald, J. B. Mc Donald, J. B. Mc Donald, J. B. Mc Donald,
(1865) J. B. Mc Donald, J. B. Mc Donald, J. B. Mc Donald, J. B. Mc Donald,
(1866) J. B. Mc Donald, J. B. Mc Donald, J. B. Mc Donald, J. B. Mc Donald,
(1867) J. B. Mc Donald, J. B. Mc Donald, J. B. Mc Donald, J. B. Mc Donald,
(1868) J. B. Mc Donald, J. B. Mc Donald, J. B. Mc Donald, J. B. Mc Donald,
(1869) J. B. Mc Donald, J. B. Mc Donald, J. B. Mc Donald, J. B. Mc Donald,
(1870) J. B. Mc Donald, J. B. Mc Donald, J. B. Mc Donald, J. B. Mc Donald.



CAPITULO OCTAVO.



QUINTO FOCO. ORIGEN DEL PODER EN EL SISTEMA CRISTIANO.



UESTRO insigne Balmes (a) observaba con mucho acierto el diferente proceder de los enemigos de la Iglesia Católica antes y despues de la revolucion francesa, que aún dura.

Los defensores del cesarismo jansenista, hijo de las doctrinas protestantes, acusaban á la Iglesia de revolucionaria, porque enseñaba sus deberes á los príncipes y vindicaba los derechos del pue-

(a) El Protestantismo cap. 48.

blo, conculcados en mil ocasiones por aquellos gobiernos. Los revolucionarios, desde Helvecio y Rouseau, la acusan de tiránica y fautora de la tiranía de los reyes, con quienes, dicen, se ha coligado para forjar las cadenas de los pueblos, viéndola con cuanta solitud aconseja á sus hijos la obediencia á las autoridades legítimas. Los liberales, que tienen lo malo de jansenistas y revolucionarios, la acusan de ambas cosas, unas veces de tiránica, otras de demagoga, segun las circunstancias.

Y sin embargo, es lo cierto que la doctrina de la Iglesia no ha variado desde su fundacion hasta el presente, ni tampoco su conducta, que en todas ocasiones ha sido encargar á los príncipes, que sean padres del pueblo, y al pueblo que respete y obedezca al príncipe como á padre.

Dada la extension del virus naturalista y su universidad y tendencia á invadir tanto las esferas sociales como las individuales, no podían ménos de resentirse

y viciarse las nociones, que regulan las mútuas relaciones de los súbditos con los imperantes, y de éstos con Dios.

Queda ya sumariamente expuesto el proceso de estos errores, pero no será malo recordarlo, ampliándolo, para que se vea mejor su mútuo enlace y dependencia, así como las consecuencias fatales á la humanidad, que de ellos se derivan.

Los primeros protestantes afirmaron á la vez dos cosas contradictorias, que desenvolviéndose en el trascurso del tiempo, fueron las premisas de los errores modernos en la materia que nos ocupa. No nos referimos ahora al espíritu privado, fuente y raiz del protestantismo y principio generador de todas las herejías en todos los tiempos de la historia eclesiástica, no; pues aunque ese principio constituye por sí solo semillero fecundo de toda clase de errores en cualquier materia á que se aplique, es demasiado abstracto en sí mismo y tenemos otros muchos más concretos.

Negada por Lutero la obediencia de-

bida al Romano Pontífice en materias religiosas y excitados por él mismo los príncipes alemanes á considerar las cosas y personas eclesiásticas de su territorio, como sujetas á su jurisdiccion, resultó de ahí el principio, comun en los países protestantes, *illius est religio, cuius est regio*, y con él el cesarismo.

Predicado por el mismo heresiarca la emancipacion y libertad evangélica, que consistia en pecar mucho para ser muy santo, y en no reconocer otra autoridad que el propio juicio, resultó la insubordinacion de los pueblos contra los príncipes. La primera doctrina de Lutero dió por fruto la invasion de la autoridad eclesiástica por parte de los príncipes, la segunda, la invasion de las atribuciones de los príncipes por parte de los pueblos. Y hé aquí como proceden en los tiempos modernos el cesarismo y la anarquía de un solo principio.

Esto dió lugar á dos corrientes distintas, la despótica y la anárquica y demagógica, corrientes que inundaron de

sangre la Alemania y en general los países protestantes, hasta que venciendo una de las dos, quedó como sujeta y aniquilada su contraria.

Pero paralelamente con este orden práctico iban haciendo también su camino los principios de despotismo y de demagogia predicados por el fraile apóstata; principios que han venido á unirse y darse las manos en las doctrinas y sistemas liberales y en las doctrinas y sistemas socialistas; que son los mismos principios liberales, puestos más al descubierto y sin la careta, con que desde luego se presentaron.

Ayudaron poderosamente á conseguir este resultado las doctrinas filosóficas, nutridas con la savia del protestantismo, En las fuentes protestantes bebieron Helvecio, Rouseau y los enciclopedistas. padres de la revolución; de las mismas aguas se saturaron Kant y los que han seguido su panteísmo en esta ó en la otra forma. Los demócratas, haciendo del hombre un descendiente del salvaje, sin

habla y sin nociones de ninguna especie, inventaron para explicar la existencia de la sociedad el *pacto social*, base de todas las modernas constituciones; los panteístas, no reconociendo en último termino otro Dios que el Yo individual ó social, nos han traído al Dios-Estado á la humanidad, de quien son miembros y partes integrantes todos los individuos que la constituyen.

Aquí tenemos, pues, el monstruoso matrimonio de la anarquía con el despotismo. La anarquía, porque cada uno siendo rey y dueño absoluto de sí mismo, y no pudiendo ser mandado por otro distinto de él, sino en cuanto para ello le dé facultad en la forma y por el tiempo que se la dé, conforme á las doctrinas del pacto social, no se creerá obligado á obedecer—y de hecho no lo está en ese sistema—en cuantas cosas no le agradaren, en cuanto contradiga sus caprichos; rebelándose contra la pretendida autoridad del que manda y promoviendo á cada instante y motines y sublevaciones,

que al fin den al traste con tan endeble sociedad. El despotismo, porque no pudiendo el imperante exigir la obediencia racional de los súbditos, cuando les manda cosas contrarias á la voluntad de ellos, puesto que de los mismos depende su precaria autoridad; y siendo por otra parte instintivo el deseo de la propia conservacion, cada vez que observe que se infringen sus preceptos y vea que le disputan el puesto apetecido, aumentará la fuerza pública que le ha de defender, para conseguir por la violencia lo que no le es dado obtener por la razon.

Y esto que dicta el raciocinio, lo confirma la experiencia de todos los dias y lo atestigua la historia contemporánea.

Cualquiera de los dos sistemas que se adopten, haciendo aplicacion de ellos á la constitucion y gobierno de la sociedad civil, tenemos siempre al hombre en el principio, en el medio y en el fin. Dios ha de estar—por necesidad lógica—desterrado de la sociedad, que nada le debe; porque es independiente de él en su

formacion, independiente en su conservacion é independiente en su fin último. La sociedad religiosa, cualquiera que ella sea, nada tendrá que ver con la sociedad política, y si ésta la permite vivir, deberá estarle muy agradecida, pues pudiera privarla de la existencia. Por idéntica razon cualquiera sociedad religiosa tiene ante la autoridad de la civil iguales derechos, iguales prerogativas, sin que pueda haber en esta parte distincion alguna; y si la hay, será en favor de aquella religion que mejor se doblegue á los caprichos y exigencias de los que mandan.

Estas son las consecuencias legítimas de aquellos antecedentes, mirados en el órden religioso.

Pero si se consideran con aplicacion al órden social, quedaremos admirados al ver que aún haya agrupaciones de hombres regidos por unas mismas leyes y sujetos á la misma autoridad; esto es, que haya todavía sociedades políticas.

Admitido, pues, que el hombre solo sea el origen de la sociedad y de la au-

toridad social, ya que sin autoridad ni concebirse puede sociedad de ninguna especie, síguese: que en tanto habrá autoridad en cuanto quieran que la haya aquellos de quienes proviene y por los cuales se conserva; la autoridad podrá mandar aquellas cosas, que voluntariamente acepten los llamados súbditos, puesto que no pueden éstos abdicar su libertad; y tanto tiempo durará la autoridad personal de quien la posea, cuanto dure y persevere la voluntad que se la otorgó y con las restricciones más ó menos latas, con que fué concedida. Luego una vez revocada, aunque sea mentalmente, la autoridad por muchas ó pocas ó todas las voluntades que la constituyeron, esta autoridad está incapacitada para mandar y ordenar cosa alguna, al menos respecto á aquellos cuya voluntad primera haya sido retractada. Y si manda y se hace obedecer por la fuerza, esto no será sino un abuso, una horrible tiranía que se impone al individuo; privándole de su libertad contra todo derecho, ra-

zon y justicia; de una libertad inherente é imprescriptible, para cuyo resguardo ha sido inventado el pacto social.

Ni se diga que debe atenderse á la ley de las mayorías; porque eso es destruir por su base la libertad y con ella la igualdad, su hermana gemela. La razon es obvia; puesto que tan soberanos é independientes son los individuos de las minorías como los de las mayorías; tan sagrada es su libertad é independendencia como la del mayor número; y en todo caso la mayoría podrá con su peso y con la comunicacion de la parte de su soberanía autorizar al gobernante, para que haga leyes é imponga preceptos; pero á ella sola, no á la minoría, aunque la componga un solo individuo, cuyo derecho es siempre sagrado ó inviolable.

El resultado final de este orden de cosas es la imposibilidad absoluta de las leyes, ordenanzas, preceptos, constituciones, cartas ó cualquiera que sea el nombre que se les dé. Porque no siendo obligatorias, sino en cuanto depende de la

voluntad del pueblo ó de los súbditos el aceptarlas—y ninguno acepta lo que le es perjudicial—no podrian hacerlas cumplir; pero sin esto no puede haber sociedad, cuya existencia no se comprende sin un fin comun y medios comunes.

Por otro concepto repugna tambien en este sistema la sociedad y la autoridad. La autoridad no puede ejercerse sino sobre inferiores. Ahora bien ¿quiénes son los inferiores? No los hay donde todos son iguales, donde todos son independientes. Ninguno tiene autoridad sobre sí mismo, porque esto es contradictorio; ni sobre los demás, porque son iguales á él é independientes de él. ¿Cómo, pues, ha de contribuir con su autoridad individual á la formacion de la autoridad social? ¿Qué autoridad puede comunicar el que no tiene ninguna? Y cuidado que, cuando afirmamos que ningun individuo particular tiene autoridad de ninguna especie, entendemos la autoridad no solo en acto, como hemos visto, sino tambien en potencia; pues si pudie-

ra darse esta última, sería porque había súbditos en el mismo orden, es decir también en potencia. ¿Y quiénes serán éstos? ¿Los nacidos? no, porque son de hecho y derecho soberanos. ¿Los que nacerán? Tampoco; porque, cuando vean la luz, tendrán su soberanía y libertad individual incompatible con la sujecion, á que se les quiere someter.

¿Qué es por consiguiente el sistema este que tan trastornadas trae las cabezas de Europa? un absurdo, una utopía, una locura, de la que no podrán darse explicacion los pensadores de los futuros siglos.

Cierto que en la práctica no se llegará nunca á las consecuencias extremas, que salen de los principios, admitidos como verdades axiomáticas por los modernos naturalistas; pero esto no es por deficiencia de los mismos principios, que consigo llevan encadenadas esas consecuencias absurdas y destructoras de toda sociedad; es porque el mismo autor de la naturaleza humana ha puesto en

ella cierta invencible resistencia á los absurdos, así del orden intelectual puro como del orden práctico. De el primero tenemos la prueba en los puros idealistas y los escépticos; ni los unos ni los otros pueden creer lo que afirman, ya sea acerca de la existencia de los cuerpos, ya acerca de la certeza. Por eso aquel filósofo escéptico, que se vió acometido por un perro, huyó el cuerpo, como cualquier mortal, diciendo que «no era fácil despojarse de la humana naturaleza.»

En el orden práctico sucede exactamente lo mismo, como hace observar nuestro Balmes respecto á la moralidad en el primer capítulo de su Etica.

Tambien es verdad que en los varios sistemas de gobierno ensayados en Europa desde hace algun tiempo, no se profesan esos principios tan en crudo, como los presentan los socialistas; pero no es menos cierto que todos ellos parten del principio fundamental, naturalista y anticatólico del gobierno puramente

humano y de origen humano. Hasta los que parecen reconocer en Dios el origen de la soberanía y del poder, afirman que de aquí nada puede deducirse en el orden práctico, puesto que ese reconocimiento es puramente especulativo y sin trascendencia al orden social; según confiesa Pacheco en sus *Lecciones de derecho político*, que sirvieron como de programa á los gobiernos conservadores de España desde el año cuarenta y tantos, en que fueron publicadas. (b) Siendo en

(b) Véase como se expresa el Sr. Pacheco: "Pasemos ya á la segunda hipótesis. Según ella, la Soberanía originaria reside en Dios mismo. De él nace y se deriva el poder que ejercen los gobiernos humanos.

Señores: Dios es el origen y el principio de todas las cosas. Dios es el sér por excelencia, la razón por excelencia, la justicia por excelencia: en Dios está la razón y la causa de todo. El ha hecho el mundo, El ha hecho las sociedades, El ha hecho todo lo que existe, El hará cuanto exista en lo sucesivo, El ha hecho posibles las cosas que posibles son. Bajo este punto de vista, el poder, como la razón,

esta parte mucha verdad lo que dice el Marqués de Valdegamas, (c) cuando asegura que los liberales son en materia de gobierno puros deistas; que si bien confiesan á Dios principio del poder en teoría, lo niegan en la práctica, haciendo descender del hombre toda autoridad.

Otros y principalmente en España, donde tan arraigada se hallaba la pura doctrina católica, en esta como en otras materias, han querido juntar los dos orígenes, por si uno solo no valía. De ahí

como la sabiduría, como la fuerza, como la voluntad, todo procede de su mano. Si queria decir esto la Constitución de 1812 cuando principiaba con aquellas palabras: "En el nombre de Dios todo poderoso, autor, supremo legislador de la sociedad,, la Constitución decia sin duda una de las verdades mas ciertas y evidentes, que se han visto jamás en libro alguno.

Pero señores, *respecto á la cuestion de que nos ocupamos* (permitaseme decirlo con franqueza) *esa verdad es completamente infecunda. Para las cuestiones humanas de que nos ocupamos, nada se*

(c) Ensayo. Capitulo citado.

que nuestras monedas durante muchos años llevaron por lema *La gracia de Dios y la constitucion*; lo primero quizá para los católicos, que somos el mayor número, lo segundo para los naturalistas. Acaso olvidaban, los que tal discurrieron, el antiguo aforismo latino: *qui duos lépores sequitur, neutrum capit*, como sucedió.

Al desbarajuste y desorden de ideas en esta materia ha respondido, como no podia ménos, el desbarajuste y desorden

adelantada con consignar el origen divino del poder. Los que han puesto todo su empeño en recordar éste, no han tenido por objeto el limitarse á esa primera proposicion, sino que despues de haberla establecido, han tratado de sacar consecuencias para este mundo. Así es necesario no olvidar que la Soberania de Dios ha sido comunmente invocada para deducir de ella la Soberanía de los reyes: ésta y no otra es la realidad práctica del sistema.

Pues bien: en este tránsito, en esta filiacion es donde se encuentra la dificultad. Mientras nos limitamos á decir que la Soberania originaria, que la razon y el principio de todo po-

de los hechos. ¿Quién será capaz de numerar las revoluciones ocurridas en Europa, desde que aquellas ideas empezaron á propalarse? ¿Quién contará los tronos, que rodaron por el suelo á impulso de esas mismas ideas? ¿Quién los príncipes desterrados? ¿Quién los que fueron objeto de atentados criminales?

Viendo lo cual el Vicario de Cristo en la tierra, y doliéndose de los males que afligen á la sociedad, trató de ponerles remedio con la enseñanza de la verdad

der está en Dios mismo, que ha hecho la sociedad como el hombre, que ha creado las leyes eternas de la justicia como las de los cuerpos; nadie podrá contradecir tan ciertas é inconcusas verdades. Pero en descendiendo de ese punto, y en viniendo á afirmar que ese poder se ha trasmitido de Dios á los reyes, ahí encontraremos, repito, la falta de prueba, el vacío del sistema y de la hipótesis. Es menester reconocerlo, señores: esa filiacion no se acredita; entre esos dos asertos no media el necesario enlace. Podríamos comprender el tránsito, la deducción general, de Dios á todos los poderes de la tierra, monarcas, asambleas,

político-social, de que la Iglesia es depositaria, como de todas las verdades, que principalmente interesan al hombre.

Al efecto publicó dos Encíclicas, que por lo mismo que tratan idéntica ó casi idéntica materia, consideraremos como un solo documento, dividido en dos partes. La primera con fecha de 29 de Junio de 1881, que empieza *Diuturnum*

senados, cualesquiera que ellos fuesen, y por el solo hecho de ser poderes efectivos; mas de Dios á una sola clase de estos, de Dios á los reyes, con exclusion de los demás, es un privilegio para cuyo reconocimiento no hay razon, no hay motivo alguno. Por eso he dicho, señores, que la indisputable verdad con que comienza esta hipótesis es de hecho infecunda para las cuestiones humanas en que nos ocupamos. O prueba y sirve demasiado, ó no prueba ni sirve nada en el debate con las ideas liberales, para cuya impugnacion se la invoca.,—Don Joaquin Francisco Pacheco. *Lecciones de Derecho político constitucional, pronunciadas en el Ateneo de Madrid en 1844 y 1845.*

Illud, la segunda en 1.º de Noviembre de 1885, conocida por *Inmortale Dei*.

En una y en otra opone el Doctor universal principios á principios, doctrina á doctrina, enseñando donde está la verdad, que nos hará libres, y donde el error que nos esclaviza y arruina. Lo cual demuestra con argumentos teológicos, con la palabra de Dios escrita y tradicional; con argumentos filosóficos, sacados de la misma naturaleza de las cosas y todavía más con argumentos de experiencia, ha-

Consideradas atentamente las palabras citadas, vemos en ellas primero: el desconocimiento de la verdad católica relativa al origen del poder humano político-civil. Ni la divina Escritura ni los Padres, ni los teólogos limitan jamás la derivacion del poder divino á solo los reyes. San Pablo terminantemente afirma: *non est potestas nisi á Deo*. Santo Tomás—*De regimine principum libro 3.º*—dice lo mismo, Suarez Belamino y cuantos tratadistas católicos han escrito acerca del particular están acordes en que toda autoridad *légítima* viene de Dios y de solo Dios.

Segundo: La confusion que el liberalismo

ciendo notar al mundo civilizado los desastres de todos géneros llovidos sobre la presente sociedad, á causa de los errores naturalistas, que corroen sus entrañas y gangrenan su sangre.

Uno es el principio general, generador de los demás y con ellos de los males tremendos que pesan hoy sobre el mundo y que amenazan multiplicarse, si no se oye al experimentado médico que quiere y puede curarlos.

Este principio, en parte filosófico y en parte político está en hacer derivar del hombre el origen del poder público.

ha esparcido en todas las materias donde puso su mano, porque si toda autoridad viene de solo Dios, toda autoridad ha de estar sujeta enteramente á Dios, y esto es lo que no quieren reconocer los liberales, como se ve en todas sus leyes y ordenanzas que prescinden por completo de las leyes divinas, cual si no existieran, y de las eclesiásticas, como si la Iglesia no fuera una sociedad más perfecta que la civil, de quien es completamente independiente.

Los estrechos límites de una nota no permiten que nos extendamos más.

A este falsísimo y perniciosísimo error opone el Pontífice la verdad católico-política y á la vez filosófica, que hace derivar de Dios todo poder, como de Dios procede todo ser. Las consecuencias inmediatas de esta afirmacion son grandemente interesantes y trascendentales, tanto para los imperantes, como para los vasallos y el pueblo.

Si el poder viene de Dios, quien lo ejerce es ministro de Dios, y como tal no puede hacer de él otro uso, que el señalado por el mismo poderdante ó en la ley natural ó en la divina positiva ó en ambas á la vez. Desaparece por lo tanto la raiz del despotismo.

Si el poder viene de Dios y el que manda lo hace en nombre de Dios, el que obedece, no obedece al hombre, sino á Dios; el que se rebela no lo hace contra el hombre sino contra Dios, que puso al hombre su vicegerente en el gobierno de los demás hombres. Con esto solo se corta tambien la raiz de la anarquía.

De manera que con solo afirmar la

verdad católica, fundamental en el orden político, se pone remedio al mal naturalista, desorganizador y despótico, de las modernas sociedades inficionadas con aquel virus.

Ese mismo principio, tan racional y tan expresamente contenido en la divina revelación, convenientemente desarrollado, lleva al Papa á establecer todo un sistema de gobierno, donde ni la libertad bien entendida sufra detrimento, ni la autoridad legítima en su origen y en sus aplicaciones sufra menoscabo. Con esto nos dá resuelto el gran problema de la armonía entre el orden y la libertad, que es el rompe-cabezas de los políticos liberales; puesto que éstos, como parten de un principio falso, ó destruyen la libertad con el despotismo, ó matan el orden con la anarquía, que es para ellos, y no puede menos de serlo, libertad.

El principio católico, poniendo á Dios por base de todo Gobierno legítimo en cualquier clase de sociedad que sea, comienza por establecer el orden en las

ideas, porque Dios autor de todo sér y de toda entidad, ha de serlo igualmente de la autoridad, que es un sér. Establecido el órden en las ideas, ó sea en el entendimiento, fácil cosa resulta el establecerlo en la voluntad, que obedecerá por consiguiente al mandato de Dios, comunicado por ministerio del gobernante; lo mismo que nosotros creemos emanados del monarca los decretos ú órdenes procedentes de alguna de las secretarías ó ministerios. Y ordenada la voluntad, no es difícil ordenar las obras exteriores, que son las verdaderamente sociales, ya que éstas no son otra cosa, que la misma voluntad en sus actos imperados.

El descenso de uno en otro en estos órdenes no solo es conforme á la naturaleza humana, cuyas operaciones son entender, querer, ejecutar, derivándose la ejecucion de la volicion y ésta de la inteleccion; sino que está apoyado en motivos poderosos y eficaces, suficientes por

si solos á determinar al hombre racional en sus operaciones.

Dejamos ya indicado el relativo al primer principio, ó sea que todo poder viene de Dios. El que le sigue en orden es, que se debe obedecer á Dios; principio evidente en el orden moral, como el otro lo es en el orden ontológico; principio que léjos de rebajar al que le profesa, le enaltece; ya que no se trata de rendirse ante un igual, como es otro hombre; sino ante el supremo sér á quien somos deudores de todo.

Por donde se ven otra vez desaparecer y evaporarse los gérmenes anárquicos, que vician la atmósfera política. Supuesta la determinacion de la voluntad, la ejecucion en el orden externo solo exige tiempos y circunstancias oportunas, que nunca faltan á quien de veras quiere una cosa.

Queda, pues, armonizada la libertad con el orden, puesto que el súbdito obedece á la vez por conciencia y libremente.

Volvamos al soberano y examinémosle de nuevo á luz clarísima del principio sentado. Todo poder viene de Dios; luego en tanto puede un gobernante mandar algo, en cuanto tiene para ello autorización divina. Luego si ésta falta, el gobernante carece de potestad para mandar, y donde no hay poder para mandar, no resulta tampoco obligación de obedecer, que es correlativa del derecho de mandar.

De manera que todo mandato opuesto á la ley natural, divina y eclesiástica, es de suyo radicalmente nulo, pues no tiene poder para darlo la autoridad de donde procede; como que de antemano está dispuesto lo contrario por el mismo que dá al gobernante su autoridad y no puede contradecirse. El súbdito en este caso no solo no debe obedecer, ya que no cabe obediencia donde no cabe mandato; sino que debe resistir negativamente, usando el lenguaje de los apóstoles, cuando respondían á los tiranos:

(d) «Convienes obedecer á Dios antes que á los hombres,» palabras que encierran un tratado completo de derecho político.

Y sin embargo no por eso se establece la narquía, pues negando al déspota la facultad que no tiene, no se le disminuye un ápice la legítima que posee.

Pudiéramos, desenvolviendo el principio antedicho, que sirve como de base á las dos Encíclicas, ir haciendo aplicaciones particulares ya en órden á la sociedad civil en general, de la que especialmente trata la Encíclica *Diuturnum Illud*, ya tambien en órden á las sociedades civiles cristianas, á quienes se dirige la *Inmortale Dei*.

Pero creemos que basta á nuestro propósito lo expuesto, pues conocidos los dos principios antedichos el humano y el divino, el naturalista y el supernaturalista, aplicados al órden político social, todo lo demás nace y se deduce espontáneamente, sin necesidad de insistir más en ello.

(d) Act. cap. V. v. 29.

Con todo, no hemos de pasar en silencio, que los liberales de nuestros dias alabando la Encíclica *Inmortale Dei*, han querido ver en ella la sancion de sus errores naturalistas en el órden político. Fúndanse para hacer esa afirmacion en que el Papa, lejos de condenar ninguna forma de gobierno, las aprueba todas, asegurando que todas pueden ser y son buenas algunas veces, así como otras veces todas pueden ser malas.

Este raciocinio adolece del vicio que llaman los lógicos *ignorantia elenchi*; ya que no se trata de las formas externas de gobierno, sino de la interna; de la que, con los escolásticos, pudiéramos llamar forma sustancial; de ningun modo se trata de formas accidentales, que son por su naturaleza indiferentes; como indiferente es á un pedazo de oro tener esta ó la otra figura geométrica más ó ménos regular ó irregular, siempre que tenga la forma sustancial del oro. (e)

(e) De este mismo vicio lógico adolecen to-

Así en el orden político. Admitase como base del gobierno el principio católico, que confiesa venir de Dios toda legítima autoridad, admitase este principio sin restricciones y con sus naturales consecuencias en el orden práctico, y luego sea el gobierno monárquico, ó aristocrático, ó democrático, ó mixto con estas ú otras proporciones en sus componentes; los católicos no tendremos difi-

das las diatribas escritas contra los reyes de *derecho divino*; como si los católicos con esa fórmula quisieran dar á entender que Dios mismo daba á ciertas personas y dinastías el poder de juzgar y gobernar las sociedades con privilegio exclusivo.

Repitámoslo. No se trata de eso. Lo que enseña la doctrina católica es que toda autoridad viene de Dios; y si muchos escritores católicos hablan de reyes por *derecho divino*, sin hacer mención de otras formas de gobierno, es porque se dirigian á sociedades monárquicas, en las que estaba representada en el rey la autoridad; sin que signifiquen otra cosa que el origen divino del poder real en el sentido expuesto.

cultad alguna en darle la bien venida, aunque creamos á Santo Tomás cuando asegura: (f) *optimum regimen est regnum*. Ya se entiende que lo óptimo supone lo mejor, y ésto lo bueno.

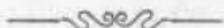
Al contrario, partiendo del principio naturalista, que hace depender del hombre la autoridad, aunque se modifique este principio como se quiera, será siempre intrínsecamente falso y las consecuencias práctico-políticas, que de él se desprendan, intrínsecamente malas; por lo mismo inadmisibles, ya esté encargado de deducirlas un rey, ó una asamblea, ó un triunvirato, ó quien quiera que sea, pues por bien que lo haga, no hará salir el bien del mal, ni la verdad del error.

(f) *De regimine principum*. Libro I cap. 2.º, 3. et 5.º





CAPITULO NOVENO.



SEXTO FOCO. ASOCIACIONES PARTICULARES CRISTIANAS.



A sinagoga de Satanás, que ya en tiempo de San Juan (a) queria suplantar á la Iglesia de Cristo, trabaja lo indecible en nuestros dias, no solo para suplantarla sino para aniquilarla y destruirla hasta los cimientos; como destruyeron los romanos el templo de Zorobabel, con lo cual concluyó de hecho el judaismo, que ya antes habia muerto de derecho con el establecimiento del nuevo

(a) Apocalypsis cap. III v. 9.

culto cristiano, del cual era el antiguo sombra y figura.

No olvidaron los judíos que un hijo de su pueblo fundó la nueva ley de gracia en sustitucion de la de Moisés; y por eso, así como ellos fueron en los tiempos apostólicos los óbices principales que encontraban en todas partes los que anunciaban la paz, así tambien en los nuestros son los judíos el enemigo más pertinaz, más astuto, más encarnizado y más fuerte que tiene el cristianismo. Preven acaso y presienten que se acerca la hora en que todo Israel, entrando en el arca de la nueva alianza, sea salvo, segun las frases del profeta, (b) preven la derrota final y decisiva del judaismo. mediante la profesion de la fé cristiana por ese pueblo, rebelde al divino llamamiento hasta la fecha, y quieren hacer el último esfuerzo para judaizar ó al menos descatolizar al mundo; teniendo como tienen más de ódio que de amor, y desean.

(b) Osee. cap. III v. 4. Roman. cap. XI v. 25.

do por lo mismo con mayor ansia destruir que edificar.

Sea lo que fuere de estas conjeturas, pues así las consideramos y nada más, hay un hecho cierto é indudable que ningún crítico pone en duda; este hecho es la existencia de una sociedad tenebrosa y universal, como para contrarestar la universalidad católica; sociedad de la que, aun cuando no se compone de solos judíos, los judíos son el alma, la vida, el movimiento y la cabeza.

Ya se comprenderá que nos referimos á la masonería, cuyos rituales, cuyas ceremonias, cuyos nombres, cuyos jefes son judíos. Basta para convencerse de ello leer los nombres de los 33 grados de la masonería del rito escocés antiguo aceptado, que es el rito más extendido; ó el de cualquier otro de los varios que se usan en Europa y América. Si despues de esto, aun quedara alguna duda, seria disipada por los recientes trabajos de Leon Taxil, de Drumont en su *France Juive* y de otros publicistas modernos.

Prescindimos en este estudio de lo que fuera ó dejara de ser la masonería — si la hubo — en la Edad Media, para considerar á esa secta en los tiempos modernos y con relacion á nuestro objeto, que es un estudio sintético de las Encíclicas de Leon XIII.

Supuesto lo cual, y dado que hoy, aunque no completamente, se conoce bastante á la masonería para poder juzgarla con acierto, la consideraremos en sus doctrinas y en sus prácticas, en sí misma y con relacion á la Iglesia Católica.

Todos los errores modernos, combatidos en las Encíclicas pontificias del Papa reinante, tienen, y no podemos menos de repetirlo, los dos caracteres de naturalistas y sociales. La masonería es el conjunto de todas las aberraciones especulativas y de todas las monstruosidades morales de nuestros dias; pero es todavía algo más; la masonería es ultra-naturalista y ultra-antisocial, porque, á la vez que niega el supernaturalismo cristiano, admite el preternaturalismo satá-

nico, al ménos en ciertos grados y en el culto que se le tributa, como veremos despues.

Es por consiguiente la secta masónica el mayor enemigo de la Iglesia de Dios, la sinagoga de Satanás, de que nos habla el Apocalipsis.

Procediendo por órden, notaremos primero, que la doctrina filosófica del masonismo es el panteísmo dualista; siendo su fórmula filosófica general, que tambien aplican al orden moral. la contenida en estas tres palabras: *generacion, no creacion*. Este principio fundamental de la metafisica masónica se halla expuesto en sus libros, en sus ceremonias y en sus signos. Nos contentaremos con citar entre los primeros la "*Educacion elemental masónica*," de Antonio Viriato de Castro; los "*Estatutos históricos y simbólicos sobre la francmasonería*," por Adolfo Vaillant y el "*Curso filosófico é interpretativo de las iniciaciones*," por J. M. Ragon.

Entre los ritos con que procuran in-

culcar esta idea, aunque no la desenvuelven sino en los grados superiores, están los tres viajes que ejecuta el aprendiz antes de ser iniciado y recibir el nombre de masón. Sale de la cámara de reflexiones, como el infante recién nacido del útero materno y dá tres vueltas en distintas direcciones, indicándole con esto que el principio generador, uno en sí mismo, es triple en sus manifestaciones, que son: 1.º la causa, el agente ó el varón: 2.º el medio, el paciente ó la hembra: 3.º el efecto, el engendrado, el producto de la generacion.

Entre los signos podemos afirmar que, apenas hay uno de los usados por la secta que no tenga esa significacion metafisico-práctica. Tal sucede con las columnas del templo J. B. blanca y negra, una de las cuales representa el principio activo de la generacion, y la otra el principio pasivo; otro tanto indican la escuadra y el compás entrelazados, la estrella Flamígera y la letra G. colocada en el centro, por no extendernos más.

En conformidad con este principio metafísico, base de todo el sistema masónico, están las demás doctrinas de la sociedad, tanto especulativas como prácticas; siendo la masonería la Iglesia del Satanismo, como la secta solialista dijimos que lo era del naturalismo.

El Dios de los cristianos, el Adonai ó Elhoim de los judios, es para los masones el Dios del mal, el principio que tiene esclavizada la humanidad, cuyas cadenas ellos se proponen romper con la ayuda de Lucifer. Por eso le dan culto en sus antros y le ofrecen sacrificios abominables, parecidos á los que ofrecian los paganos á Adonis; como que son los más gratos al espíritu de inmundicia, que los anima.

Aunque parezca esto increíble, es por desgracia demasiado cierto, habiéndose constituido entre ellos, sociedades para la propagacion del culto satánico; y si hemos de creer á algunos respetabilísimos escritores modernos, Lucifer ha llegado á hacerse visible y aparecer en al-

gunas lógicas, entre otras en una de las principales ciudades de nuestra amada España, en forma semi-humana, para recibir en persona los obsequios de sus adoradores, que por lo comun recibe en efigie. Es lo cierto que en Italia no solo hay semejantes sociedades, sino que en la misma capital del órbe cristiano se publican periódicos dedicados al príncipe de las tinieblas y se componen en loor suyo poesías y cánticos populares, para que sean aprendidos por las gentes del pueblo, tales como aquella de Carducci:

¡Salute ó Sátana ó rebellione!

¡O forza vindice della Ragione! (c)

Las doctrinas sociales del masonismo responden admirablemente á las doctri-

(c) La propaganda masónica se vale de todos los medios para infiltrar en la sociedad el odio hacia la Iglesia de Dios, y á la vez el culto de Satanás en una ú otra forma. Circulares de las lógicas ó de los supremos consejos; noticias falsas, propagadas por la prensa, sobre todo acerca de la vida y costumbres de los sacerdotes católicos como el libelo de *Los*

nas filosóficas. Su objetivo es la destrucción de la Iglesia de Jesucristo y de todo el orden social fundado por ella. Niegan, pues, á los reyes y magistrados la potestad de mandar y la consideran co-

amores secretos de Pio IX; discursos profusamente repartidos y grandemente encomiados; manuales, donde se presenta la asociacion como si solo fuera una sociedad de socorros mútuos; anuarios donde se pondera la fuerza y extensión de la masonería; todo esto sin contar otro medio de propaganda no poco eficaz entre el pueblo, como sucede con la fabricacion de objetos con los signos masónicos, tales como bastones, sombrillas, anillos, alfileres para corbatas y otros mil que sería ocioso enumerar.

Este año hemos visto una carta dirigida á un amigo nuestro, en cuyo membrete aparecian la escuadra y el compás entrelazados y alrededor, en letras bien claras, estas palabras *Senatus luciferinus*.

Por manera que hasta en Extremadura los individuos de las lógias hacen alarde de ser discípulos de Lucifer, porque extremeño era y en Extremadura vivía el dueño de aquel papel timbrado.

mo una tiranía insoportable; por eso en sus rituales hacen jurar á los adeptos en ciertos grados la destruccion por todos los medios de la tiranía real y sacerdotal. Por sí y ante sí hacen ordenanzas y leyes á cuyo cumplimiento obligan con juramento á sus afiliados, ejecutando en ellos las penas más atroces, si por acaso no cumplieran con lo prometido y jurado.

La doctrina moral de esta secta es horrible, y todo cuanto se lee en la historia, de las abominaciones de los gentiles, de los carpocracianos y maniqueos antiguos, de los maniqueos que con diversos nombres aparecieron en Europa durante la Edad Media, de los defensores del amor libre y de la emancipacion de la carne, tienen en ellos fieles imitadores, si es que no les superan en perversidad y corrupcion.

Hemos hecho notar el íntimo enlace que existe entre las doctrinas panteistas y estas abominaciones, así es que no se debe extrañar que, dados los principios

flosóficos del masonismo, llegue en sus consecuencias prácticas al extremo lamentable que vamos notando.

Por eso trabajan con ahinco por destruir entre los profanos, como llaman á los no masones, el matrimonio cristiano, sustituyéndolo con el civil, ó con el ayuntamiento voluntario y temporal, á juicio de ambas partes; sin que esto sea obstáculo á que se le permitan al mason cuantas mujeres quiera escoger, entre las lógias llamadas de *adopcion*.

Este su proceder está muy en armonía con las ideas que tiene acerca de la generacion, que es la accion meritoria por excelencia para ellos, que tienen como primer principio "*no creacion sino generacion.*"

Si á todo lo que llevamos dicho añadimos que los adeptos de la masonería procuran ayudarse y prestarse mútuo auxilio, haciendo caso omiso de la justicia, que para ellos no hay obligacion de ejercer con los profanos; que tienen invadidos por completo los gobiernos de Euro-

pa y América, cuyos ministros son casi todos masones y la mayor parte de los príncipes, nos habremos formado una idea aproximada de la extensión é intensidad de esta llaga social, que amenaza tragarse la sociedad presente como un abismo.

¿Podía el Papa estarse callado ante tan tremenda calamidad? ¿No debía denunciarla al mundo, á los príncipes y á los pueblos, para que evitaran el caer en sus tupidas y extendidas mallas?

Todos los males de la masonería, sus errores y sus vicios habian sido ya batidos y deshechos *al detal* en las anteriores Encíclicas, porque no hay error especulativo ó práctico, profesado por la masonería, al cual no hubiera puesto correctivo el Supremo Pontífice, pero en detalle nada más. Era convenientísimo que todos juntos fueran extirpados y denunciados, ya que todos ellos se encuentran como reunidos y adherentes en la secta masónica, para combatir juntos en

pró de Lucifer y en contra del Dios redentor, que adoramos los cristianos.

No se hizo esperar la Encíclica *Humanum Genus*, en la que se trata de la maldiciada y satánica comunión masónica.

Apenas se hizo público el documento pontificio, que descubre los fraudes y supercherías del masonismo, lanzó el infierno un terrible rugido de desesperación, que se hizo oír en todos los ámbitos de la tierra; á la manera de una leona á quien han robado sus cachorros, que recorre las selvas aterrorizando con sus bramidos á todos los habitantes del desierto. El terremoto que se sintió con ese motivo en el abismo, llegó bien pronto á la superficie, poniendo en espantosa perturbación á los ejércitos de Satánás, que emprendieron sin perder tiempo un movimiento de ataque contra la roca del Vaticano, con lo cual consiguieron que fueran más y mejor conocidos sus planes diabólicos, antisociales y antireligiosos; se quitaron la careta, como si obedecieran forzados á los consejos de San Pe-

dro, que por boca de su sucesor habia dicho, que lo mejor en los ataques á la masonería era *desenmascararla*.

Baste para probarlo el siguiente hecho. En Octubre de 1885 fueron llamados á París varios masones de los grados 32 y 33, pertenecientes todos al rito escocés, con objeto de recibir instrucciones del Directorio de ese rito. El muy poderoso Gran Comendador, encargado de comunicar á los llamados las órdenes del Directorio, les dió lectura del siguiente documento.

“La órden reclama el que se ponga en práctica inmediatamente el D. . . M. . . I. . . cuando menos.”

Todos los asistentes prestaron juramento de obediencia y el muy poderoso Soberano Gran Comendador concedió el uso de la palabra al M. I. ministro de Estado, que leyó varios balaustres; los cuales en compendio decian que: “En diversas épocas de la vida de las naciones que tienen la inmensa dicha de poseer un Supremo Consejo en actividad,

á partir, sobre todo, desde el año 1820, se han hecho iguales comunicaciones á ciertos miembros elegidos de los Grandes Consistorios y de los Supremos Consejos respectivos. Ha llegado el tiempo, por consiguiente, de hacer público el sentido esotérico de la fórmula citada.

Aunque D. . . M. . . I. . . son las iniciales del grado 33 *Deus Meumque Jus*, significan esotéricamente las palabras *Destrucion, Materializacion, Imposicion*, palabras que ordenan imponer la destrucion de todo aquello á que no alcanza el materialismo.

Por consecuencia la órden, que acabais de recibir, de poner en práctica inmediatamente el D. . . M. . . I. . . quiere decir: "Por todos los medios posibles, sean los que fueren, es preciso imponer prácticamente primero á la *familia*, luego al *Estado* y mas tarde á la *Humanidad*.

1.º La destrucion del sobrenaturalismo en aquellos lugares donde no ha llegado aún el materialismo masónico.

2.º La destruccion del autoritarismo, donde el Estado no haya llegado al materialismo masónico.

3.º La destruccion del antimasonismo, en donde todavia la enseñanza no esté suficientemente impregnada del materialismo masónico.

Despues de algunas otras frases que no hacen á nuestro propósito continuó el ministro de Estado diciendo: "Habiendo sido encargado en varias ocasiones por el Directorio, para dirigir á distintos Consejos Supremos de Europa el D. . . M. . . I. . . observé con sorpresa, con la mas dolorosa de las sorpresas, que ésta fórmula simbólica no despertaba ninguna idea precisa de deber en el mayor número de los que han subido al grado 33º presentes al acto de comunicacion.

Habiendo, pues, desenvuelto y declarado su esoterismo en las líneas anteriores, espero que se hará la luz, de una vez para siempre, en el espíritu de nuestros Ilustres y Poderosos Hermanos, y que en lo futuro el D. . . M. . . I. . . des-

pertará entre ellos el celo masónico mas eficaz., (d)

Este documento nos demuestra hasta donde llegó la irritacion masónica á causa de la Encíclica *Humanum Genus*, sin contar otros muchos hechos que lo patentizan.

Pero no hay que temer, porque dan contra aquella roca de la cual está escrito que “los que tropezaren en ella se harán añicos y desmenuzará á aquellos sobre quienes caiga., (e)

Y en efecto, segun hemos advertido ya, el primer resultado de la publicacion de *Humanum Genus* ha sido el que la masonería se denunciara á sí propia, haciendo ver al mundo con sus actos, con cuanta razon hizo recaer sobre ella el anatema la Silla Apostólica, encargada por Dios de velar por el bien de la humanidad. Otro resultado no menos favorable á la causa del bien y de la verdad produjo la publicacion de la citada En-

(d) *Maçonnerie pratique*. Paris 1885. T. 2.º

(e) *Mathei*. cap. XXI. v. 44.

cíclica, á saber, el que muchos ilusos, persuadidos á que todo cuanto se decía de masones y de logias era puramente imaginario, abrieran al fin los ojos, espantados del abismo abierto á sus piés sin haberlo sospechado.

Todavía un tercer efecto, no menos provechoso que los referidos, fué debido á la Encíclica *Humanum Genus*, y consiste este en la activa propaganda que en todo el mundo católico se ha desarrollado contra la terrible secta satánica. Libros, folletos, periódicos, discursos, todos los medios de la moderna publicidad se han puesto en juego contra los fraudes, engaños y malas artes, con que la masonería procura reclutar adeptos, sobre todo entre las clases instruidas y acomodadas. Sin salir de nuestra España, apenas hay capital y pueblo de alguna importancia donde no se publique algun periódico católico, cuya obra principal sea hacer cruda guerra al masonismo, sin descuidar por eso el liberalismo, su aliado y padre al mismo tiem-

po. Con esto se ha conseguido que muchos, á quienes con falaces promesas hubiera encadenado en sus nefandos juramentos, permanezcan libres y precavidos, para no dejarse seducir; y otros, que inconscientemente habian pisado los umbrales de las logias, creyendo de buena fé que solo se trataba de una asociacion benéfica, abandonaran los caminos de perdicion, abjurando sus errores y volviendo al seno de su madre la Santa Iglesia, de la cual, sin saberlo, se habian separado.

Aunque no hubiera producido otros frutos la citada Encíclica, debieran los príncipes y pueblos estar agradecidos al Pastor cariñoso que con tanto cuidado procura apartar sus ovejas de las yerbas envenenadas.

Quien, despues de ponderar los trabajos que Pontífices anteriores, desde Clemente XII hasta Pio IX, hicieron, para prevenir al mundo contra las asechanzas y maldades de la masonería, examina primero las doctrinas masónicas, que

todas ellas están basadas en el naturalismo, tanto las que dicen relacion al órden social, como las que se refieren al político, al doméstico, al económico, al religioso y al filosófico. Examina luego sus prácticas y, fundándose en el conocido aforismo de nuestro Salvador "*ex fructibus eorum cognoscetis eos,*" deduce la malicia incomparable de tal sociedad, cuando ha producido y está produciendo tan amargos y venenosos frutos, hasta el punto de afirmar el maestro infalible, que parece estar dirigida por Satanás esa asociacion.

Y seguramente que es un pensamiento diabólico proponer, como medio de aumentar la secta y arruinar la Iglesia de Dios, la corrupcion en grande escala entre los hombres y entre las mujeres, porque, una vez corrompidos, son instrumentos dóciles de los jefes ocultos y ju-díos, que la rigen y gobiernan desde sus antros infernales.

Pero no era bastante que el Papa señalara los errores sin cuento enseñados

por la masonería y las inmoralidades y crímenes de que es autora. Convenia además que indicara el oportuno remedio; remedio que debía ser proporcionado á la naturaleza del mal. Así es que contra los múltiples errores de la masonería propone la enseñanza de las verdades que forman el depósito de la fé, á la vez que propone, como medio seguro de alejar el mal la formación de sociedades antimasónicas.

Ciertamente que para luchar con ventaja contra una sociedad, se necesita otra sociedad que neutralice los efectos de la primera. De manera que á la sociedad masónica naturalista y diabólica, hay que oponer una sociedad supernaturalista, fundada en la caridad y amor de Dios, como la otra está fundada en el ódio á Dios. Ninguna mas á propósito para ello que la Tercera Orden Franciscana. De ella trataremos mas adelante.

Al mútuo socorro y auxilio, que se prestan los masones en todo el mundo, urge oponer otra sociedad cristiana de

socorros mútuos; y al efecto recuerda el Papa los grandes bienes producidos en otro tiempo por los *gremios*, asociaciones de hombres que profesaban un mismo arte ú oficio con sus reglamentos, fundados todos en las prácticas cristianas y algun santo por protector y tutelar.

Evidentemente al naturalismo socialista y diabólico de la masonería nada mejor puede oponerse que el sobrenaturalismo cristiano-social, mediante el cual los hombres, que tienen unos mismos intereses se unan entre sí y se ayuden mútuamente con caridad, que es, segun enseña S. Pablo, vínculo de perfeccion. (f)

Concluiremos nuestro estudio sobre esta Encíclica, observando, que así como en el orden teorético la mas importante de ellas y como la clave de las otras es la *Æterni Patris*, así en el orden de los hechos es la *Humanum Genus*. Con la

(f) Coloss. III. v. 14.

primera puso remedio á las ideas, con la segunda á los hechos. La primera es el antídoto al filosofismo racionalista, la segunda al naturalismo social en todas las esferas.

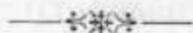
Por último, la primera Encíclica de Leon XIII en el orden cronológico, sienta la base de oposicion radical á todos los errores modernos, en la afirmacion de Iglesia Católica; la última que examinamos anatematiza en todas sus partes la síntesis práctica de esos modernos errores, al reprobar el masonismo. Así encierra al enemigo en un como círculo de hierro del que no puede escaparse.

Despues de esta procedia tratar de la *Inmortale Dei*, por haber sido posterior; pero dijimos lo suficiente, á nuestro juicio, y no permiten más los límites de este estudio, que está ya reclamando documentos de otro género, aunque no menos interesantes.





CAPITULO DÉCIMO.



FOCOS PARTICULARES.



LAS Encíclicas de Leon XIII, que hemos estudiado, contienen por decirlo así, la parte especulativa de las enseñanzas sociales del Pontificado en estos tiempos, tan abundantes en males sociales; son la luz, que ha de iluminar al hombre individual en sus relaciones con la sociedad y al hombre social en sus relaciones con Dios y su Iglesia.

Como los faros colocados en los puertos para que indiquen al navegante donde ha de encontrar el refugio deseado en medio de una deshecha borrasca, así las

Encíclicas de nuestro Santísimo Padre son otros tantos faros para el pobre mortal, que rodeado por todas partes de falacias y argucias, no sabe ni acierta por sí mismo á descubrir la verdad, ni distinguirla del error.

Pero el hombre no tiene bastante con el conocimiento de la verdad. Si su entendimiento es impotente para conocer las verdades del órden sobrenatural y aun muchas del natural, su voluntad es tambien impotente para cumplir la ley moral conocida y mucho más para elevarse al órden sobrenatural y meritorio de la vida eterna, anhelo constante de los desterrados hijos de Eva. Si la razon humana quedó oscurecida á consecuencia del primer pecado del hombre, la humana voluntad sufrió no menos con aquella tremenda caida, quedando coja, segun la expresion de Santo Tomás, para caminar por las sendas del bien, y manca para ejecutar obras buenas, é imposibilitada absolutamente, para elevarse sobre la esfera del

orden humano, que no es bastante á llenarla y satisfacerla.

Así es que no sólo necesitábamos los mortales el faro que nos ilumine, porque no tenemos menor necesidad de un remolcador que nos conduzca al puerto de salvacion, alguna vez á pesar nuestro; ó por lo menos sin que nosotros, mareados y trastornados por efecto de la tempestad, pidamos sus auxilios.

¿Y quién será el que se compadezca de los náufragos y acuda en su socorro para librarlos del naufragio? ¿Quién tendrá compasion de aquellos desgraciados, que parece no la tienen de sí mismos?

¿Quién? Su padre, que viéndolos atolondrados y medio enloquecidos, no por eso se olvida que son sus hijos. ¿Quién? El que vino á buscar las ovejas que habian perecido de la casa de Israel, (a) El que dió su vida por sus ovejas (b) y encarga á su Vicario que busque la des-

(a) Mathei cap. X. v. 6.

(b) Joan. cap. X. v. 11-15.

carriada, aunque sea preciso para ello abandonar por algun tiempo las que no han salido del redil. (c)

Por eso el Romano Pontífice, no se contenta con enseñar la verdad social, no se conforma con ilustrar la mente, mediante el conocimiento de lo verdadero; sino que además propone los medios oportunos para evitar el mal, ó curarlo, si se halla ya apoderado del enfermo.

Mas como los males actuales, producidos por la peste del naturalismo social, han de ser males sociales y naturalistas á la vez, segun lo exige el principio de causalidad; de aquí que los remedios deban tener ese doble carácter, para que puedan servir al fin apetecido; y lo tienen en efecto, segun veremos al examinar las Encíclicas de Leon XIII, que tienen carácter práctico y razou de medios para ayudar á la voluntad en su empresa, como las estudiadas hasta

(c) Mathei cap. XVIII. v. 12.

aquí sirven de norma al entendimiento en la disquisición de la verdad.

Seremos más breves en esta segunda parte, comprendiendo en un solo capítulo los varios documentos pontificios que tratan del remedio, aunque separados en distintas secciones.

Párrafo primero.

EL JUBILEO.

El primer remedio propuesto por Su Santidad para la curación de los males presentes, es eficacísimo en sí y grandemente acomodado á las apremiantes necesidades de la época. No se olvide que todas ellas están engendradas por el naturalismo socialista, y desde luego se echará de ver, que el remedio debía ser á la vez sobrenatural y social, cual es el Jubileo, tres veces promulgado durante el Pontificado actual.

La primera fué por medio de las Letras Apostólicas *Pontificis Maximi*, fechadas en 15 de Febrero de 1879; la segunda en 12 de Marzo de 1881 mediante la Encíclica *Militans J. C. Ecclesia*; la tercera promulgacion del Jubileo tuvo lugar en 22 de Diciembre de 1885 con la publicacion de la Encíclica *Quod Auctoritate Apostolica*, que cierra por hoy el ciclo de los documentos de este género, con que el actual Vicario de Cristo ilustra y enseña al mundo.

Y bien. ¿Qué es un Jubileo? Una oracion pública y solemne, mediante la cual y por la cual pide á Dios su Iglesia Santa alguna gracia extraordinaria para sus hijos. A la manera que en la Antigua Ley habia establecido Moisés (d) el año de remision, en el cual las tierras volvian á sus primitivos poseedores, las deudas se extinguian y los siervos recobraban la perdida libertad; así tambien en la Ley Nueva, que no tiene promesas

(d) Levit. cap. XXV.

de bienes terrenos y temporales, sino de bienes celestiales y eternos, se perdonan las deudas, aún las más graves, en el Jubileo; se restituyen á la libertad de Hijos de Dios los que antes eran esclavos del demonio y se devuelven los bienes de la gracia, perdidos por el pecado, á aquellos que, por la señal indeleble del bautismo y la fé que entonces recibieron, tienen á ellos derecho.

Lo cual, siendo todo perteneciente al órden sobrenatural, no puede alcanzarse sin la oracion, que es el canal por donde nos han de venir las gracias, conforme á las promesas del Divino Salvador. (e)

El Jubileo, pues, en cuanto oracion, que al decir de S. Agustin (f) es la testificacion mas clara de la gracia y la llave del cielo, constituye en sí mismo, y en la mente del Pontífice que lo ordena, una protesta viva contra el racionalismo naturalista de la época.

El naturalismo considera los males

(e) Mathei. cap. VII. v. 7.

(f) Epistola CLXXVII. n. 4.

presentes, cualesquiera que ellos sean, como efectos necesarios de las causas físicas, dejadas y entregadas á sus leyes; sin contar nunca con la providencia divina, de quien son ministros las criaturas todas contra los insensatos (*g*) y á quien sirven, haciendo su voluntad y cumpliendo su palabra, el fuego, el granizo, la nieve y el espíritu de las tempestades. (*h*) Por eso los inficionados del naturalismo buscan siempre el remedio de sus males físicos en el orden puramente físico, en la *ciencia*, segun ellos dicen con mucha prosopopeya, sin acordarse nunca del Dios providente.

Así lo hemos visto no ha mucho, cuando la peste se cebaba en varias de nuestras provincias. Todos los remedios que se ocurrían al naturalismo fueron los cordones sanitarios; las fumigaciones y aspersiones, que hacían sufrir á los viajeros, como sucedió más de una vez al que

(*g*) Sapi. cap. V. v. 21.

(*h*) Salmo CXLVIII. v. 8.

esto escribe; las inoculaciones á lo Ferrán; y sobre todo el comer bien y beber mejor; riéndose de paso de los fieles que se encomendaban á la Vírgen de los Desamparados, de Monserrat, de Lourdes y de otros puntos, ó á San Roque y otros santos.

Respecto á los males de otro órden, como son los sociales y morales, el naturalismo no sabe oponer sino utopias. Así considera la libertad como universal panacea contra todos ellos; y cuando la libertad no basta, las bayonetas y cañones harán lo que resta.

El católico, al contrario, sabiendo que no caerá un cabello de su cabeza sin la autorizacion expresa de su padre celestial, (*i*) acude en primer término á la fuente de misericordia, para encontrar en ella el auxilio en tiempo oportuno (*j*) sin que por eso descuide las causas naturales en cuanto están á su alcance; por lo mismo

(*i*) Lucæ. cap. XXI. v. 18.

(*j*) Hebre. cap. IV. v. 16.

que Dios quiere valerse de ellas ó como castigo ó como remedio. Y por lo que hace á los males de la sociedad tanto los que proceden de las causas necesarias como de la voluntad humana, procura igualmente buscar el auxilio de lo alto sin olvidar los medios humanos, que puedan aminorar aquellos males en virtud de la causalidad que del mismo Dios recibieron.

Así es que el Jubileo, por lo mismo que es una oracion, y como tal eficaz, no solo es bueno para remediar, en cuanto oracion, los males presentes, sino que es un remedio diametralmente opuesto al principio generador de aquellos males.

Mas como tiene tambien el carácter de oracion pública, de oracion social, por esta parte sirve admirablemente como antídoto al mal naturalista, que tambien es de carácter social, ó mejor antisocial.

Esto, prescindiendo de las obras de penitencia, mortificacion, santificacion y limosna, preceptuadas como condiciones para ganar el Jubileo; obras todas que

llevan consigo las dos significaciones que antes considerábamos.

No queremos, ni creemos necesario, insistir más en esas consideraciones; con todo no podemos menos de llamar la atención sobre una circunstancia, que se observa en el destino que el Papa quiere dar á las limosnas recogidas en los Jubileos últimamente promulgados, y que responden á necesidades sociales de nuestros días.

En la Encíclica *Militans J. C. Ecclesia* manda que las limosnas recogidas se destinen al fomento de las obras de *La propagacion de la fé*, de *La Santa Infancia* y de *Las Escuelas de Oriente*; mientras que las recogidas en el Jubileo promulgado por la Encíclica *Quod Auctoritate Apostólica* quiere que se inviertan en sostener *Escuelas privadas para los niños* y *Seminarios para el clero*.

¡Admirable prevision del Pontífice Leon XIII! Todas esas obras que el P. Santo desea propagar y sostener, responden á otras tantas necesidades so-

ciales del orden sobrenatural. ¿Qué es la propagacion de la fé, sino el ministerio Apostólico contenido en el mandato del Salvador cuando dijo: (k) “Predicad el Evangelio á toda criatura?,” ¿Qué es la obra de la Santa Infancia, más que la repeticion de aquella tiernísima escena del Evangelio, cuando el Maestro decia á sus discípulos: (l) “Dejad que los niños vengan á mí, porque de ellos es el reino de los cielos?,” ¿Qué son las Escuelas de Oriente, sino escuelas de catequistas, para ir aumentando el número de hijos de Dios, al paso que se aumenta el número de personas civilizadas?

¿Y qué diremos de las Escuelas privadas para los niños, sino que son hoy acaso la primera necesidad social, toda vez que en las escuelas oficiales se enseña el ateismo? ¿Y de los Seminarios de los clérigos, á donde apenas acude ningun hijo no ya de ricos, pero ni aún

(k) Marci. cap. XVI. v. 15.

(l) Marci. cap. X. v. 14.

de personas medianamente acomodadas? ¿Cómo atenderán al alimento y educacion de los jóvenes levitas, hijos del pueblo, sin las limosnas de almas piadosas que se persuadan de esta urgente necesidad?

El Papa por consiguiente, al prescribir los tres Jubileos en tan pocos años, ha hecho un señalado servicio á la sociedad y á la Iglesia, ya se les considere en sí mismos, ya en sus circunstancias.

Párrafo segundo.

EL SANTÍSIMO ROSARIO.

Puesta la oracion pública como remedio apropiado á las necesidades espirituales y sociales de nuestro tiempo, convenía que esta oracion fuera presentada ante el trono del Altísimo por quien no pudiera menos de ser escuchado en sus súplicas á favor de la humanidad. Además de esto, como los términos del Jubi-

leo son de suyo reducidos y limitados á un año, conforme á la tradicion; y la necesidad de pedir y rogar es permanente, se hacia preciso recomendar una clase de oracion que, por su popularidad, estuviera al alcance de todos los fieles, por su eficacia fuera prenda segura de alcanzar los beneficios del cielo y, por la persona á quien va dirigida, pueda ofrecer al pobre mortal, no solo confianza en ser oido con placer, sino tambien seguridad de ser despachada favorablemente su demanda.

Todas estas circunstancias se unen por modo admirable en el Santo Rosario.

A quien inmediatamente va dirigido es nada menos que la madre de Dios, corredentora del género humano, según la llaman los Stos. PP. canal de la gracia y prenda segura de salvacion. En ella se juntan la cualidad de Madre de Dios y la de madre de los hombres; atendida la primera, alcanza del Todopoderoso cuanto pida; atendida la segunda, no puede negarse, ni se niega, á pedir para sus hijos cuanto ellos deseen, siempre que esté

en armonía con los fines sobrenaturales de la redencion.

Además de esto, el Rosario es en la Iglesia la oracion más popular, como que no ha dejado de practicarse desde su institucion á principios del siglo XIII, y porque se compone de oraciones que todo cristiano aprende, cuando apenas sabe balbucir. Es de eficacia conocida y probada contra las herejías, conforme á las palabras dichas por la Soberana Reina de los cielos á nuestro insigne Santo Domingo de Guzman, fundador del Santo Rosario. Y por lo mismo, es una oracion muy oportuna contra los males espirituales y sociales producidos por el naturalismo.

Séame lícito recordar, en comprobacion de esto, el carácter particular que distinguía á los herejes del siglo XIII y que los hacía muy semejantes á los del siglo XIX. Todo aquel hervidero de sectas que pululaban entonces, al Norte de Italia, y Mediodía de Francia, principalmente, tenian un carácter democrático muy

pronunciado. Ni autoridad divina ni humana era por ellas respetada; los sacramentos de la Iglesia despreciados; los sacerdotes ridiculizados; los bienes eclesiásticos considerados como una usurpación y un robo hecho á los seculares; algunos de entre ellos proclamaban la comunidad de bienes y aun de mujeres, siendo su principio fundamental y filosófico el maniqueísmo panteísta, pues todos aquellos errores no eran otra cosa que los errores maniqueos trasplantados al Occidente.

Comparado todo esto con lo que hoy sucede ¿no podemos decir con razón que los errores y abominaciones masónico-socialistas y comunista-liberales son ni más ni ménos que los del siglo XIII renacidos en el nuestro? Los herejes de entonces eran, por punto general, ignorantes y fanáticos ¿y cuánta no es hoy, por desgracia, la ignorancia y desconocimiento de la religión y doctrina cristiana entre los nuevos sectarios, aún aquéllos

que suelen tener grandes conocimientos en ciencias naturales, v. g.?

Contra aquella turba harapienta nada pudieron los discursos de Santo Domingo de Guzman y de D. Diego de Acebes, hasta que se predicó por el primero, á insinuación de Maria, el Santísimo Rosario. ¿No debemos esperar idéntico resultado en nuestros dias, tan semejantes á los de entónces, si se consigue que los fieles todos recen el Santo Rosario?

Entre nosotros, en nuestra España al ménos, era costumbre rezar el Rosario en familia, cuando no se podia ir á la Iglesia á rezarlo en comunidad; siendo esta piadosa práctica, aún considerada humanamente, poderosísima para la union estrecha de los vínculos familiares, vínculos que se han ido relajando á medida, que esta costumbre, genuinamente española, se fué debilitando para ser substituida por el casino, el café, la *soiré* que nos han venido de ultramontes.

Conociendo mejor que nadie estas verdades el supremo Pastor, encarga con

todo encarecimiento en la Encíclica *Supremi Apostolatus*, de 1.^o de Setiembre de 1883, que se consagre el mes de Octubre al Smo. Rosario, haciendo procesiones públicas donde se cante ó se rece; exponiendo, si los ordinarios juzgaren oportuno, el Smo. Sacramento del altar á la adoracion de los fieles, mientras durara la funcion; amenizándola con cánticos sagrados y valiéndose de todos los medios para hacer esta devocion tan popular como lo fué en otro tiempo. Para conseguirlo abre los tesoros de la Iglesia y los reparte con mano generosa, como habian hecho sus predecesores, á los devotos del Rosario, que desea se rece no sólo en ese mes, sino todo el año y por todos.

Desde entonces no ha pasado un solo mes de Setiembre en que dejara de hacer iguales recomendaciones, teniendo la seguridad de un triunfo completo y decisivo contra los enemigos de la fé, siempre que los fieles seamos perseverantes

en usar este eficazísimo remedio sobrenatural y social.

Párrafo tercero.

PAISES ORIENTALES.

El Oriente, país de los misterios y de las tradiciones, cuna del género humano y del cristianismo, origen de los grandes imperios y de los grandes errores, sumido hoy casi por completo en la barbarie, no podía menos de despertar el celo del Vicario de Jesucristo, uno de cuyos nombres es *Oriente*. (a)

Separado hace mucho tiempo aquel país del centro de unidad, y esto no por culpa de los Pontífices Romanos (*Proposición 38 del Syllabus*) (b) sino por la

(a) Zach. cap. III. v. 8. Lucæ. cap. V. 72.

(b) Dice así la proposición condenada: "Las arbitrariedades de los romanos Pontífices contribuyeron á la division de la Iglesia Oriental y Occidental."

ambicion de los Obispos de Constantino-
pla, ambicion que empezó á dibujarse
desde que Constantino trasladó á aque-
lla ciudad, mudándola el nombre, la me-
trópoli del imperio, principió desde luego
á perder su antigua lozania hasta que,
cual ramo separado del tronco, langui-
deció por completo y se secó. (c)

(c) El que haya saludado siquiera la histo-
ria eclesiástica, no podrá menos de conocer
con cuanto empeño y constancia tanta y tan á
pechos tomaron los obispos de Constantinopla
elear su silla sobre todas las de Oriente pri-
mero, sobre todas las del mundo despues.

Pontífices tan santos y tan sábios como
Leon el Grande y Gregorio el Grande se vie-
ron precisados á poner un dique á la desmedi-
da ambicion de los obispos de aquella metró-
poli. El primero reprobando el cánon XXVIII
del concilio de Calcedonia, en el que se conce-
dian por unos cuantos obispos orientales los
honores del primado á la silla de la nueva Ro-
ma; para hourarla, decian los padres, ya que
ha sido trasladado á ella el primado civil.

El segundo oponiéndose con teson á Juan el
Ayunador que afectaba el dictado de obispo
universal; llamándose desde entonces los Pa-

Cuál sea su estado actual, no hay para que decirlo; cuáles fueran las causas de la ruina del Oriente, tampoco es menester demostrarlo, bastando la ligera indicacion hecha en el párrafo precedente.

Hoy debe considerarse dividido el

pas, á ejemplo de aquel gran dechado de virtudes sacerdotales, *siervos de los siervos de Dios*.

No cesaron en su propósito los de Constantinopla hasta consumir el cisma, que se dibujó en el horizonte cristiano desde los tiempos de Constantino.

Y ciertamente que la Iglesia de Bizancio no tenia motivos para engreirse; porque, sobre no ser Iglesia apostólica, ni tener los honores del Primada, cuanto menos Patriarcal, hasta muy tarde, cuenta entre sus obispos no pocos heresiarcas; tales como Macedonio, introductor de la herejía que niega la divinidad del Espíritu Santo; Nestorio, impugnador de la unidad de persona en Cristo y de la divina maternidad de María; Sergio, Pirro y otros, inventores y propagadores del monotelismo; sin contar los iconómacos, ni mucho menos á Focio y Cerulario, que consumaron la obra de separacion y de muerte comenzada por sus predecesores.

Oriente en dos partes, bien distintas por cierto; la formada por la raza eslava, que se compone del coloso del Norte, llamado imperio ruso, y algunos otros principados, que se emanciparon del imperio turco, y la otra los territorios que constituían los antiguos patriarcados de Constantinopla, Alejandría, Antioquía y Jerusalén.

La primera, orgullosa con su poder, no solo no reconoce la autoridad divina dada por Jesucristo á San Pedro para regir y gobernar la Iglesia universal, según se expresa el Concilio florentino (d), sino que ha perseguido y persigue con furor y saña á los fieles católicos, que habitan en sus dominios. La segunda está convertida en un cadáver, que ni para resistir ni para moverse tiene habilidad. A la primera no se la puede hablar, por ahora, de union, porque no escucha; á la segunda tampoco, porque no entendería lo que se la dijera. De manera que el Pas-

(d) Concilio Florentino. *In Decreto.*

tor, á cuyo cuidado ha puesto el Padre de familias esas partes de su rebaño, necesita valerse de otros medios, para curar los males del Oriente, tan antiguos como enconados.

El primero, inspirado por la asistencia divina, es la Encíclica en que extiende á la Iglesia universal, incluyéndola en el calendario romano, la fiesta de los santos Cirilo y Metodio, apóstoles de los eslavos. En esta encíclica que empieza *Grande Munus*, traza León XIII con admirable sabiduría la historia de aquellos dos santos varones, sus trabajos apostólicos, sus triunfos, sus persecuciones, sus viajes á la Ciudad Eterna, su consagracion por el Papa, junto con la confirmacion de su apostolado y la aprobacion de su conducta contra las murmuraciones de envidiosos y maldicientes; murmuraciones que nunca faltan á los que siguen el camino de la virtud, segun lo tiene predicho San Pablo por estas palabras: "Todo el que quiera vivir pia-

dosamente en Cristo Jesús, sufrirá persecucion., (e)

De esta suerte demuestra el Papa, sin llamar la atención sobre ello, antes bien dejándolo á la deducción del que leyere, que los eslabones son deudores á Roma de la fé cristiana y que aquellas provincias no tenían razón para seguir á Constantinopla en su cisma, puesto que no pertenecían al patriarcado de aquella ciudad, sinó al de Occidente. Concluye luego poniendo por mediadores á los santos que glorifica, á fin de que alcancen del cielo, para las regiones por ellos conquistados á Cristo, la union con la Cátedra de verdad que tiene su asiento en el Vaticano. (f)

(e) 2.^a ad Timoth. cap. III. v. 12.

(f) Eso mismo se propuso el Papa reinante, además de la glorificación de los santos, cuando extendió á la Iglesia universal el oficio de los doctores orientales Cirilo de Alejandria y Cirilo de Jerusalem, juntamente con los de San Justino, mártir, San Josafat, obispo polaco y mártir y San Agustin, apóstol de Inglaterra.

No se hizo esperar el fruto de esta intercesion, porque desde entonces hasta la fecha se han adherido al centro de unidad multitud de cismáticos, principalmente en la que llaman península de los Balkanes; y ahora mismo dan cuenta los periódicos de la reversion á Roma de varios pueblos enteros pertenecientes á la antigua Macedonia.

Despues de la Encíclica citada viene la *Sancta Dei Civitas*, que se promulgó en el mismo año de 1880 el 30 de Diciembre, como la anterior se habia promulgado en 30 de Setiembre.

Mirando el Papa desde la cúpula de S. Pedro la redondez de la tierra y viendo cuantos miles y millones de hombres yacen aún sepultados en tinieblas y sombras de muerte, se acuerda de las palabras del Divino Salvador, cuando decía

Todos estos paises, separados hoy de la unidad eclesiástica, necesitan de una proteccion especial del cielo para volver al redil del buen Pastor.

á sus apóstoles (g) mirad las regiones que están ya maduras para la siega, hay mucha mies pero son pocos los operarios; rogad pues al dueño de la sementera, para que envíe operarios á segar su mies: y al recordar esas divinas palabras su corazón paternal se conmueve, considerando los gravísimos obstáculos con que necesita luchar la predicación evangélica, para llegar á las extremidades del mundo.

Por eso exhorta con toda la efusión de su alma á los cristianos, para que coadyuven á la grande obra de la redención de los hombres, favoreciendo la obra de la *Propaganda* con oraciones y limosnas. Obra grandiosa y de incomparable mérito á los ojos de Dios, que prometió la salvación de la propia alma á quien salvará la del prójimo, (h) obra que si contara con medios suficientes para poder extender, cuanto desea, su benéfica ac-

(g) Joan. cap. IV. v. 35.

(h) Ezeq. cap. III. v. 21.

cion, civilizaria al mundo en poco tiempo. Y volviendo luego sus miradas hacia aquél Oriente, de donde nos vino la luz, que allí se halla extinguida, recuerda que hay otras dos obras, filiales de la *Propaganda* para evangelizar el Oriente; la *Sta. Infancia* y las *Escuelas*.

La primera se ejercita principalmente en el extremo Oriente, en los paises de raza amarilla; donde está en uso la bárbara costumbre de arrojar á la calle los niños recién nacidos, para evitarse con ello el trabajo de la crianza y de la educacion, como igualmente está admitido abandonarlos por cualquier motivo ó venderlos al mejor postor.

Al rescate temporal y eterno de estas criaturas enteramente desvalidas está dedicada la *Sta. Infancia*, siendo innumerables las almas que han ido á tomar posesion de la bienaventuranza por esta ingeniosa caridad. Y no pocos los hombres útiles que han salido y salen cada dia de los orfanotrofios sostenidos por esta santa institucion.

Las escuelas de Oriente, aunque extendidas por todo el país que lleva aquel nombre, lo están particularmente en la Siria y tierras limítrofes, donde apenas se convierte una persona por otro medio que el de la escuela, porque en ella los hijos de cismáticos, turcos y judíos aprenden con los rudimentos de las letras los rudimentos de la fé salvadora.

Con cuanta razón nos exhorta el Pontífice reinante á socorrer estas obras con la limosna y con la oración, se comprende desde luego con sólo considerar los gastos inmensos que llevan consigo, sin los cuales no es posible que subsistan; toda vez que es preciso alimentar y sostener el cuerpo, para salvar el alma de aquellos infelices. La eficacia de este medio está patente, con solo pensar que es el único posible, dadas las circunstancias de aquellos países. Omitimos otras observaciones, muy dignas de tenerse presentes, en obsequio á la brevedad.

Párrafo cuarto.

ORDEN TERCERA DE SAN FRANCISCO.

Después de proponer los medios indicados para la salud del pueblo cristiano y de la sociedad actual, todavía el Papa reinante, inspirándose por una parte en el amor á los hombres y por otra en las necesidades presentes, hijas del naturalismo socialista dominante en las ideas, aconseja otro eminentemente práctico, y cuya eficacia es bien conocida: la *Orden Tercera Franciscana*, de la que trata la Encíclica *Auspicatu Concessum*, fechada en Roma el 17 de Setiembre de 1882.

Para comprender la oportunidad de esta Encíclica en nuestros días, bastará conocer su necesidad; y para poder apreciar ésta debidamente, conviene observar los frutos del naturalismo en el orden práctico.

En efecto, siendo el naturalismo la negación del orden sobrenatural, será tam-

bien la negacion de la moral católica, que es la moral de aquél orden, compendiada en estas palabras de S. Pablo: (a) «*Omnia in gloriam Dei facite*» que son la explicacion de aquellas otras de Jesus: (b) «*Non quero gloriam meam.*» Al contrario procede el naturalismo que, partiendo del *Yo* y teniendo por fin el mismo *Yo*, todo cuanto hace lo refiere á sí mismo.

La Tercera Orden de S. Francisco, dada por el patriarca de Asís á los hombres de su tiempo, para que sin necesidad de hacer profesion religiosa, pudiesen santificarse en el siglo y á la cual pertenecieron tantos santos ilustres, como nuestro S. Fernando, su primo San Luis y otros innumerables, cortaría de raiz la tendencia egoista del moderno naturalismo, que desprecia el sacrificio y busca en todas partes el placer. Siendo esta Órden una como religion domés-

(a) 1.^a Corinth. cap. X. v. 31.

(b) Joan. cap. VIII. v. 50.

tica, que lleva á sus afiliados á la práctica de las virtudes cristianas acomodadas al estado de cada uno, es á la vez la consagracion de la moral católica y la negacion del predominio de la carne, pregonada por los modernos herejes; mucho más aún que en los dias de S. Francisco, en que si estaba amortiguada la caridad, estaba en cambio muy viva la fé.

Por eso la recomienda con tanta eficacia nuestro padre y maestro contra la avasalladora corrupcion de los modernos errores prácticos.

Párrafo quinto.

ITALIA.

Otras tres Encíclicas ha publicado Leon XIII, dirigidas especialmente á tres naciones, donde la revolucion parece cebarse de un modo especial y que se encuentran tambien en circunstancias

especialísimas de distinto orden. Estas tres naciones son, según el orden de fecha de las citadas Encíclicas, Italia, Francia y España.

A cada una de ellas dá el Papa reglas apropiadas para el remedio de sus necesidades.

Sabida de todo el mundo es la marcha que ha seguido en Italia la masonería, que es la secta á que alude en su Encíclica *Etsi Nos* Leon XIII. Primero pregonaba á voz en cuello las grandes utilidades que vendrían sobre aquél país, siempre que se juntaran todos los principados en uno solo y formáran la Italia una. Al tratar de los Estados pontificios, ponderaban los grandes bienes que habían de resultar al Papa y á la Iglesia, haciendo que el Pontífice, bien dotado por el Estado italiano, se moviera libérrimamente en el círculo espiritual propio del sacerdocio, apoyándole y ayudándole el gobierno en todo lo que fuera conveniente.

Después de ocupada Roma por la fuer-

za bruta de las armas y contra todo derecho, ya se ha ido adelantando un poco más, considerando la conquista como intangible é impidiendo por todos los medios la libertad de accion espiritual del Pontificado, cuya mejora mentían buscar, desembarazándolo del peso de gobierno temporal, que por necesidad tenía que robarle mucho tiempo, perdido para la cristiandad. Hablóse mucho de conciliacion entre el Quirinal y el Vaticano, pero á condicion de que el último se sometiera incondicionalmente al primero.

Ultimamente ya se han quitado por completo la careta y no se avergüenzan de decir que su intencion es concluir de una vez con el Papado y con la Iglesia, y que eso mismo venian deseando y procurando desde el principio de la revolucion.

Véanse como pruebas las palabras recientemente pronunciadas por el diputado Majocchi en la conmemoracion aniversario de la batalla de Mentana.
«Aún me queda por exponer un concepto

para mí muy necesario en esta solemnidad. . . . El concepto de que nuestra guerra no debe limitarse al poder temporal, sino directamente á emancipar al pueblo del culto católico. Porque mientras se conserve la obediencia á la Iglesia, estará siempre expuesta Italia á los ataques de los católicos contra su unidad, y expuesta á que en nombre de la independencia de la Iglesia se atribuya un carácter internacional al ejercicio de su completa soberanía sobre Roma.

Es conveniente que esta verdad venga á decirse cerca de las cenizas del vencido en Mentana, cuya bandera no miraba tanto á la liberacion material de Roma, cuanto á redimirla de la autoridad espiritual del jefe de la Iglesia Católica... ¡Ay de la pátria si se adormeciera en la fatal ilusion de poder existir con la fórmula de la Iglesia libre en el Estado libre!»

En este mismo sentido se expresan todos los italianísimos, con más ó menos claridad, sin exceptuar los ministros del rey usurpador. Añadiremos que es la

misma cantinela repetida por nuestros liberales desde las Córtes de Cádiz hasta hoy, en que sin trampantojos piden la abolicion y muerte del catolicismo. ¡Y aun hay católicos que no ven ni oyen!

Para poner un dique á tal desbordamiento de ideas y reparar en la práctica el mal que causaron y causan, publicó Leon XIII la Encíclica que estudiamos; en la cual pone de manifiesto, como la calumnia es la única arma de que se vale el liberalismo-masónico contra la Iglesia y el Pontificado, toda vez que la historia está diciendo á grandes gritos que sin el Pontificado Italia no seria lo que es, sino á lo sumo una provincia turca, como Grecia lo fué hasta hace poco.

Despues de indicar los beneficios sin cuento que Italia debe á los Pontífices Romanos, señala los siguientes medios de reforma: *Primero*, el establecimiento y proteccion de sociedades católicas como la de “los jóvenes y los artistas,” para promover por su mediacion congresos católicos, que se opongan á los de las sec-

tas masónicas. *Segundo*, insistir un dia y otro en la vindicacion de los derechos así temporales como espirituales del Pontífice; segun que, sin perder ocasion, lo hacen sus enemigos contra los mismos derechos. Para esto ayudará grandemente el *tercero*, que consiste en fomentar la prensa buena, protegiéndola y defendiéndola por todas partes.

Siendo éste el medio mas poderoso de perversion, en Italia y fuera de Italia, evidente es que la buena prensa constituye hoy dia una necesidad social; ya que la mala es una verdadera plaga social. No lo entienden así todavia ciertos católicos que, ó la desprecian ó la insultan, ó le hacen la guerra con cualquier frívolo pretexto; sin que tengan para la prensa naturalista iguales anatemas. Vamos á citar unas palabras sobre el particular: “Débese por tanto, (dice el Papa) acudir de todos los modos en auxilio de tales escritores, pues que de otra manera el propósito tendrá poco éxito, ó el éxito será inseguro y ténue.”

Nótese bien la palabra *Débese*, que no indica un consejo, sino un precepto, que hay que cumplir, áun con riesgo de molestias, fatigas y daños, como continúa enseñando el Papa en el párrafo siguiente.

El último medio indicado consiste en la educacion esmerada de los seminaristas, tanto en el órden intelectual y de la ciencia, como en el práctico y de la virtud. Nada diremos de él, porque es evidente la necesidad de conocimientos vastos y profundos en el clero, para oponerse á tantísimo error como se propala en todos los ramos del saber; no menos evidente es la necesidad de virtud acrisolada, para poderse conservar *inmaculatum ab hoc sæculo*, segun frase de la Escritura (a), habiendo tanta corrupcion como antes hemos hecho observar.

(a) Jacobi. cap. I. v. 27.

Párrafo sexto.

FRANCIA.

En la Encíclica *Nobilissima Gallorum Gens*, de 8 de Febrero de 1884, trata Leon XIII de los dos grandes males que hay que lamentar principalmente en aquella infortunada nacion. Bien conocido es el estado de los espíritus en Francia y la lucha cruel empeñada entre la ciudad de Dios y la de Satanás; que allí cuenta acaso con más elementos que en parte alguna, dado el carácter emprendedor y propagandista de los franceses.

Apoderados por completo de la cosa pública los judío-masones, han movido cruelísima guerra contra todo lo que lleva nombre cristiano, pero con particular saña contra las congregaciones de ambos sexos y las escuelas. Todos hemos presenciado el cinismo y la brutalidad con que han sido ejecutados los decretos de expulsion y la clausura de las escuelas

católicas, junto con la rabia y furor que movía á los ejecutores contra el signo de nuestra redencion, arrancado á viva fuerza de las escuelas públicas y particulares.

Otra corriente del mismo origen hace tiempo que viene trabajando á los franceses y es la abolicion del Concordato, estipulado entre Pío VII y Napoleon Bonaparte. La prensa masónica y protestante promovió muchas veces esta cuestion, sin que hasta el presente se haya llegado á la ruptura de relaciones, gracias á la prudencia y longanimidad de la Santa Sede que, por el bien de los católicos, ha sufrido indecibles desaires de los gobiernos republicanos franceses.

Por eso el Papa Rey exhorta en la citada Encíclica, despues de ponderar los buenos servicios de la Francia católica hácia la Iglesia y la civilizacion, á que continúen firmes en la lucha contra las escuelas ateas y contra los conatos de separacion de la Iglesia y del Estado.

Para ello invoca los males gravísimos

que habian de seguirse, no solo á la Iglesia sino tambien á la sociedad civil, de una generacion atea sin principios de órden ni de moralidad; males, que ya experimentó la misma Francia á fines del pasado siglo y tambien en algunas épocas del actual; males, que siendo efecto de causa conocida, habrán de repetirse, siempre que la causa eficiente ejerza en la sociedad su maligno influjo.

Seguramente si los católicos franceses no se hubieran opuesto con todo el ardor de su fé á la invasora plaga del ateismo, multiplicando lo indecible las escuelas cristianas y dotando á los maestros; si no se hubieran impuesto el sacrificio de sostener la religion y las obras de caridad cristiana, quizá la Francia estaria hoy en completa descomposicion; si no se hubieran encontrado en ella tantos justos como pelean las batallas del Señor, unos orando, otros escribiendo, otros en los círculos, otros en las asociaciones piadosas y todos trabajando en su respectiva esfera, Francia acaso

seria ya lo que fué en otro tiempo Sodoma, pasto de las llamas.

Dios, sin embargo, parece reservar á la católica Francia para mejores destinos.

Párrafo sétimo.

ESPAÑA.

No podia faltar la voz amante y cariñosa del sucesor de San Pedro á los españoles en particular, como no faltó á los italianos, franceses é irlandeses. El amor que el Papa profesa á España encontró ocasion de dirigir á los obispos de esta nacion privilegiada en la fé, por cuya conservacion luchó nada ménos que ocho siglos, sus pastorales consejos, con motivo de las acres cuestiones que se suscitaron al establecerse la *union católica*.

Nombre santo el de union católica; pero léjos de unir, fué como la tea de la discordia entre los católicos españoles.

Por lo cual, si se la ha de juzgar por sus frutos, preciso es convenir en que la tal union fué una gran calamidad, como por entónces la apellidó un ilustre sacerdote español.

Lo cierto es que con ese motivo se recrudeció la guerra, que hacia tiempo venia sosteniendo una buena parte del catolicismo español contra otra parte de ese mismo catolicismo, que no acaba de renunciar por completo á ciertos resabios no muy conformes con la doctrina y moral de la Iglesia de Dios.

Los ecos de esa contienda llegaron al Vaticano, y el padre común de los fieles quiso poner paz entre sus hijos, escribiendo la Encíclica *Cum Multa*, fechada en 8 de Diciembre de 1882.

Dos errores opuestos condena en esta Encíclica nuestro Santísimo Padre; el de aquellos que pretenden separar enteramente la religion de la política, haciendo á esta independiente y libre de todo yugo religioso, lo cual es el naturalismo político que quiere separar á Dios de la so-

ciudad civil; y el otro que confunde la religion y la política, haciendo de ambas una sola y ésta sujeta al gobierno temporal, que es la esencia del cesarismo. Entre los dos errores está la verdad católica; la cual afirma que la política no es la religion, pero que no debe sustraerse á su influencia legítima y moderadora; que son dos cosas distintas, pero que no se deben separar sin gravísimo perjuicio para ambas. Como sucederia con la separacion del cuerpo y alma humana, que perece el hombre, se disuelve el cuerpo y solo conserva vida propia el alma; así tambien la sociedad política, separada del influjo benéfico de la religion, perece y muere.

Por lo cual encarga el Papa en la Encíclica *Cum Multa*, de conformidad con lo que dice en la *Inmortale Dei* y en la *Diuturnum Illud* que entre la religion y la política no debe haber confusion ni separacion, sino armonia, como entre el alma y el cuerpo.

Despues, sentados estos principios,

encarece la union entre los católicos, principalmente los escritores, que unidos en santa concordia de pensamiento y accion, deben trabajar de consuno en la defensa de los intereses religiosos, quedando cada cual con la libertad que de suyo reclaman los diversos intereses políticos. Encarga á este fin la sumision á los legítimos pastores en todo aquello que pertenece á su jurisdiccion y la templanza en el lenguaje, de modo que no haya exceso en las recriminaciones y dureza en las palabras.

Con la publicacion de la citada Encíclica, léjos de aplacarse los ánimos, se enardecieron más y más; pues, como el Papa dice en ella que la Iglesia no condena los partidos políticos, creyéronse todos los partidos liberales españoles con salvo conducto para continuar haciendo la guerra á la Iglesia desde el campo de la política, y queriendo tapar la boca á los católicos con las mismas palabras de su jefe y maestro. Sobre todos los promovedores de la *union católica* cantaron

victoria, creyendo asegurado su triunfo.

Sin embargo, nada más léjos del ánimo del Papa que canonizar todos los partidos políticos, puesto que les pone la cortapisa de «que no estén reñidos con la religion y la justicia;» quedan por tanto excluidos aquellos, que de algún modo estén reñidos con la justicia y la religion, siendo la union aconsejada por el Papa entre católicos y católicos, no entre católicos y liberales, ó aquellos que se acercan en sus opiniones al naturalismo, como son todos los que pertenecen al partido liberal, más ó ménos avanzado.

Contra la exageracion de aquellos escritores que á cada paso invocaban la autoridad de los obispos, áun en materias políticas, establece el Pontífice la limitacion oportuna, al decir que se les debe obediencia *en las cosas tocantes á su jurisdiccion*, y siempre y en todo el respeto propio de los hijos para con los padres.

Cuáles fueron los motivos que impulsaron á varios católicos españoles á pro-

mover tan gran tormenta doméstica, se vé bien claro en la exposicion hecha á Su Santidad con motivo de la aprobacion y alabanza de un célebre libro sobre el liberalismo, hecha por la S. Congregacion del Indice.

Los autores de esa exposicion no tuvieron reparo en representar al Papa que las doctrinas de aquel libro estaban en manifiesta oposicion con las Encíclicas *Cum Multa é Inmortale Dei*, añadiendo que “antes la muerte que *el liberalismo es pecado.*”

Parécenos á nosotros que esta cuestion entre los católicos españoles guarda mucha analogía y parecido con la cuestion que dividió á los franceses en el siglo XVII; el mismo procedimiento, las mismas protestas, el mismo respeto á la Santa Sede, antes de fallar, los mismos subterfugios despues de haber fallado.

De cualquier modo Leon XIII hizo un gran bien á nuestra pátria aconsejando la templanza y la union, aunque en los límites racionales indicados; pues no

faltaron entre los mejores algunos excesos, ya con respecto á la sumision y obediencia á los Prelados, de lo cual tenemos una condenacion reciente en una revista católico-española reprobada en Roma; ya tambien en el recíproco modo de tratarse los escritores, que no fué del todo conforme á la justicia y menos, como se entiende, á la caridad.

Quiera Dios que concluyan para siempre estas divisiones entre hermanos; pero no permita el cielo que haya jamás paz ni tregua con los enemigos declarados ó encubiertos.





CAPITULO UNDÉCIMO.



RESUMEN Y CONCLUSION.



RESUMIENDO y sintetizando lo dicho hasta aquí de las Encíclicas de León XIII, podemos concluir afirmando que todas ellas forman un tratado completo de la ciencia sociológico—práctico—cristiana, donde nada falta; ni principios ciertos é inconcusos basados en la revelacion y demostrados por la razon, que los halla conformes con aquel *lumen vultus Dei* impreso en ella por su Hacedor; ni aplicaciones concretas al órden de cosas existente hoy en el mundo y principalmente en Europa; cuya civilizacion es

cristiana, cuyas costumbres son cristianas, cuyos adelantos prodigiosos al cristianismo son debidos; cuyo modo de ser el cristianismo lo ha formado, cuyo poderío y superioridad respecto al resto del mundo está basado en la organización cristiana recibida por la sociedad, que debe todo cuanto es, todo cuanto tiene y todo cuanto vale al cristianismo, que la sacó del caos resultante de la mezcla de pueblos bárbaros con los antiguos pueblos romanos, hasta conducirla al punto en que la vemos.

Las ideas dominantes en los que hoy, por desgracia y en castigo de nuestras culpas, rigen el timon de los estados son, por el contrario, anticristianos, las leyes anticristianas, las costumbres que pretenden introducir y van introduciendo, opuestas por el diámetro á las costumbres cristianas, y todo el modo de ser social, que se quiere crear de nuevo, bajo el especioso nombre de progreso y moderna civilización, contradice al modo de ser social que la Iglesia de Jesucristo

dió á la humanidad, redimiéndola de la antigua barbarie, á la cual quieren y trabajan porque vuelva los modernos regeneradores.

La curacion de los males producidos por esa intoxicacion social y la preservacion de los individuos, que aun no han mordido la envenenada fruta, son los fines que el médico de las almas y de la sociedad se ha propuesto con la publicacion de sus Encíclicas; el deshacer las tinieblas producidas en el mundo intelectual por aquella corriente de fuego del infierno, que quema y no alumbra; el ordenar el caos nacido en el mundo moral y social, como consecuencia de la desviacion de su centro, que han sufrido uno y otro por el empuje de esa fuerza maléfica que les agita, es el *desideratum* del Pontífice Romano.

Por eso á la negacion del órden sobrenatural opone la afirmacion de la Iglesia católica, sobrenaturalismo viviente; al principio filosófico panteista, donde el naturalismo tiene su primera raiz, opone el

principio filosófico tomista, que lo destruye; á los estragos del socialismo opone la sociedad cristiana basada en las enseñanzas de la revelacion; á la corrupcion de la carne, que proclama el matrimonio civil, como medio para llegar al amor libre, opone la santidad del matrimonio cristiano, base de la familia y fundamento de la sociedad; al satanismo masónico, antítesis de la Iglesia católica, opone las asociaciones benéficas fundadas y alimentadas por esa misma Iglesia; al liberalismo ó naturalismo político que hace derivar del hombre el poder, opone el supernaturalismo tambien político, que busca en Dios su fundamento y su autoridad; á la constitucion de la sociedad puramente humana opone otra constitucion divino-humana, que tanto hizo elevarse á Europa sobre las otras partes del mundo; al principio racionalista de la suficiencia de la humana razon y humana libertad para obrar el bien opone el principio supernaturalista de la necesidad de la oracion, no solo particular si-

no pública; á los ataques violentos de la masonería italiana y francesa opone la enérgica resistencia de los católicos en ambos países, y á la desunion más ó ménos pronunciada de los españoles los consejos de union de un padre cariñoso.

Como se vé por este brevísimo resumen de las Encíclicas de nuestro amado Pontífice, vá deshaciendo uno por uno los diversos errores sociales, y curando uno por uno los males sociales que nos agobian. Aplicando y explicando en cada una de ellas los principios revelados, de que la Iglesia es depositaria, deshace las tinieblas, ilumina la inteligencia, fortalece la voluntad, sostiene la sociedad, ayuda á los príncipes, ilustra los pueblos, disipa los errores, hace resplandecer las verdades; y como el sol en el órden de la naturaleza física es el centro de nuestro sistema planetario y el principio de la vida en la superficie de la tierra, así tambien el astro del Vaticano es como el centro de la atraccion y movimiento social, el principio de la vida

intelectual, moral y sobrenatural de todos y cada uno de los hombres, de todas y cada una de las sociedades; porque siendo el Vicario del Sol de Justicia, Cristo Jesús, debía verificarse en él y se verifica, lo que del Verbo hecho carne estaba predicho: *In lumine tuo videbimus lumen.*

27 de Noviembre de 1887.



ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
Certificación del Jurado	V
Dedicatoria	VII
Prólogo	XV
Capítulo I.	
¿En donde está la luz?	1
Capítulo II.	
Idea general de los focos luminosos.	11
Capítulo III.	
Carácteres de las modernas tinieblas	21
Capítulo IV.	
Primer foco luminoso. La Iglesia de Cristo	31
Capítulo V.	
Segundo foco. Doctrinas sociales cristianas.	51
Capítulo VI.	
Tercer foco. Filosofía cristiana	73
Capítulo VII.	
Cuarto foco. El matrimonio cristiano	101

Capítulo VIII.

Quinto foco. Origen del poder en el sistema cristiano.	119
--	-----

Capítulo IX.

Sexto foco. Asociaciones particulares cristianas.	149
---	-----

Capítulo X.

Focos particulares.	173
-----------------------------	-----

Párrafo primero.

El Jubileo	177
----------------------	-----

Párrafo segundo.

El Santísimo Rosario	189
--------------------------------	-----

Párrafo tercero.

Países Orientales	191
-----------------------------	-----

Párrafo cuarto.

Orden tercera de San Francisco.	201
---	-----

Párrafo quinto.

Italia.	203
-----------------	-----

Párrafo sexto.

Francia	210
-------------------	-----

Párrafo sétimo.

España 218

Capítulo XI.

Resúmen y conclusion. 221



ERRATA CORRIGENDAS

1. Page 10, line 15: "the" should be "an".

2. Page 15, line 22: "of" should be "in".

3. Page 20, line 30: "and" should be "or".

4. Page 25, line 35: "is" should be "are".

5. Page 30, line 40: "at" should be "on".

6. Page 35, line 45: "to" should be "of".

7. Page 40, line 50: "in" should be "at".

8. Page 45, line 55: "of" should be "in".

9. Page 50, line 60: "the" should be "an".

10. Page 55, line 65: "and" should be "or".



ERRATAS NOTABLES.

<i>Pág.</i>	<i>Lín.</i>	<i>DICE.</i>	<i>LÉASE.</i>
4	9	vitoria	victoria.
24	5	Sofronio	Eusebio.
58	11	y	in
86	17	<i>con-tragentes</i>	<i>contra gentes.</i>
120	23	universidad	universalidad.
134	19	na	no
137	22	Belamino	Belarmino.
144	5	narquía	anarquía.
150	15	alienza	alianza.
193	16	del	de
196	6	eslabones	eslavones.

Algunas otras quedan, que corregirá fácilmente el lector.

ERRATA NOTABLES

100	101	102	103	104	105	106	107	108	109	110	111	112	113	114	115	116	117	118	119	120	121	122	123	124	125	126	127	128	129	130	131	132	133	134	135	136	137	138	139	140	141	142	143	144	145	146	147	148	149	150	151	152	153	154	155	156	157	158	159	160	161	162	163	164	165	166	167	168	169	170	171	172	173	174	175	176	177	178	179	180	181	182	183	184	185	186	187	188	189	190	191	192	193	194	195	196	197	198	199	200
-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----

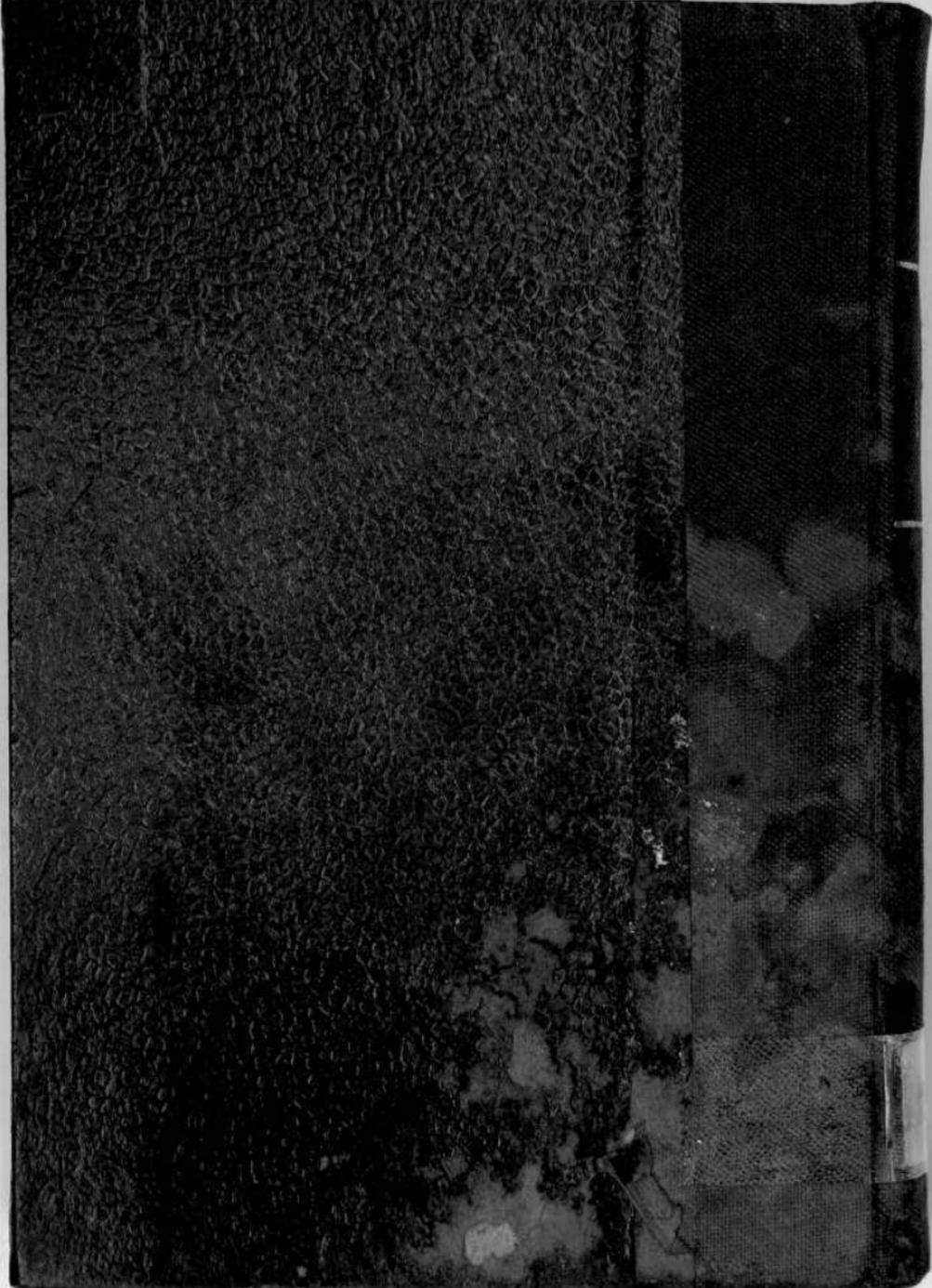
A number of other errata are listed in the following table.

111
112
113
114
115
116
117
118
119
120
121
122
123
124
125
126
127
128
129
130
131
132
133
134
135
136
137
138
139
140
141
142
143
144
145
146
147
148
149
150
151
152
153
154
155
156
157
158
159
160
161
162
163
164
165
166
167
168
169
170
171
172
173
174
175
176
177
178
179
180
181
182
183
184
185
186
187
188
189
190
191
192
193
194
195
196
197
198
199
200









LA
LUZ

2259